Gabriela Rábago Palafox

La muerte alquila un cuarto

P07298.28A33
M84

Planeta

GABRIELA RÁBAGO PALAFOX

La muerte alquila un cuarto

PQ7298
.28A33
Y84

BIBLIOTECA CENTRAL
U. N. A. M.

Inventario
BC 2021
Y-549199-0

COLECCIÓN FÁBULA (MÉXICO)

Dirección editorial: Homero Gayosso A. y Jaime Aljure B.
Diseño de la portada: Armando G. Jurado

DERECHOS RESERVADOS

© 1991, Gabriela Rábago Palafox
© 1991, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Grupo Editorial Planeta
Av. Insurgentes Sur 1162
Col. del Valle, Deleg. Benito Juárez
03100, México, D.F.

Primera edición: abril de **1991**

ISBN 968-406-311-3

Impreso en México — Printed in Mexico

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

BC-356371-2

A mi padre, Silvia y Elsa, que hicieron posible la escritura de esta novela: gracias, dondequiera que estén

Siéntate

Hoy sólo tengo ansias
de arrancarme de cuajo el corazón
y ponerlo debajo de un zapato.

Miguel Hernández

1

Fernanda despertó súbitamente, obligada por un estruendo de vidrios rotos: a alguien se le había caído la vajilla de las manos, ¿o se había desplomado un vidrio enorme al fondo de la calle? Tal vez dos autos habían chocado en la esquina del eje vial, donde pocos respetaban el semáforo. Se volvió para mirar a Míquel: dormía con respiración tranquila, la cabeza apoyada en el pecho de Fernanda. El ruido o una pesadilla lo habían hecho fruncir levemente el entrecejo, pero nada más. Cuando se acostaron estaba rendido de cansancio. Esa tarde se había propuesto tratar de asegurar en la pared de la sala el gran librero donde ella ordenaría los cientos de volúmenes, metidos en cajas hasta el momento. "Ya puedes ponerle lo que quieras", le dijo colgándose del último entrepaño para demostrarle su resistencia. "Si se cae, será con todo y casa. El plomero me comentó que no tiene cimientos y fue milagroso que no se derrumbara con el temblor". La tarea había sido larga y engorrosa —especialmente porque Míquel no era muy habilidoso con los trabajos manuales— y ahora su compañero dormía el sueño espeso y prolongado que da la fatiga.

Fernanda aguzó el oído. Sólo percibió la música que algún trasnochador de la privada oía sin inquietarse por el reposo de los vecinos. La calle era estrecha y corta —algo más que un callejón donde se alineaban puertas y ventanas. Calle de barrio italiano, sin pudores ni prejuicios. Al otro lado, la barda de una casa habilitada como escuela, ocupaba casi por entero el largo de la cuadra. En sus muros rebotaban los sonidos —música, conversaciones y desastres. Por el día, de sus ventanas brotaban lecciones de contabilidad e inglés para señoritas de la clase media. Era una suerte que el colegio cerrara a las dos, porque así los vecinos se libraban de la estupidez irredenta de las estudiantes y,

ellas, de enfrentarse a las diversas brutalidades de la vida que se hacían presentes en la cotidianeidad de los vecinos. El entrecruce de información hacía que, aun sin quererlo, quien se alojara en esa calle formara parte de las vidas ajenas. La excepción podría ser la mujer de la casa colindante con la escuela, una especie de burócrata que fisgaba todo con expresión escandalizada y saludaba a los demás como un rito de aproximación a lo que no se puede aceptar y, sin embargo, atrae.

Fernanda ignoraba hasta qué punto los vecinos estarían conscientes de la acústica callejera y de la falta de intimidad que producía. A ella no le molestaba gran cosa, siempre que no le interrumpiera el sueño. Besó a Míquel en la frente y lo hizo a un lado procurando no despertarlo. Se levantó, se puso la bata y fue a asomarse a la ventana del cuarto contiguo. La atmósfera olía a pintura nueva, a incienso, al tufo peculiar de la casa que ellos no habían conseguido erradicar en los dos meses que llevaban viviendo allí. La calle estaba desierta y tibia, iluminada sólo por la luz que llegaba de la avenida transversal. Su auto —un volkswagen modelo setenta y tantos—, estacionado bajo la ventana. Más allá, hacia la pared que cerraba la calle, había un flamante coche último modelo. Auto de ministro o millonario, pensó Fernanda. A través de la ventana que correspondía al auto, Joan Manuel Serrat cantaba "La mujer que yo quiero me ató a su yunta, para sembrar la tierra de punta a punta..."

El estallido de vidrios se repitió y el vecino de la casa inmediata —un muchacho de estatura pequeña y aspecto de nazi, a quien Fernanda había visto de lejos algunas veces— se volcó a su ventana y echó hacia afuera el tronco desnudo, la expresión nerviosa de un rostro que aparentemente acababa de perder su monóculo, esperando descubrir la causa del ruido. La bombilla colocada en lo alto de la ventana lo iluminó como un seguidor teatral. Fernanda lo observó mientras escudriñaba la calle en penumbras.

—No hay nada afuera, Rafa. Me late que han de haber sido los gitanos otra vez.

—Entonces métete. Yo tengo que levantarme mañana temprano —contestó una voz potente, marcadamente nasal y abierta, que hubiera constituido un desafío aceptable para el maestro de canto que Fernanda tuvo un día.

—¿Y si fue África? —preguntó el nazi frunciendo el entrecejo. Entonces descubrió a Fernanda en la ventana y le dijo: —Hola, ¿Qué tal? ¿Cómo estás? —con naturalidad y una sonrisa amabilísima, como si en vez de ser desconocidos hubieran sido condiscípulos en el "Alexander von Humboldt" y como, si en lugar de ser la una y media de la noche, fueran las tres de la tarde.

—Me despertó el ruido. Pensé que había temblado.

—Qué va. Seguro que fueron los gitanos. Cuando se pelean acaban con todo. Viven debajo de nosotros, en el primer piso. Ya nos tienen hasta la madre. —Y, como para sí mismo:— Sólo que Beatriz y África... ¿Beti? —llamó dulcificando la voz—, ¿África?

—¿Qué pasa, Jacobo? —respondió un grito sin cara.

—¿Les sucede algo?

—¿Cómo de qué?

—No sé... oímos un estruendo. ¿Están bien?

—Pues sí, Jaco. Pisteando y oyendo música, nada más.

—Entonces fueron los gitanos —confirmó el nazi a Fernanda—. La semana pasada le pintaron a Beti el coche con pintura de aceite, ¿no lo viste? Lo peor es que este carrazo es de su papá —dijo señalando el auto de ministro— y ella había venido para estrenarlo con África. Para no hacerte el cuento largo, los gitanos grandes se bronquearon con los niños y los obligaron a limpiar las manchas. África los puso como lazo de cochino y Beatriz se tuvo que aguantar el berrinche. Pero el coche quedó bastante bien, ¿no? Bueno, me voy a dormir porque mañana hay que madrugar. Ojalá nos encontremos en la tardecita, ¿te parece? Saludos a tu mari-

do. ¿Ya sabes que soy Jacobo Vendrell? Y Rafael Navarrete, de Mérida. *Bye.*

Cuando Fernanda regresó a la cama comenzaron a maullar los gatos: seguramente el de Jacobo —que, por la indiscreción vocal de Rafael, sabía que se llamaba *Valentino* y era un ser sobradamente racional—, pero también otros, instalados en la misma casa, que formaban un coro de bebés dolientes. Míquel se había despertado y buscaba a tientas la cajetilla de cigarros. Fernanda le recordó su pacto de no fumar en el dormitorio y él protestó porque estaba cansado y tú te pones a hablar con tus amigos como si fuera de día y mañana te quejarás de tener jaqueca y yo voy a andar como zombi.

—Si fumas, se te va a ir el sueño. Trata de dormir otra vez.

—¿Quién dijo que este callejón es muy tranquilo?

—Tú. Te parecía una calle recoleta, provinciana, muy propia para trabajar: tu laboratorio en la azotea y mi estudio en el segundo piso, con una ventana idónea para charlar con los vecinos.

—Me equivoqué.

—Puede que no. Si pudiéramos eliminar a los gitanos, a lo mejor viviríamos más a gusto. Jacobo dice...

—Sí, oí todo. También a las chavas del auto impresionante. Se me espantó el sueño. ¿Quieres hacer el amor?

—¿Cómo? Si estás muerto de cansancio. Te abrazo para que te duermas.

—Hacemos el amor y así logramos un sueño más profundo.

—Míquel, ¿crees que nos oigan los vecinos? Esta calle es un amplificador de sonidos.

—Nosotros no los hemos oído a ellos, ¿o sí?

—Quizá no lo hacen muy seguido.

—Fíjate: África y Beatriz están oyendo a Serrat... pero no se escucha nada más.

—¿Qué sugieres?

—Es obvio que son amantes. Como Jacobo y Rafa. O tú y yo. Pero seguramente los ruidos del amor acontecen en un registro que escapa a la acústica. Nuestra intimidad está a salvo.

—Pon música.

—O la música los encubre. ¿Qué quieres que ponga? Yo no puedo hacer el amor a ritmo de ópera.

—Entonces Billie Holiday, Cat Stevens. Lo que te gusta.

—Algo relajante. Música zen. Además, la cinta dura noventa minutos.

—¿Siempre chillan así los gatos? Doloridos. Son animales que no saben manifestar alegría, ¿verdad? Manipulan a la gente con sus maullidos.

—Por eso nunca tendremos un gato en casa. No se admiten niños ni animales. Ven, amor.

La música zen se extendió en la habitación como una cascada que neutralizaba los ruidos exteriores. Al otro lado, Jacobo llamaba en sordina a *Valentino* que había huido por la ventana. Rafael enmudeció, quizá vencido por el sueño. Los gitanos habían hecho las paces. Y fue bueno abandonarse a las caricias repetidas-obsesivas-renovadas-sorpresivas de Míquel. Al juego de sus besos elásticos que desafiaban la discreción del silencio. A besarle despacio los muslos y la espalda, el caracol de la oreja. Y conseguir dormir antes que él, sin fuerzas ya para protestar por el humo del cigarrillo, ni para desconectar la pequeña grabadora de *cassettes*.

2

Las niñas empezaban a estudiar a las siete de la mañana —cualquiera podía substituir el despertador con el timbre de la academia que chillaba puntualmente a las seis cincuenta del día. A las diez iban ya por la cuarta clase, el sol las desperezaba y comenzaban a parlotear como guacamayas en los descansos entre actividades, o a tirar ligazos a las débiles bugambilias de la barda. Se hacían sentir en toda su desinhibición cuando Jacobo llamó a la puerta de calle y Fernanda fue a abrir con algún instrumento de limpieza en la mano. Las primeras horas del día era eso que, a falta de mejor designación, la voz popular llamaba "ama de casa" y que, inexplicablemente, carecía del prestigio de la cercana expresión —casi gótica— "ama de llaves". Después de los trabajos de *free lance* para las editoriales, se empeñaba en ser escritora. Y amante-amiga-mujer enamorada desde que Míquel aparecía en escena.

—Hola —dijo el nazi apoyándose en un pie, como una garza que llevara en el semblante las huellas de una noche farragosa. Vestía *short* rojo y una playera de punto que languidecía dejando ver un hombro blanco y pecoso. El sol brillaba en el cabello exageradamente corto, de un rubio artificial a todas luces. Profundas ojeras marcaban los ojos de negras pestañas—. ¿Cómo las aguantas? —preguntó refiriéndose a las niñas de la escuela. Antes que Fernanda respondiera, añadió:— A mí ya me han causado muchos problemas: imagínate, su ventana frente a la nuestra. Luego, están en la edad de la morbosidad, ¿no es cierto? El año pasado no hacían otra cosa que estar observándonos... El pobre de Rafa se ponía furioso. Una vez salió a prender el calentador (porque doña Josefina, la dueña de la casa, es una tacaña y desconecta el gas para ahorrar) y las fulanas ésas empezaron a silbarle. Rafa se puso morado: es un muchacho

muy joven, ingenuo, y no está acostumbrado a esa clase de situaciones. Lo fregaron tánto en cinco minutos, que acabó abriéndose la bata delante de las niñas, y no traía nada abajo, tú. Acto seguido, corrí a hablar con la directora. Entro en la escuela como bólido, me meto a la oficina sin pedir permiso y le digo a la señora hasta de lo que se van a morir ella y sus alumnas. Le informo que soy maestro de inglés en el Instituto Kennedy y se queda con la boca abierta, como que ya veía el arribo de una inspección muy cabrona, ¿no te parece? "Sí, profesor. Sí, profesor", era todo lo que repetía. Total, mandó cerrar las ventanas con candado. Las fulanas se han de haber cocinado vivas, pero a mí no me importó. Simplemente, hay que exigirles respeto. Si te molestan, ya sabes qué hacer —concluyó. Durante su monólogo, había enrojecido y se le habían abultado las venas de cara y cuello.

—Prefiero ignorarlas. De veras. A ratos ya ni las escucho. No te quedes ahí, pasa.

—¿Está tu marido? No quisiera incomodar.

—Fue a tomar unas fotos. Luego iba al psicoanálisis. Supongo que vendrá a la hora de la comida.

—Se ve que es un gran tipo. Las veces que nos hemos encontrado hasta me ha parecido medio *gay*. ¿No...?

—Por el momento, no. Pero tienes razón en que es un gran tipo.

—A África le cae muy bien. Yo de repente siento que quisiera parecerse a él. Bueno, la pobre tiene de base una bronca gruesísima de personalidad. Como que se siente muchacho, ¿te das cuenta? Es muy naturalota: nada de maquillaje, nunca se pone falda y a veces usa la misma loción que yo. Me late que tu marido la impresiona... se ve muy fresco, medio silvestre, ¿no? Y eso es una auténtica hazaña, porque en esta sociedad repugnante o te mediatizas o la sofisticación te atrapa tan pronto asomas la nariz a la calle. ¿África no ha venido a visitarlos?

—Tú eres el primero que viene —dijo, y le extrañó que

Jacobo no llevara en la mano la taza vacía del vecino que quiere estrechar lazos con los recién llegados.

—¡Si yo te contara mi historia en el psicoanálisis! —exclamó—. Entre los dieciocho y los veinticinco me atendieron nueve psiquiatras, estuve internado en dos hospitales, otra vez me encerraron para desintoxicarme de la cantidad de pastillas que me había recetado un pendejo que tenía el consultorio por el Parque Hundido. Ahora que lo cuento me acuerdo de Elvis Presley y se me pone carne de gallina. Me escapé trepando un muro con uñas y dientes. Un chavo en moto me dio aventón hasta la casa de mi tía Margot. Ella me dio, como quien dice, asilo político. No volví con mis padres. Estuve un tiempo en San Francisco, invitado de un señor que estaba loco por mí... pero no tuve nada que ver con él, una amistad muy linda, nada más. ¡No sabes! También me trataron con litio porque tiendo a ser depresivo. Gran parte de todo era el rollo *gay*, ¿comprendes? y, también, que era yo un chavo muy inadaptado porque me educaron con una rigidez impresionante. En el colegio alemán. Y mi papá —que era lindísimo, en serio, pero tenía sus bemoles— me quería hacer crecer antes de tiempo. ¿Te imaginas que a los nueve años manejaba yo un buick century, ocho cilindros en línea, que teníamos entonces —presidencial, fabuloso el pinche coche— y por la carretera a Cuernavaca? Casi me orinaba del susto y, en cada curva, mi papá me decía ¡acelera!, ¡acelera! Cuando empecé a vivir con Rafa, la cosa fue cambiando de color. No te diré que estoy perfectamente pero sí mucho más estable. ¿A Miguel qué tal le va en el psico?

—Se llama Míquel, no Miguel. Pues muy bien. Adora a su psicoanalista. Es una mujer, entiendo que fuera de serie.

—¡Ah!

—Además es música y tiene sentido del humor.

—Perfecto. En la actualidad yo me aliviano bastante con unos tazones bárbaros de tila. Me hacen dormir como tron-

co. Si puedo, me voy al vapor para eliminar cuanta mugre toxina traiga adentro, y ya. Es que mira, la verdad, la vida es demasiado complicada para que te la arregle un cuate igual de jodido que tú y que, si le añades el número de pacientes que debe atender a la semana, entre tanta neura se ha de hacer unas pelotas horrorosas, ¿verdad?

El doctor Onésimo Macḷovius se había alistado como voluntario en la Misión Osiris porque no todos los días se ofrecía a un ser humano la oportunidad de cambiar de mundo sin pasar por el tamiz de la muerte. Y la vida se le había vuelto dolorosa día tras día. El desencanto se le pegaba a los huesos como una cáscara extraña. Cada mañana al despertar veía, inclinado sobre el suyo, el rostro de la desesperanza. Prefería las mil honduras del sueño que la lucha cotidiana con el misterio de existir. Ni siquiera lo consolaba ya el sentimiento agridulce de la nostalgia: ignoraba cuándo había perdido el placer de sufrir dosificadamente. Vivía enamorado y eso le impedía enamorarse de nuevo para que la chispa de un amor inédito le devolviera la sensación de plenitud que a menudo nos rescata del caos. Decidió, lleno de eso que no podía llamar tristeza aunque se le aproximaba mucho, anotarse voluntario para el proyecto interespacial que implicaba dejar la Tierra un par de años, en un afán desmedido por liberarse de la angustia.

—Te voy a traer un cenicero.

—Gracias. Oye, ¿qué opinas del follón de los gitanos? A la viejita, doña Josefina, se le colaron con engaños. Lo que pasa es que el terremoto derribó muchas casas donde vivían en La Condesa y se atomizaron por toda la ciudad. Éstos son polacos, creo, y antes de llegar a México estuvieron en Venezuela. Allí aprendieron lo que hablan de español. La otra semana encendieron fuego en plena calle. Tres veces me han cortado la cuerda que jala la campana de mi cuarto, ¿te has fijado?, y me hicieron leña las plantas que

tenía en la escalera. Escribieron putos en la pared de la entrada. Rafa y yo pensamos escribir una carta a la delegación para ver si pueden hacer algo. La delegada es medio conocida mía. La cosa está más o menos así: ella estudió la secundaria con mi hermana, Julieta Leyva, la actriz. Sí... bueno, somos medios hermanos. Es hija de mi papá, que en paz descanse. La tuvo muy chavito, desde luego, porque Julieta ya es cincuentona y yo tengo treinta y tres. ¿No la están viendo en la telenovela de los sábados, *Los remordimientos de Verónica Olvido*? La verdad, no está muy bien. Como que los productores no le han atinado con el *look* y Rosita (éste es un verdadero nombre) está como desfasada en la época y el espacio. Entonces, a lo mejor si acudimos a la delegación, puesto que esa gente está de ilegal en el país, les aplican "el treinta y tres" y los echan. Ahora, la denuncia tendría que hacerse con sumo cuidado: yo no sé qué tan cierto sea, pero los gitanos se entienden con la magia negra, tú, y a lo mejor nos voltean la tortilla. Dicen que andan armados, ¿verdad? Quién sabe. A mí me vale madres. Si los chamacos me hacen algo, les pongo unas gritonizas tremendas —igual que a mis alumnos— y si me oye la gorda, su madre, me da igual. Otra cosa, Fer: también habría que meter una solicitud para que la delegación ponga alumbrado público en la cerrada. En la noche está como boca de lobo, a menos que alguien tenga luz en casa, y eso como que favorece la delincuencia, ¿no crees? A ver quién la redacta y luego pedimos firmas a los vecinos. Rafa y yo hemos pensado en instalar *spots* a lo largo de la fachada, lo malo es que en cuanto los vea doña Josefina va a poner el grito en el cielo y a aumentarnos la cuota de luz. En fin... veremos cómo se dan las cosas. Yo, de repente ya no puedo con tantos problemas. La verdad es que te consumen la energía de una manera atroz, y para eso ya es suficiente con la inflación, el sida y haberme reencontrado con mi mamá después de ocho años de no verla. Me dio lástima, la pobre. Está sorda y pesa treinta y nueve kilos. Viuda y

peleada con mi hermana Pilar. Figúrate. ¿Y tú? ¿Y ustedes? Cuéntame qué tal les va.

Era el tercer cigarrillo de Jacobo. El expresionismo alemán hizo una tregua. La sonrisa del nazi campeaba acogedora, indeclinable, como para inspirar confianza en un lapso considerablemente más corto que el que impondría el trato casual. Ante una actitud tan seductora, Fernanda dudó si ya se conocerían; si se habrían contado, incluso, algunas intimidades; si los unían secretos o indiscreciones, aunque ella no se acordara. En todo caso, ignoraba el sistema que permitía abordar así la rutina del vecino para colocarlo —suponía— en la lista de amigos. (¿O para espiarlo?) "La comunidad de la cerrada te lo envió como avanzada", opinaría Míquel más tarde. "De alguna manera les inquieta nuestra presencia aquí, saber si somos gente confiable, si los aceptamos. Parece que los meses anteriores nos han estado observando y al fin se decidieron a sumarnos a su grupo. La cordialidad de Jacobo propone que seamos equitativos con él. Su juego es claro, lo cual no significa que tú debas hacer a un lado tu prudencia característica, querida mía. Conmigo te sucedió algo parecido: convertirte en mi amante a las dos semanas de conocernos era una tentación demasiado fuerte, una delicia peligrosa porque tal vez yo podía pensar que eras demasiado fácil y a ti te interesaba sobre todo (mentirosa) fundamentar conmigo una larga amistad. De veras te hacía sufrir no poder conciliar tu erotismo con tu centro intelectual. Siempre he agradecido esa falta de acuerdo y que, a pesar de todos tus razonamientos, hayas sido mi amante a los quince días de conocernos. Hasta hoy. Cinco años, durante los cuales ha surgido de pronto tu inquietud por convencerme de que, en efecto, no eres una mujer fácil. Bueno, yo diría que con Jacobo y compañía hay que mantenerse a la expectativa, sin prejuicios, y observar el desarrollo de la situación".

Fernanda miró al doctor Caligari directamente a los ojos. Se encontró con una afabilidad dispuesta a no abdicar. Acep-

tó hacerle una relación de sus datos generales, se alargó un poco más al llegar al punto del terremoto: el edificio donde vivían ella y Míquel se había agrietado. Nada serio, pero el dueño había aprovechado la ocasión para desalojar los departamentos con miras a aumentar exageradamente las rentas. Entonces apareció en el horizonte el hada madrina de Míquel, revoloteando como un buitre. Era una amiga-garrapata de la adolescencia, propietaria de esa casa, y se la había ofrecido porque no toleraba verlo en apuros sin tenderle la mano.

—Aquí estamos. Míquel es fotógrafo y yo escribo. No tenemos hijos, ni nos visitan nuestras respectivas familias.

—Te felicito. Algún día te hablaré de lo monstruosas que pueden ser esas relaciones. ¡Oye, a tu casera yo la conozco! Cómo no. La del carrito gris, ¿verdad? Mira, Fer: sucede una cosa muy curiosa con los automóviles, y esto te lo digo no a título personal sino avalado por Gari, una muy buena amiga que sabe infinidad de cuestiones esotéricas y flota ya a otros niveles. A los coches como que se les va quedando algo de la esencia de los propietarios, fíjate si no: la mujer esa —¿Ernestina?— tiene una resequedad muy especial en la piel. Es de la clase de gente que se va consumiendo de dentro hacia afuera, y cuando la decrepitud espiritual va alcanzando la piel, siento que el asunto ya no tiene remedio: no hay ungüentos ni vitaminas que te valgan y te vuelves un caso de vejez prematura. Pero una vejez muy negativa, tú. Conozco ancianos que tienen carita de durazno y una vitalidad que qué bruto, ya la quisiera yo para un día de fiesta en *El Nueve*. El carro de Ernestina es muy parecido a ella, con la pintura opaca, resquebrajada. Rechina como si le faltara lubricación. Podía ser un auto ya medio antiguo, bien conservado, y no: va que vuela para chatarra. ¿Sabes que su casa era, hasta hace muy poco, una especie de casa de huéspedes o posada socialista, ve tú a averiguar qué? La gente entraba y salía a cualquier hora. Lo primordial es que nadie le tenía cariño, ni siquiera apego. Yo entré un par de

veces por razones que no vienen al caso y quedé impresionado: era fría y oscura, con un tufo a humedad y a pipí de cucaracha... La verdad, ustedes han hecho milagros para lograr que tenga tanta luz y calorcito. ¿Tú crees en la almación de las cosas, no? La primera vez que los vi, pensé pobres muchachos. Una de dos, o están locos o no tienen un lugar mejor donde vivir.

—Un poco de cada cosa. Estuvimos viviendo durante meses con amigos. Te parecerá increíble, pero no encontramos departamento. Las rentas son absurdas y, además, te hacen un interrogatorio de un fascismo nauseabundo: te preguntan cuál religión practicas, si estás afiliado a algún partido político. Hay quien pide ver tu acta de matrimonio.

—¡Ay, guapa! No me cuentas ninguna novedad. Antes de vivir en ese cuarto del predio de doña Josefina, tuve un departamentito bastante mono en la colonia Florida. Fue la época de mis últimas aventuras. Se me ocurrió abrir un bar *gay* —pero muy chic, sólo para socios que requerían recomendación inobjetable, etcétera— y ahí invertí hasta lo que no tenía. Para no hacerte el cuento largo, se mete en la administración un tipo que nadie conocía —pero eso sí, a bordo de un jaguar convertible—, una loca agorilada que era amante del hijo de un político muy bien colocado, y empieza a sangrar el negocio y a llevarnos a todos entre las patas. Total: llega el momento en que Rafa y yo no podemos pagar la renta y el dueño del edificio nos echa, argumentando que hacíamos unas bacanales de pronóstico cada semana. Puras mentiras. Cambia la combinación de la cerradura y nos retiene nuestras cosas: muebles, ropa, ¡todo! Nos pasamos quince días en la calle, literalmente. En la calle. Por la noche nos metíamos a un café de ésos que están abiertos veinticuatro horas, y a veces dormíamos por turnos en la banca de un parque. Vendimos nuestras chamarras de cuero para poder comer. Pues sí, algunas personas ofrecieron ayudarnos. Lo malo fue que la ayuda era para uno de los dos, y no queríamos separarnos. Cuando pienso que Rafa

se pudo haber ido a casa de su hermana y tener cama y comida caliente. . . Era muy joven: veinte años nada más, Fer, y no quiso dejarme en un trance así. ¡Hemos pasado cada cosa! Mira, yo de buena gana encueraba a los caseros, les amarraba las manos y les echaba pimienta en la cola. No hay uno que no sea hijo de la chingada. Bien, Fernanda, no te quito más el tiempo. Otro día vengo para platicar con calma. A ver si me traigo a Rafael: te va a encantar. Un beso a Míquel. Oye, qué a gusto se habla contigo, caray. Chaíto.

3

—De alguna manera incomprensible por el momento, el especímen que capturamos —lo llamaremos *Ocimum basilicum* por su semejanza con la albahaca—, si bien pudiera inscribirse en el reino vegetal, parece sentir una marcada preferencia por usted, doctor Maclovius. Me explicaré: durante el tiempo que lo mantuvimos dentro del laboratorio, secretó incesantes gotas de un líquido salado cuya composición es similar a la de las lágrimas. Además, fue adquiriendo el lamentable aspecto de las plantas estresadas y, aunque le administramos vitaminas y hormonas por goteo y probamos a cambiar el clima para facilitar su adaptación, el cuadro de estrés se mantuvo estable. Advertí su primera reacción positiva cuando, hace un par de días, usted entró al laboratorio y la bioquímica del individuo alteró, incluso, el ritmo de la plataforma vibradora en que se hallan los cultivos. Cierto que casi imperceptiblemente, pero lo alteró. Más tarde quise comprobar mi teoría exponiendo el especímen a la radiación individual capturada del resto de la tripulación, y la respuesta favorable sólo se repitió frente a la cápsula que le corresponde a usted, doctor. Debo decir que el color violeta de sus hojas subió hasta un púrpura intenso en algún momento de la prueba. (Me atrevo a asegurar que se sentía feliz.) Me gustaría saber si, en beneficio de la ciencia, estaría usted dispuesto a someterse a una serie de ensayos más elaborados.

—¿Cree que él sea capaz de escucharnos, doctor Kublai? —preguntó el doctor Maclovius con voz mesurada, porque le pareció captar ciertos escalofríos minúsculos en las lozanas hojas del especimen.

—¿Cómo te suena, Míquel?

—Bien, Me gusta. Pero te quedaste obsesionada con lo de la acústica y la intimidad de los vecinos, ¿no es cierto?

—¿Sí? —preguntó con extrañeza.

—Ajá. Lo único que se le ocurre comentar a tu doctor Maclovius es si el especimen puede oírlos.

—No es lo único. El diálogo continuará y la consideración de Maclovius no es trivial: te darás cuenta más adelante. Se supone que si el bicho o lo que sea es capaz de oír, también tendrá algún grado de conciencia. . .

—¿Por ejemplo la de quién? ¿La de un gato? ¿La de las niñas de enfrente o la mía?

—No sé. Eso todavía no está resuelto. Ya saldrá. Además, cariño, soy escritora, no bióloga.

—Bueno, pero como tu novela es de cienciaficción, puedes inventar lo que te parezca correcto, ¿no?

—Más o menos.

—Oye, nena, respecto a tu preocupación por la acústica de la calle, te aconsejo que lo averigües con tu amigo Jacobo Vendrell y así estarás más tranquila.

—No lo dices en serio.

—¿Por qué no? Es distinto que preguntarle a un macho: eso nunca te lo recomendaría. Pero Jacobo tiene otra vibra. De esa manera sales de dudas de una vez por todas. Ahora, cómo se lo digas, es cosa tuya. Entra en el terreno de tu especialidad qué palabras elegir para que no te sientas incómoda.

—¿Algo como: oyes mis gritos cuando hacemos el amor?

—O lo que me dices cuando ya caíste en el descuido absoluto y te vuelves la mujer más indecente del planeta. Además, no creas que gritas tánto.

—Vamos a borrar esta plática, Míquel. No tiene caso.

—Yo pienso que hay que abordar el sexo con naturalidad. Mi propuesta no me suena muy descabellada.

—Lo voy a pensar, cielo.

Ernestina, la dueña de la casa, habló por teléfono cuando los científicos del Proyecto Osiris se disponían a medir las reacciones del *Ocimum basilicum* aparentemente prendado del doctor Maclovius. El timbre del teléfono causó que *Isis* —nave nodriza en viaje de inspección por el espacio interplanetario— se sumiera de pronto en una nube de polvo obscuro.

Una página de la novela después de una mañana de trabajo agobiante tratando de poner en orden esa casa que, al arribo de Míquel y Fernanda, aún parecía la pavorosa mansión de Usher, una esponja llena de humedad y ratas obesas que miraban a la gente en actitud retadora. No había, en cambio, rastro de fantasmas centenarios, ni de tesoros ocultos en alguna trampa del piso.

La pareja había agotado sus ahorros en las reparaciones y ya no podrían hacer más. La casa quedó, por lo menos, habitable. Limpia y luminosa, también. Quizá por eso la dueña empezaba a sentir un insano atractivo por el que seguía considerando su hogar familiar, la casa de papá y mamá donde vivimos todos en una especie de fraternidad socialista, Fernanda, que te cuente Míquel. También él, cuando no tenía un lugar que le sirviera de refugio y yo lo invité. Como hermanos, ¿eh?, porque en mi familia no podemos ver que alguien tenga una necesidad sin que corramos a remediarla. El espíritu del Che que nos habita a todos. El campesino está por encima de los pinches burgueses. Y como dijo Lombardo, las cosas son de quien las necesita. ¿Te acuerdas, Míquel, de aquellas veladas prácticamente a oscuras porque mamá no podía sufrir la luz deslumbrante, en las que discutíamos a Zola? Allí, donde ustedes han puesto ese horrendo pescado de Villagrán, había una fotografía de Fidel autografiada. Debajo, la bandera de Cuba. Esos pequeños detalles configuran los lazos indestructibles. (Por un lapso de segundos extraterrestres, *Isis* vaciló como un barco de papel en una fuente.)

En opinión de Fernanda, Ernestina había enredado a Míquel haciéndole firmar un contrato leonino a cambio de un alquiler razonable. Lo justo sería que ella les pagara por vivir allí y, luego, los dejara en paz. Que renunciara a explotar su falso desprendimiento. Conoció a Míquel en una banca de la secundaria y lo consideraba objeto de su propiedad. Por supuesto, detestaba a Fernanda y le proponía tácitamente una absurda rivalidad por el interés de Míquel. Era una mujer seca y fría que sólo sabía hablar dando órdenes.

—Silvia, mi psicoanalista, dice que está loca —argumentaba Míquel—. Ni modo. Espero que nadamás se trate de una etapa difícil de su desarrollo, pero si no cambia su actitud, en cuanto sea posible nos iremos de aquí, aunque hayamos metido todo nuestro dinero en esta casa y ya esté instalado el cuarto obscuro y tengas lleno de plantas el balcón de la recámara. Sólo así nos libraremos de ella. ¿Pero adónde? La crisis no es individual, amor, a todo el país se lo está cargando la chingada. Después del terremoto es prácticamente imposible mudarse... De lo contrario, nunca hubiera aceptado el trato con la bruja para, encima, tener que besarle la mano de pura gratitud. Cierto que ella acababa de heredar las Ruinas de la Colonia del Valle y que no le interesaba vivir aquí, pero se las amaña para dar la vuelta a las cosas y hacer ver que se sacrificó por mí o algo por el estilo. Espera que, en correspondencia, yo esté incondicionalmente a su disposición.

—Di mejor a su servicio, querido. Te trata como a un mozo y a mí como si fuera una concubina de quinta categoría.

—¿Un mozo? Eso suena muy porfiriano. Ahora vivimos en la democracia.

—No lo parece. La clase media cada día está más presionada. El gobierno de alguna manera ayuda a la clase baja —sí, aunque mantenga una actitud paternalista, por lo menos la gente tiene vivienda y comida—, pero nosotros estamos en las tenazas del cangrejo.

—Pero no toda esa gente tiene vivienda y comida, Fernanda. Te dejas guiar por lo que el gobierno reporta sobre la reconstrucción. Las casitas multicolores, mucho más atractivas, desde luego, que las vecindades pulverizadas durante los sismos, son insuficientes en más de un sentido. Por esa vía tienen departamentos nuevos unas cuantas familias, muy pocas si tienes en cuenta los millones que forman la población. Dentro de unos años, los resultados de la crisis se harán evidentes en generaciones de niños desnutridos y enfermizos. Es cierto que la clase media está a punto de tronar y que posiblemente desaparezca, lo cual no hará sino engrosar las filas de los pobres. Nosotros estamos así, en la cuerda floja, pero no peor que ellos, querida. Mira las estaciones del metro: Bill Brandt consignaba las de Inglaterra como refugios antiaéreos, las mexicanas se asemejan más a túneles de exterminio.

—Yo diría que la política actual favorece sobre todo a la burguesía.

—Claro. Ése es otro cariz del asunto. Los ricos son cada vez más ricos. El poder económico se concentra en pocas manos. En eso tienes razón. Quizá llegue a imponerse totalmente la aristocracia del dinero.

—De vuelta al porfiriato, ¿no?

—Tú y yo servidores del ama Ernestina —rio Míquel—, lo cual suena horrible. Voto porque aceptemos nuestra penuria pero conservemos intacta la libertad.

—Eso no pasa de ser ilusión. Confiésame si Ernestina fue tu amante, Míquel. Son demasiados celos y resentimientos para una compañera de escuela.

—No, mi vida. A ella le gustan rubios y atléticos. Y a mí me recuerda a una momia mal conservada. Lo que sucede es que se trata de la típica madre-maestra, dominante y rígida. Le gusta mandar y que la obedezcan. Como no tiene afectos, exige atención a su modo.

—Estoy harta de que hable por teléfono cuando se le ocurre y de que se presente con el menor pretexto sólo porque es la dueña de la casa. Le pagamos el alquiler, ¿no? Y siem-

pre llega para molestarnos. No respeta nuestra intimidad.

—Creo que ése es el propósito de su vida: jodernos. Te prometo que si el acoso sigue en aumento, nos iremos en cuanto se pueda. Oye, nena, no pongas esa cara. Lo importante es que nos tenemos uno a otro, que estamos sanos y enamorados, ¿o no? Lo descubrimos cuando el temblor y todavía está vigente. No sufras: algún día nos desharemos de la loca.

—Me da asco la manera en que cedemos a sus chantajes, Míquel. Está claro: la consecuentas o te quita la casa y volvemos a la vida nómada.

—No sería tan fácil, Fernanda. Pero ya sabes que detesto la violencia y elijo la vía pacífica antes de proponer discusiones o pleitos. Ten fe en mí, puede ser que mi sistema dé buenos resultados.

—Como quieras —respondió encogiéndose de hombros—. Ojalá me pudiera contagiar de tu paciencia. Voy al supermercado. Dime si te apetece algo especial para la cena —dijo cambiando bruscamente el motivo de la conversación, y Míquel supo que a la noche le aguardaría la no siempre sencilla tarea de desenfadarla.

Habló por teléfono con su voz metálica y tipluda, dejó instrucciones para Míquel, y *Ocimum basilicum* terminó por estresarse bajo la mirada atónita del doctor Kublai. Los científicos desconectaron de sus hojas la red de cables multicolores, apagaron la luz y lo dejaron descansar acompañado de un concierto para violín y orquesta. (La música suele paliar la tristeza.)

4

Supo que Míquel había llegado porque los niños de los gitanos empezaron a gritar en un español atropellado y gutural ándale güero me tomas fotos, una nomás, ándale, ¿sí?, no seas malo, y Míquel a sacudírselos con bromas y frases amables, otro día, a ver si se puede el domingo. Pórtense bien, yo los busco. No: en blanco y negro, ni modo, a ustedes no les va el color. ¿Qué les pasa? Blanco y negro para las exposiciones, muchachos.

La nube de polvo negro que rodeaba a *Isis* comenzó a ser menos absoluta: podían verse estrellas incrustadas en las nebulosidades gaseosas. Detrás de ellas asomaba el canto de la Vía Láctea.

Fernanda miró por la ventana: Frinka, el más pequeño de los gitanos, había trepado al estribo del volkswagen y se encaraba a Míquel con ojos mongoloides y el brillo interrumpido de una sonrisa cariada. "Ándale, sácame así", dijo y dio una breve chupada al cigarrillo que llevaba en la mano. "¿Por qué fumas? Te ves horrible", comentó Míquel. Frinka hizo un gesto de indiferencia, masculló algo en cíngaro y el locutor de la radio soltó que "la preocupación, la obsesión casi, con el poder presidencial, ha sido constante de nuestra vida republicana. Atentos a los excesos, dedicados a la enumeración de los poderes acumulados por la vía del reformismo, preocupados por aquellos de orden metaconstitucional, casi todos fruto de la renuncia al carácter de mandantes, ciudadanos y estudiosos, políticos y organizaciones al servicio de los grupos de presión, hemos olvidado los límites del poder, los límites del poder presidencial. . ."

—Quítalo, pon a Daniela, ¿no? Déjame, yo sé. A ver, toco la bocina —tartamudeaba Frinka mientras Míquel hacía por bajar del auto y protegía la cámara fotográfica de la curiosidad de Frinka y de sus dos hermanos mayores que habían

hecho a un lado cualquier asomo de timidez y acosaban a Míquel con preguntas y el avance de unas manos que se multiplicaban.

—¡Quietos, no se toca nada! —alzó el tono de voz. Los mayores se rieron y la abultada barriga se les sacudió como flan.

—¿Vendes tu coche, güero?

—¿Cómo te llamas? Yo Dani Memo. Él, Jimmy Cayota.

—¿Jimmy? Pero ustedes son gitanos...

—Sí, hablamos en cíngaro. ¿Quieres oír?

Pronunciaron una serie de palabras evidentemente graciosas, seguramente ofensivas: Frinka se les fue encima a patadas, alguno resultó quemado con el cigarrillo. El alarido consiguiente retumbó en la calle, las niñas de la escuela se volcaron a las ventanas y se burlaron de los gitanos. Muy pronto fue aquel un diálogo de chillidos e insultos. "Mal puede prosperar lo que se apoye únicamente en la hipotética y utópica voluntad de 'algún gobernante' dispuesto a renunciar al poder que le otorgan norma y realidad político-social (...) Los ciudadanos somos los que habremos de resolver quién ha de gobernar el país, quién ha de ser el mandatario en el sexenio 1988-1994".

La directora del Colegio Dallas emprendió a voces un recordatorio del reglamento que las discípulas oyeron a regañadientes. "¡Las palabrotas ameritan expulsión! ¡Son ustedes mujeres, no mecapaleros! ¡Roxana, la volveré a suspender una semana con pago de mensualidad! ¡Dejen en paz a esos chamacos: agradezcan a sus padres que ustedes tienen oportunidad de estudiar y no son, como ellos, hijos de la calle!"

Míquel echó llave al auto. Ajustó por el puente sus gafas obscuras. Se quedó viendo unos momentos a la pareja que tomaba la calle. Él era un tipo desgarbado con larga cabellera rizada y una sonrisa de maíces uniformes. Ella era delgada y menuda, con grandes ojos negros. Ambos llevaban bastidores en blanco para pintar.

—Hola. Soy Marlina. Y Sealtiel, mi chavo —dijo dándole

a Míquel una mano larga y fuerte—. Hola —repitió para Fernanda que entonces se les unía—. Qué suerte que nos veamos. Hemos querido venir a saludarlos, ¿verdad, Tiel?, para invitarlos al depto. Vivimos allí, en la casa de locos, donde Jaco y Rafa. Sealtiel es rolero y yo le hago a la pintura. Jacobo nos ha hablado de ustedes y, pues qué padre tener en la privada a más gente de nuestra onda. Me gustaría ver tus fotos, Míquel, y platicar contigo sobre la lectura de la imagen, ¿no? De veras, Fernanda, ¿qué les parece un sábado en la nochecita? Cuando puedan. Nos ponemos de acuerdo para la cena. Que este chavo se toque algunas de sus cosas y la pasaremos a todo dar. Si vendo un cuadro en el tianguis, hasta vino tendremos.

—Señora —dijo el conserje del Colegio Dallas acercándose a espaldas de Marlina—, la maestra directora le manda preguntar si tiene usted interés en pintar el retrato de la fundadora del plantel, su mamá de ella, la finadita. O que si no, le avise para buscar otra persona.

—Sí, don Lupe. Dígale por favor que luego paso a platicar con ella. Gracias.

—A usted, gracias. Compermiso. Me voy porque tengo que dar el timbrazo —dijo tocándose la visera de la gorra que nunca se quitaba.

—¡Hijo, Tiel! —exclamó Marlina cuando el conserje se había alejado lo suficiente como para no poder oírla—. Esa chamba sí que me saca urticaria. La verdad, me he estado haciendo rosca para no ir.

—Pero es una lana y nos va a alivianar un buen rato.

—Si sobrevivo al numerito, mi rey. En fin, voy a pensarlo. A ver si me animo. ¡Lo que tenemos que hacer para comer! A propósito de don Lupe, cuates, no se les ocurra parar el coche en la entrada de la escuela, aunque sea domingo, porque les baja los tapones de las llantas o lo que pueda. Está loco el pinche viejito. Y no hay manera de comprobarle nada, así que mejor no se arriesguen: cuida igual que un

perro rabioso la finca, como él le dice. Bueno, entonces quedamos en eso, ¿sale?

Un automóvil blanco, delfinesco, desembocó en la estrecha vertiente de la calle. Libró por milímetros los obstáculos del camino. El potente motor dejó de rugir bajo la ventana de África. Marlina había seguido con la mirada el recorrido del vehículo, observó las caras risueñas de sus ocupantes en medio del sonido de la radio a todo volumen: "Lo mejor de tu vida me lo he llevado yo. . . Lo mejor de tu vida lo he disfrutado yo".

—La cabrona de Beatriz y su prepotencia —comentó—. Ahora le tocó el turno al coche de mami, ¿no Tiel? —hizo un gesto de despedida con la mano y se fue.

5

La casa contigua era una suerte de laberinto, con dos entradas sobre el callejón y otra más —que debía corresponder sólo a la dueña del inmueble y a los gitanos— sobre el eje vial. La construcción hecha a retazos, sin más idea arquitectónica que la que pueda tener el niño que edifica con lodo o plastilina, unía así las dos calles paralelas y guardaba alguna mal afortunada reminiscencia con las antiguas casas de corredor que otorgaban sentido solariego a los barrios céntricos de la ciudad. Fernanda pensó que podría ser el escenario de *La Revoltosa*, si el pintoresquismo de los personajes fuera de otra índole, si todavía las ideas románticas tuvieran cabida entre la penumbra y la humedad de la casa, si la protagonista de la historia fuera una mujer sensual y desinhibida, en lugar de un casi-aristócrata fascista de opereta. La verdad era que la familia de gitanos, con todo y su población flotante (primas vestidas a la moda, primos de mirada algodonosa), se caracterizaba por la falta de ingenio y vitalidad que tal vez tuviera origen en la obesidad común. Hombres y mujeres, sobrados de carne —morenos ellos, ellas rubias— se contoneaban por la calle con párpados entrecerrados y aire de aburrimiento. La bravura y la guapeza de los gitanos se había extinguido en las elegías lorquianas, o estos gitanos, de alguna manera, no pertenecían a la misma casta. Eran espurios, con un cierto barniz de aculturación occidental —vía Estados Unidos— que los volvía aún más grotescos.

El cuarto que habitaban Jacobo y Rafael era el espacio mínimo del que puede disponer una pareja sin agredirse continuamente. Al dormitorio seguía un pequeño descanso dividido entre el clóset y la cocineta. Al fondo estaba el baño, cuya ventana abría a un cubo de ventilación.

A Fernanda la sorprendió lo reducido del espacio porque

la ventana de la calle era engañosa. En realidad abarcaba la habitación de pared a pared, y quien nunca hubiera entrado podía suponer que el departamento era mucho mayor. Por otra parte, los muebles eran demasiado grandes y era prácticamente obligatorio que las visitas se sentaran en la cama si la única silla no estaba disponible.

—Tomamos el cuarto amueblado, suerte que tenía cama doble. El escritorio y las cómodas fueron del papá de doña Josefina. Cuando heredó, la señora fue repartiendo cosas en algunos de los cuartos. Algunas son útiles, otras estorban. También pueden servirte para desatar tu ira cuando la viejita no paga la luz y nos quedamos, además de a obscuras, sin agua porque la bomba deja de trabajar. Hace unos meses, un inquilino furioso sacrificó en la azotea un baúl que desparramó polilla por todos lados.

En las paredes había perchas de donde colgaban camisas y pantalones, una colección de sombreros medio cubiertos de polvo, un crucifijo dorado, un par de espejos, la campana que se tocaba con la cuerda de la calle. Había en el ambiente un olor vegetal, raro y penetrante. Fernanda tardó semanas en enterarse que así huele la orina de los gatos y que la fuente del olor era la caja de arena situada bajo el escritorio. *Valentino* dormía como un sultán en el centro de la cama (la colcha que la cubría remitió a Fernanda a la casa de los abuelos, durante su niñez).

Jacobo gesticulaba ataviado con su combinación favorita: *shorts*, playera y sandalias de goma. Quizá padecía alguna clase de nostalgia por el clima tropical. Mientras hablaba se limpiaba escrupulosamente las mejillas con un algodón mojado en alcohol.

—Lo hago siempre después de rasurarme, así elimino cualquier germen. Es que sudo mucho, ¿sabes?, por mi signo: soy un ariano clavado, y las bacterias pueden infectar la piel. A veces también me pongo alcohol en el pelo, no resisto la suciedad. Cuando llegamos aquí, traía una melena muy mona, casi hasta los hombros, pero minuciosamente

descuidada, casual, un poco a lo *sauvage*, ¿no, Rafa? Detesto las melenitas cuidadas de las locas que parecen anuncio de champú. Este año decidí quitármela y dejarme el cabello cortísimo, como recluta de la primera guerra. Me ha dado manía con el pelo: todos los días lo recorto, excepto en el frente, porque así logro un aire medio *punk*, padrísimo. Rafa, en cambio, tiene la fortuna de un rizado natural bellísimo.

El aludido sonrió tímidamente. Miró a Fernanda con una mirada oblicua y obscura que no guardaba armonía con el rubio forzado del cabello. Ambos eran rubios por la misma química, sólo que en Rafael el color natural del pelo era casi negro y el teñido resultaba un tanto achabacanado. Jacobo se levantó para poner en el tocacintas la Rapsodia de Rachmaninoff en versión de Paganini, variaciones 17 y 18. Subió el volumen hasta que la pared del fondo de la calle recogió la orquesta y la lanzó al viento como un estallido de fuegos artificiales.

—¡Esta música me recuerda tánto a mi papá! Le encantaba. No sé qué me mueve adentro. Tiene que ser algo de otras reencarnaciones, porque en ésta no encuentro nada que haya podido dispararme un sentimiento tan fuerte —dijo Jacobo y los ojos se le llenaron de lágrimas. Rafa le rodeó los hombros con el brazo y el otro se acurrucó en su pecho como un niño necesitado de consuelo.

Se oyeron pasos en la escalera. Súbitamente *Valentino* levantó la cabeza, luego se incorporó y de un salto alcanzó la puerta. Apoyado en las patas traseras, maullaba y veía a sus amos con evidentes deseos de salir.

—Es Rudecinda.

—¿Quién?

—La Mujer de las Yerbas. Cada vez que pasa por aquí, éste se pone como loco. Asómate, Fernanda, por ahí puedes verla.

Fernanda se acercó al agujerito de la puerta, en tanto Rafael acariciaba a *Valentino* para tranquilizarlo. La mujer era pálida y esbelta. El rostro, de grandes ojos transparentes,

estaba enmarcado por una maraña de cabellos largos y blancos. Se cubría con un abrigo pardo y llevaba al hombro un morral en el que sobresalían penachos de yerbas. La seguían tres o cuatro gatos que pugnaban por alcanzar de sus manos algún trozo de alimento. La mujer se lo daba entre risas guturales, luego se limpiaba en el abrigo los dedos pringados de sangre.

—Vísceras. El olor es lo que prende a *Val* y luego se pone a huelga de hambre con las croquetas, y no son malas. La verdad, no.

—¿Rudecinda...?

—Es curandera, dizque bruja, tú —le informó Jacobo en un susurro—. Vive en uno de los cuartos de arriba. También recoge gatos de la calle. Unos se van, otros se quedan con ella. A mí me choca la idea porque pueden tener rabia o cualquier otra pinche enfermedad y contagiársela a *Valentino*. ¿Qué te parece? Tiene una vibra medio sobrecogedora, ¿verdad? Según África, sabe hacer encantamientos y preparar venenos.

—¡Ay! ¿Cómo crees semejante patraña? —sonó la voz de Rafael, leve acento maya en garganta de foca—. África ha de haber estado bromeando cuando lo dijo.

—En estos casos, cualquier precaución es poca, Rafita. Más vale no tentar a lo desconocido.

En ese momento la mujer era una mancha negra frente al agujerito de la puerta. *Valentino* lanzó un chillido de protesta y clavó las uñas en la mano de Rafael. Hubo gritos para el gato y yodo para las heridas. Después Jacobo sirvió copas de *ixtabentún* y volvió a poner la cinta desde el principio.

6

El doctor Maclovius se puso el traje espacial, la hermosa escafandra que aislaría su cabeza de la inmensidad exterior, y salió de la nave para hacer un reconocimiento de rutina sobre la cubierta y, de ser posible, tomar algunas muestras de substancias que hubieran podido adherirse a ella. Mientras, el *Ocimum basilicum* le aguardaría. Cuando estaban juntos en el laboratorio —ambos convertidos en conejillos de Indias, según disposición de los colegas de Maclovius—, *Ocimum* era una maravilla de equilibrio, orden y belleza. Sus ramas —o lo que quiera que fuesen— palpitaban con exquisita asonancia y un leve perfume se desprendía de todo su ser en discretas oleadas que cada vez alcanzaban un poco más de la atmósfera. Sería la identificación, el entendimiento tácito, algo similar a una emoción todavía no determinada. El enigma de la atracción, de todos modos. La felicidad de la compañía. Además, la música servía de aglutinante. El *Códice de Santa María de las Huelgas* o una sinfonía de Mahler. Entonces los científicos de los cables multicolores y el tablero con luces, anotaban entusiasmados los hallazgos de la computadora y Maclovius se sentía mal —como víctima de algún voyerista implacable.

Cuando Maclovius realizaba tareas fuera de la nave, los sensores en torno al *Ocimum basilicum* simplemente dejaban de recibir impulsos de energía. La primera vez que sucedió eso, Kublai —el científico en jefe— palideció de angustia pensando que hubiera ocurrido algo fatal a ese ejemplar que pronto sería único sobre la superficie terrestre. Recobró la serenidad al descubrir que el *Ocimum* había entrado a una especie de suspensión de funciones, una hibernación voluntaria por la ausencia de Maclovius. El *Ocimum* era todo un compás de espera, replegado en sí mismo pero sereno, sin más interés que la expectación del regreso.

—¿Fernanda? Hola, soy yo, Jacobo —el grito amable se estrelló contra los cristales de la nave nodriza donde viajaban el doctor Maclovius y una tripulación de científicos compuesta por hombres y mujeres notables.

Fernanda se asomó a la ventana. Desde la altura del segundo piso, Jacobo se veía aún más pequeño. Alzó la sonrisa para el diálogo, preguntó si ella había visto a Rafa.

—Ya me tiene preocupado, tú. ¡La falta que hace un teléfono! Salió hace como dos horas y no regresa.

—Te entiendo. Yo estoy esperando a Míquel. Con eso de que la fotografía tiene tantos imprevistos, nunca sé a qué hora volverá. A veces me paso los ratos muertos mirando por la ventana como novia de pueblo.

—Pero él sí te llama. . .

—Claro, para decirme que va a tardar, y de todas maneras llega una hora después de lo que cree. Lo único bueno de esperarlo es la alegría que me da cuando lo veo llegar. Haz de cuenta que hubiera estado un mes en la Conchinchina.

—Me sucede igualito con Rafa. El año pasado que fue a Mérida para la boda de su hermana, me agarró una depre que por poco acaba conmigo. Tuve que levantar mis pedacitos con pala, fíjate. ¡Ay, Fer! Tendríamos que defendernos de esta sensibilidad sobrenatural que nos ha tocado.

—Dile a Rafael que te llame aquí cuando salga. Yo te doy el recado.

—Gracias, ¡qué linda! Es que con la bola de asaltos que hay, la verdad me preocupa. . . Rafa es muy joven y tiene la inexperiencia de los provincianos. O la falta de malicia, ¿no? —una ansiedad aproximadamente verdadera se reflejó en el rostro anguloso, como terminado con cincel—. Yo creo que presiento el peligro y no me expongo a nada calamitoso, pero él. . . no sé, a veces me intranquiliza. Voy a la esquina por si lo veo venir. *Bye*, Fernanda, hasta lueguito. Oye, guapa: ponle agua a tu plantita. Está lindísima pero un poco reseca, ¿no? Que llegue pronto Míquel.

7

Harta de no entender la importancia que tenía la aparición de ciertos peces mellizos en el Mar de Cortés, cuyo estudio dentro de una revista científica le parecía ocioso, Fernanda interrumpió la corrección del texto y entró sigilosamente al laboratorio de su marido. El aroma de incienso que se consumía cerca de la pileta, encubría el olor a vinagre de los químicos. Míquel, acostumbrado a la obscuridad, la vio entrar y le rodeó la cintura por la espalda, le besó la nuca.

—Hola. Estaba preparándote una sorpresa. Ya que estás aquí, no se hará esperar. Mira.

Introdujo la hoja de papel en la charola del revelador. A los pocos segundos los fantasmas se convirtieron en imágenes. Después de sacar la fotografía del fijador y lavarla, ambos salieron a la zona de luz para verla.

—Encontré el negativo por casualidad el otro día —explicó él poniendo la foto húmeda sobre el área de secado.

Fernanda miró la fotografía de Míquel cuando era niño: el cabello caído sobre la frente, unos ojos de mirada obscura y profunda, el entrecejo y la línea de la boca levemente fruncidos. Suéter con escote triangular y un escudo escolar bordado en el pecho. Al lado del niño aparecía una mujer sonriente, también morena pero con los ojos claros. Tenía una mano sobre el hombro de Míquel. La otra se unía a la mano dócil del pequeño. Sonreía satisfecha de él, por su cercanía, por la morriña infantil que la cámara fotográfica había congelado.

—Creo que mi madre me obligó a ponerme el suéter y yo tenía calor: por eso me enojé. No, ella no es mi madre. Es Mercedes, mi tía, la hermana de papá. En ese tiempo yo estaba enamorado de ella —como ves, no tuve un Edipo tradicional. ¡Ah, Mercedes, la primera mujer que adoré como un perro! Por supuesto, yo no lo sabía: me di cuenta mu-

cho después, cuando desapareció y sufrí como condenado noches y días y meses y años. Me iba consumiendo como una vela, hasta que mis padres decidieron que ya bastaba de duelo y me prohibieron pensar en ella. No les obedecí: nunca hubiera podido, pero hice una comedia aceptable y ellos creyeron que al fin estaba curado —mi psicoanalista opina que todavía no. Es guapa, ¿verdad? Oye, se parece un poco a ti.

—Gracias, Míquel —rio Fernanda—. Pero no te justifiques, aún no estoy celosa de tu tía. ¿Qué te gustaba de ella?

—Todo: sus ojos verdes, claro. Su cuerpo cadencioso, su voz, la manera cálida y fácil con que me quería, su habilidad para situarse cerca de mí y entenderme. Ella era el universo. (Mamá sabía hasta qué punto Mercedes me cautivaba, pero no creo que le haya importado demasiado. Yo era un bien que Mercedes podía usufructuar en la inteligencia de que un día, así nada más, podría perder sus privilegios.) Le encantaba la música: cantaba —algunas canciones sólo para mí— y entonces yo gozaba una sensación indescriptible. Nuestro preferido era un zorcico que no tengo la menor idea lo que decía, pero la música quejumbrosa y ese idioma extraño, quién sabe lo que me producían adentro, que yo me desvelaba recordándolos con una nostalgia deliciosa —tal vez, nostalgia anticipada de Mercedes. Recuerdo dos palabras: *maite*, querida, y tamboril.

—¿Qué pasó con ella?

—A los treinta años se fue con una mujer. Sí, se fue de amor, de deseo, de muchos riñones para vivir como quería. Maravillosa Mercedes, ¡cuánto disfruté la certeza de que no tendría hijos y yo seguiría siendo perpetuamente el favorito!

—¿Y no volvió a verte?

—Intentó hacerlo muchas veces, hasta que se cansó, supongo. Hasta que entendió lo inútil de su esfuerzo. Mi abuela le había puesto precio a su cabeza, y mi padre, que padecía un Edipo normal, la secundó a ciegas. Yo era un niño atado

de pies y manos. Fue una separación tan brutal como la muerte. A Mercedes se la tragó la tierra o desapareció en el aire. Una vez, después de un año, nos vimos a escondidas —con la complicidad de mi madre—, Mercedes, su mujer y yo. (Bueno, deduzco que mamá sucumbió a las fantasías de una posible herencia de Mercedes para mí y por eso actuaba de modo tan liberal. No sé, mi tía no era una mujer rica.) Me compraron un helado enorme, donde yo me perdía de tanto en tanto porque su mirada y su sonrisa me hacían daño. Un helado que me hubiera gustado prolongar hasta el infinito. Fue el helado más delicioso y también el más amargo de mi vida. Al despedirnos me dieron un billetote porque iba a ser mi cumpleaños. No he vuelto a verla. Mi madre tuvo remordimientos tardíos de actuar a espaldas de mi padre y fingió creer toda la basura que pregonaba mi abuela: las lesbianas son bestias lascivas y, por supuesto, corruptoras de menores (supe, entonces, que yo era un menor), cometían a toda hora el pecado de Sodoma y Gomorra, se irían al infierno, eran una vergüenza para sus pobrecitos familiares. Yo fui nieto de Savonarola, Fernanda. Mi abuela ni siquiera decía "lesbianas", una palabra que es como una pastilla de menta, sino "degeneradas". Sodoma y Gomorra, en mis insomnios, eran un par de hembras rubensianas que no dejaban de abrazarse frenéticamente. Pero Mercedes no tenía nada que ver con eso.

—¿Cómo manejabas lo que decían de ella?

—Mira, yo no me enteraba completamente del asunto. Algo intuía, pero, bueno: Mercedes era adorable. ¿Por qué no iba a amarla una mujer? Yo, que la amaba locamente, comprendía el enamoramiento de su compañera. También conocía su capacidad de amar y sabía que yo no podía bastarle, aunque confiaba en que me seguía amando. No sentía celos de su mujer, pero sí rencor por mi abuela: me negué a volver a su casa. Si me obligaban, vomitaba apenas pisar el zaguán. Mi madre y yo sólo volvimos en Navidad y el día que la abuela cumplía años. Sin Mercedes, la casa

había perdido para mí todo el atractivo. Ahora, cuando veo a Beatriz y África, me acuerdo mucho de Mercedes. La posibilidad de hablar con ellas es una especie de rito propiciatorio, así le pediría perdón y me reintegraría a ella.

—Pero tú eras un niño, ¿que podrías haber hecho?

—Pude haberme escapado de casa para buscarla. O presentarme en la suya el día que proclamé mi declaración de independencia. Escribirle una carta que la hubiera hecho muy feliz... Sin embargo, tuve miedo.

—¿De encontrarla diferente?

—No sé. Tal vez de que yo comenzara a ser diferente con ella. O de que la separación hubiera roto en nosotros algo imposible de volver a unir. Y preferí quedarme con el recuerdo, con el zorcico que nunca oigo porque tampoco me atrevo.

—¿Y si vamos a buscarla un día de éstos? ¿Sabes dónde está?

—Por supuesto. Sigue casada con la misma mujer.

—¿La has visto?

—A prudente distancia: le he rondado la casa algunas veces. Sigue igual de guapa.

—En la foto te le pareces mucho.

—¡Vaya! Eso significa que tú y yo nos parecemos. ¿Quieres hacer el amor?

—¿En este momento? No, Míquel. No voy a cumplirte la fantasía de acostarte con Mercedes —respondió. Se apretó contra él con tal fuerza que se le dificultaba respirar.

—Dormía con ella a los tres años y nos amábamos castamente. Te he hablado de un enamoramiento sin sexo. Puro romanticismo.

—No te creo.

—Da lo mismo. Te va a gustar hacer el amor aquí, porque este laboratorio tiene muy buenas vibraciones. Vas a gozar como nunca y querrás repetir la experiencia todos los días. Date prisa, porque en cuanto se hace de noche, el frío se vuelve inaguantable.

Con los sentidos alerta y el alma replegada en la más sublime expectación, los tripulantes de la nave contemplaron el espectáculo que se desplegaba ante ellos. Más tarde se dividirían las opiniones acerca de la naturaleza de la lluvia que había rociado la cubierta durante unos minutos terrestres. Las gotas, de un color azul de Prusia, caían en los cristales de *Isis* y luego resbalaban, dejando como rastro una especie de película luminiscente. Sobre ella aparecieron, con fugacidad de segundos, imágenes que no fueron las mismas para cada espectador. Onésimo Maclovius se vio corriendo por la playa, al encuentro del mar, dando la mano a los dos niños que había perdido años atrás en la epidemia de un virus mutante. La escena era limpia y perfecta: un barco tocando el puerto de la seguridad. Sin embargo, un llanto largo y tibio brotó de los ojos atónitos del científico. No supo qué responder cuando la doctora en antropología, Laura Myers, le preguntó su opinión a propósito de lo ocurrido. Pero el maestro Fukor, sin poder sacudirse el escepticismo, habló de alucinación colectiva. Finalmente, la causa del fenómeno fue el dato menos relevante. Lo que importaba eran las sensaciones que cada uno experimentó y que, sin duda, dejaron huella indeleble en su memoria.

—Me gustaría conocerla —murmuró Fernanda recibiendo sobre su cuerpo desnudo el peso y el calor y el deseo y, de pronto, el sudor de Míquel, su olor peculiar, el sabor de su piel.

—¿Para qué? Hay ciertas cosas del pasado que conviene dejar en paz.

—De todas maneras, me gustaría —insistió ella con voz entrecortada.

—¡Por amor de Dios, Fernanda, no hables de mi tía cuando estamos cojiendo! Me vas a causar un trauma y otros cinco años de psicoanálisis.

—Fuiste tú el que sacó el tema. A propósito, ¿ya le dijiste

a tu psicoanalista que desde que estamos en esta casa no tenemos relaciones todos los días?

—Sí. Lo vamos a analizar la próxima sesión. Ahora cálla te, nena. Y goza.

El doctor Onésimo Maclovius —pensativo como estaba y nostálgico— creyó escuchar el grito de placer, desatado sin ningún escrúpulo, que una mujer profería en algún punto del universo. (El maestro Fukor podría haber hablado de alu cinación auditiva.)

Había obscurecido cuando salieron del laboratorio. La no che estaba fresca y extrañamente despejada. Podían verse, incluso, algunas nubes blancas sobre el fondo azul, contra el cual también destacaban las siluetas de los edificios. La torre de Mexicana y la del Hotel de México, prendidas al firmamento con alfileres luminosos, ofrecían un perfil mu cho más nítido que en las horas diurnas. La aparición insó lita de la Virgen de Concreto —hacía tiempo, sin la luz roja de la cabeza, que prevenía a los aviones y evocaba en las almas piadosas los sucesos de Pentecostés— abría las ma nos en actitud indefensa y ocultaba en la capucha de su man to el secreto de sus facciones.

Rafael cantaba a dúo con Mijares, "culpable de todo, cul pable de nada". La luz de su cuarto proyectaba sobre la bar da de la academia las sombras chinescas de su actuación. Frinka chillaba como una rata herida, su madre lo impre caba en un tono más alto ("Me siento cansado, saciado y feliz".) y él redoblaba el alarido buscando, quizá, llegar al sí bemol.

Asomados desde la azotea al balcón de su recámara, donde las plantas iban ganando terreno, Míquel y Fernanda vie ron a Jacobo al otro lado de la barda —prácticamente ine xistente— que dividía ambas construcciones. Llevaba una toalla enredada a la cintura y golpeaba con energía la puer ta trasera del departamento de doña Josefina, separado del

suyo por un trecho de escalera. Cuando advirtió la presencia de sus vecinos, el gesto de disgusto dio paso a una sonrisa que alcanzó los ojos.

—Es el agua —dijo—. Desconectaron la bomba y no sale ni una gota por la regadera.

A los golpes de la Gestapo respondió una voz aguda y cascada que prometió remediar el asunto inmediatamente.

—Si puedo bañarme, nos veremos más tarde —se despidió. Con el tiempo Fernanda aprendió que de sus buenas intenciones, muy pocas llegaban a cuajar en realidades y, por lo tanto, la mayoría de sus encuentros serían fortuitos.

—Que tengas suerte, yo tuve que bañarme como los gatos —intervino un muchacho que bajaba por otro tramo de la escalera. Alzó la cabeza y vio un momento a la pareja.

Míquel le devolvió una mirada profesional. Era el tipo de hombre con el que se podría hacer un buen trabajo fotográfico. Rostro de rasgos bien definidos, cuerpo de proporciones armónicas, cuello fuerte y largo, ojos expresivos. Jacobo los presentó, mencionando velozmente los nombres de los tres: Olmofernandamíquel, y éste constató que el muchacho tenía también una dentadura admirable. De soslayo captó en su mujer una especie de disfrute estético medianamente disimulado.

"Me siento culpable pero enamorado", confesó el dúo Mijares-Rafa. Frinka se había cansado de berrear y Míquel descubrió que tenía hambre. Del balcón subía el olor penetrante del hueledenoche. Quizá en el espacio exterior, un científico luchaba contra su propio fantasma.

8

Sucede que a veces los días no son como los habíamos imaginado. Unos grados más de frío, quizá. O excesiva timidez en el brillo del sol. Una tibieza de ánimo, o cansancio atrasado. Algún resabio de los ensueños de la noche anterior que se hacen presentes en la vigilia, pero tan disimulados que es imposible descubrir la causa de la incomidad que nos aqueja. Fernanda miró las cuartillas que esperaban su corrección. Ahora se trataba de hacer la luz sobre un problema específico de los caracoles de jardín. *Isis* avanzaba (¿avanzaba?) sin novedad por el espacio exterior. Al doctor Maclovius le fue negada su solicitud de dejarse crecer el bigote porque, de acuerdo con la respetada opinión del doctor Kublai, ahí podrían alojarse ciertos gérmenes o formas de vida desconocidas que significarían una calamidad estrepitosa al regreso a la Tierra. Fernanda pensó si Maclovius se parecía a Míquel, cómo se vería su marido con bigote... También pensó que los dolores menstruales son lo más inútil del planeta y decidió que a las científicas del Proyecto Osiris se les proporcionarían cápsulas específicas para liberarlas del azote menstrual, por lo menos durante el desarrollo de la misión. El timbre de la calle la alejó de los caracoles que podrían empezar a materializarse en los albos pasillos de *Isis*, con el consiguiente azoramiento de la tripulación. Fue a abrir con esa pesadez en la cintura y el dolor frío en las piernas. África se balanceaba al ritmo de la música que oía a través de los audífonos anaranjados.

—¿Qué hongo? —dijo—. Se me ocurrió que a lo mejor me invitabas un cigarrillo —informó con marcado acento norteño—. ¿No fumas? Entonces una copa, una cerveza, algo para pistear —insistió—. Acabo de pelearme con Beatriz. Necesito un *drink* que me haga el paro. No te preocupes. Si quieres, nadamás platicamos un rato.

África hizo la concesión de quitarse los audífonos, apagar la reproductora de *cassettes*. Era delgada hasta el punto de no necesitar sostén —prenda que, por otro lado, habría rechazado vista su aversión por cuanto se pudiera considerar obligadamente "femenino". Pese al frescor del día, llevaba una camisa de manga corta. Completaban el atuendo un pantalón de mezclilla y unos mocasines sobre los pies desnudos. El cabello, semilargo y pesado, enmarcaba el rostro de niña, breve, con pecas alrededor de la nariz. La muchacha sorbió el resto de unas lágrimas que quizá había vertido en su casa.

—Yo creo que a la relación ahora sí se la llevó el carajo —exclamó África con la mirada en el infinito—. Tarde o temprano tenía que suceder. Beatriz es una pobre estúpida burguesa niña bien, que supone que el mundo está a sus órdenes, y no se entera, la idiota, de que con ella o sin ella, el planeta sigue dando sus vueltecitas. ¿De qué se creerá tánto? Cuando la conocí estaba gorda como ubre, los ojos se le perdían entre los cachetes. Pero ya se sentía *divine* por las carretadas de lana que tiene su papá. Entonces yo administraba un bar en Torreón. Era famosísimo porque en muchos kilómetros a la redonda no había otro que ofreciera siempre cervezas heladas. Pues la pinche Beatriz, prepotente como ella sola la hija de su madre, quería cerrar el bar para estar pisteando allí con sus cuates, muchos de ellos guaruras que le iban cuidando el físico a la nena. Dijo que se le antojaba que yo la atendiera, hazme el favor. Me dio risa la gordita, tan payasa, tan torpe, sin saber cómo llegarle a una chava. Me disculpé como pude —uno debe supervisar a los meseros y todo eso— y mi negativa la prendió muchísimo: llegaba diario al negocio y se pasaba la noche con tragos y botanas. Los cuentones eran impresionantes: los pagaba sin decir esta boca es mía. A veces teníamos que recordarle que ya íbamos a cerrar, para que se avispara y se fuera. Averiguó mi dirección. Se estacionaba enfrente como si estuviera haciendo guardia. Supo con quién anda-

ba yo y se la quiso armar: eso no se lo permití porque Sara era mi dedo chiquito. Le pedí a la gorda que le bajara y se puso a llorar igual que una criatura. ¡Hubieras visto qué ríos de lágrimas, Fernanda! Me partió el alma, pues. Por Dios que yo no puedo ver llorar a una vieja. Me dijo que me adoraba con locura y que no entendía por qué yo la rechazaba tan feo. ¡Uta! ¿No me hizo doblegarme la pinche cerdita? Nos encerramos tres días con sus noches y ese fue el comienzo de la chingadera, porque desde entonces alucinó que yo debía cumplimentarle cuanto capricho le alcanzaba el coco. Está como operada del cerebro. No piensa, pues. Me organiza unas escenas de celos que para qué te platico. Avienta las cosas, las rompe, les baila encima. Yo nadamás me le quedo mirando con esta sonrisita, ¿ves?, así. Pero no le doy el gusto de estallar en cólera, porque de ahí a perderle el respeto y ponerla en su jodido lugar, hay un paso muy corto.

Fernanda hizo una mueca de dolor, se inclinó hacia adelante llevada por la urgencia de proteger su vientre contra el mordisco de un calambre.

—¿Quihubo, qué te pasa? —preguntó África dejando de ver la punta de sus dedos para mirar a la escritora enemistada con los caracoles de jardín—. ¡Pura maldición la regla, hija! Quién sabe a qué pinche sádico se le ocurrió. Deberías ver cómo se pone Beatriz, ni siquiera se levanta de la cama. Oye: la que la alivianó mucho una vez que de plano estaba en el grito, fue Rudecinda, la de las yerbas. Me cae que esa mujer tiene sus dotes. No sé exactamente qué le dio, pero era un preparado de plantitas que le quitó el cólico, la hizo dormir y la dejó casi nueva. A una chava buga que vivía en el tercero, la hizo abortar suavecito, sin broncas. Sabe su asunto la señora. Si quieres, dímelo y te llevo con ella para que te eche una mano. También, si te sientes muy mal, me voy. Lo que pasa es que me urgía hablar con alguien y a esta hora los cuates andan en el trabajo. Tú eras la única a quien podía recurrir, pero no quiero darte lata.

Onésimo Maclovius no era de la clase de personas que puede hacer oír libremente su voluntad. Pesaban sobre sus hombros siglos de matriarcado, abominables cargas de machismo, inhibiciones como vaharadas de ciénega. Lamentó en ese instante no haber acudido al consultorio psicoanalítico para endurecer su personalidad y tener recursos, en un momento dado, con los cuales oponerse a los experimentos de los científicos del Proyecto Osiris. No más averiguaciones sobre la personalidad del *Ocimum*, no más invasión de su territorio privado. Sin embargo, su silencio dejaba actuar a los curiosos que le untaban gel en la frente para luego conectarlo al aparato escrutador.

Fernanda era una mujer bien educada, no dijo que prefería estar sola, ni que la desconcertaba tal liberalidad en las confidencias de África. Tuvo el pensamiento fugaz de que algo en ella —tal vez la expresión de su cara, su actitud o su mirada— respondía de modo inusual a la imperiosa necesidad de confesarse que parecía ser denominador común en algunos de los vecinos. "Es que tú sabes escuchar", opinaría Míquel. "Y cuando se tiene la suerte de hallarse alguien así, no se le desperdicia tan fácilmente". Sólo por completar la ficha biográfica de África —sí, era su nombre real: su hermana se llamaba Oceanía—, Fernanda quiso saber a qué se dedicaba.

—No, pues ahora nadamás estoy planeando unos *business*. Tal vez organice un restorancito o un bar en sociedad con unas amigas. Mientras, me atengo a la mensualidad que me envía mi hermana desde Torreón: ella es albacea de la herencia que me dejó mi papá. Se supone que yo puedo administrarla el día que termine una carrera universitaria, pero nada que ver: soy muy libre y no puedo comprometerme a seguir estudios académicos. Lo intenté y duré tres semestres en arquitectura, cuatro en ciencias de la comunicación. Hasta ahí. Viajo mucho, tengo amigos en varias ciudades de la República, y no me gusta esta horrenda metrópoli deshumanizada y enloquecida. Creo que encallé aquí por Bea-

triz, a su papi lo trasladaron a México y, ni modo, había que atorarle.

Jacobo les había conseguido el departamento:

—Ya lo conocerás, está bien la pinche cueva. Soleadito, amplio, con ventanas a la calle. Los peces y las plantas están a gusto, pues. Y eso para mí es muy importante. Sucedió que cuando empecé a andar con *Miss Piggy*, le dije órale, pero saca de mi vista a tu bola de cabrones guaruras. Me pudre que vayan contigo a todos lados y tener que estar inventando encuentros con micos para que no les acabe de caer el veinte de que somos un par de lesbianas *gay* homosexuales y luego tu mamá les saque toda la sopa y a ti te manden a "curar" a Houston o te obliguen a casarte con el hijo imbécil de algún secretario de Estado. A ver cómo le haces, mi reina, pero si yo vuelvo a detectar junto a nosotras a un pinche gorila, ahí muere. Ponme casa, pues. La Beti era amiga de Jacobo —coincidían en las discotecas, o algo así— y él le dio el pitazo de este depto, en una calle más o menos discreta, donde nadie se iba a imaginar que Beatriz... y adonde ella podía llegar cuando le diera la gana, sin cargar con los perros guardianes. Lo alquilamos y lo fuimos decorando con mucha ilusión —como ustedes ahora, esta casa. Nos quedó padrísimo: buenos cuadros, muebles de ratán, vajilla de Puebla... ¿Me regalas un vaso de agua? ¡La fulana me dejó con la boca seca!

Bebió el agua de un solo trago. Del jarrón puesto sobre la mesa tomó una vara de esas flores que al secarse se vuelven de papel, la hizo girar entre los dedos, la examinó, sin darse cuenta la fue trozando. Se habían instalado en el comedor —quizá por no tener que subir al segundo piso, donde se ubicaba la sala; tal vez porque conducir a la gente a la sala revestía un carácter formalista que Fernanda solía evitar. A través de las ventanas, desde un punto de vista inmutable, los traseúntes iban y venían, pasaban de largo en una dimensión de perfiles y constante fluir del tiempo.

—Lo que pasó es que la niña tuvo por centésima ocasión

un ataque de celos. ¡Pero ataque, no chingaderas! Imagínate: me prohibe que vuelva a ver a cualquiera de mis examantes y eso se opone cien por ciento a mi filosofía y a mi estilo de sentir las cosas porque, mira, ahora tengo veintiocho años y desde que empecé en este negocio del *rock and roll*, he tenido aproximadamente cuarenta amantes. Sí, en serio. Siempre que termino con una, sugiero la posibilidad de que volvamos a vernos en plan amistoso, ¿por qué no? Uno necesita alegrarse la pupila, requiere el apapacho, las frases lindas. Además, el resentimiento y la soberbia como que no tienen sentido, son puras pendejadas. Así que mis niñas me buscan y yo las recibo con mucho cariño. Eso sí, nada de sexo si estoy relacionándome con alguien: yo respeto a mi novia y le doy su lugar. En dos años no le he sido infiel a Beatriz, te lo juro. Pero la cretina quiere que yo camine como mula, viendo nadamás para adelante y que no hable con nadie. ¿Cómo le haces si vas a una discoteca, a una fiesta privada, a una exposición de pintura? Yo soy amiguera y me gusta la vida social y no soy el calcetín de nadie para que me den vuelta así como así. Se lo dije hace rato. Si ahorita pasa enfrente de tu casa y nos ve, se va a poner como fiera, creerá que te estoy echando los canes.

Encendió la reproductora de *cassettes*. Por los audífonos brotó una voz minúscula.

—¿Te gusta Angélica María? Esta cuerísima la fulana, ¿no te parece? —preguntó, y por primera vez miró a Fernanda directamente a los ojos. "Prohibido, tú eres mi amor prohibido". —¡Chingado! Lo que yo necesito es casarme con una mujer buena onda que me haga calor de hogar y sea capaz de prepararme una ensaladita o algo. Como tú, pues. ¡Pinche Míquel, qué afortunado es! —"Un rayo de sol ardiente que vive aquí en mi piel constantemente".

—No sabes qué tan afortunado. Puede que te dejes llevar por las apariencias.

—No. Tengo mucho colmillo, Fernanda, y no hablo de más. Lástima que seas buga.

Fernanda sonrió incómoda. No era la primera vez que sucedía, pero siempre le desagradaba que alguien le dijera frases por el estilo a pesar de saber que ella y Míquel eran una pareja.

—Yo creo sinceramente —sentenció África— que un pendejo con poder, así sea nada más el del dinero, es la peor plaga que puede sufrir la humanidad. Y ésa es la definición exacta de Beatriz: una pendeja con poder. En este caso voy a chingar mi récord: no quiero volver a verla jamás. Ha hecho cada estupidez que te inmovilizarías si supieras. Ahí muere, pinche vieja descerebrada. ¿Te importa si te pido otro vaso de agua?

Mientras África bebía, Fernanda le preguntó por el funcionamiento de la casa contigua, quiénes vivían allí, si la dueña era tan liberal como parecía.

—Doña Josefina es una abeja revolcada en polen, ¿la conoces? De repente camina por la privada, de la puerta al coche. Su hija o sus nietos le sirven de chofer. Te da la impresión de que no ve, ni oye, ni entiende nada. Pero quién sabe. Su hijo tiene un puesto medio en el gobierno y eso le da a la viejita algunas prerrogativas con su casa: no extiende contratos, aumenta el alquiler cada seis meses, se roba la luz, algunos departamentos los renta sin instalación eléctrica, generalmente no pone a funcionar la bomba de agua. Yo vivo en el cuerpo de la derecha, donde los problemas son menores. En el de la izquierda, pegado a tu casa, la situación está peor. Bueno, a cambio de todo eso, doña Josefina recibe como inquilino a quien sea. Si le pagas puntualmente el alquiler, no te interroga ni se mete contigo para nada. Allá adentro hay de todo: "locas", gente *gay* y uno que otro personaje de incógnito. Marlina y Sealtiel que siempre andan a la cuarta pregunta, los pobres. Un arquitecto jovencísimo —creo que es suizo— y su mujer, que estudia en Conservatorio. Ya sabes: los gitanos.

Una cara impresionante se pegó al vidrio de la ventana. Los ojos de batracio escudriñaban el interior de la casa

manos grandes y sucias hacían pantalla. La súbita aparición sobresaltó a las dos mujeres, pero África fingió aplomo y sonrió.

—Es Rudecinda —dijo—. Vamos a ver qué demonios quiere —se levantó y fue a abrir la puerta.

Entró un olor de campiña rociada, mezclado con el tufo, curiosamente vegetal, de la orina de los gatos. De la conversación se oía sólo la voz pausada de África. Le respondía una especie de zumbido en el cual no era posible distinguir palabras.

—Yo no, doña: Beatriz. Pero se fue. Si regresa, la voy a buscar para avisarle. No, prefiero que se entienda con ella, es su asunto. Oiga, ¿qué le puede dar a una amiga que tiene un cólico horrible?

África se hizo a un lado y la mujer pudo observar a Fernanda durante unos momentos. Sin responder, metió los dedos al morral y sacó una bolsita con un compuesto de yerbas. África le puso una moneda en la mano. La mujer dijo tres tazas al día, bien caliente. Fernanda apenas pudo oírla, le dio las gracias. En ese momento, el alarido de combate de Frinka partió el aire como un misil. Echó a correr sobre los gatos que seguían indolentemente a Rudecinda. A sus maullidos de pánico respondió con carcajadas en las que era imposible separar de la idiotez el regocijo de haber acertado en el blanco. La mujer alzó el brazo para golpear al niño, pero se interpuso Yuli Marisancha, la hermana mayor que enfrentaba sus nueve años a la indignación de Rudecinda.

—Por favor, señora, no le pegues. El se cayó de cabeza y se porta muy mal —justificó sin pestañear—. Perdona.

Rudecinda se fue y África contuvo a los niños que pugnaban por entrar a la casa de Fernanda: "Regálanos una manzana, hielo, azúcar, dinero para comprar cigarros y chicharrones, déjanos ver tu casa, güera, no seas mala. ¿Y el Míquel? Que nos dé las fotos, dame mis fotos".

—Nos vemos otro día, primor. Prepárate el té, seguro te sentará mejor. Saludos al fotógrafo afortunado.

—Me parece muy bien dormir con la puerta del balcón abierta para disfrutar la albahaca y el hueledenoche que te recuerda a tu abuela. Lo malo es que también se mete el frío y el ruido de la calle. Así, es más fácil que nos despierte el timbre de la escuela. ¡Es horrible que estés dormido y te taladren el cerebro los chillidos de los gatos!

—Si cierro la puerta, también se oyen.

—Pero menos.

—Tú ganas, Míquel. Voy a cerrar. ¿De qué te ríes?

—De ti. Me gustas cuando te haces la obediente. Mañana tendrás argumentos de sobra para persuadirme de lo sano que es dormir con la ventana abierta.

—Lo es. ¿Tienes sueño?

—No demasiado. ¿Quieres decirme algo?

—Me encanta platicarte así, con la luz apagada.

—Necesariamente en voz baja, y mejor si llueve. Sólo que a mí, la lluvia nocturna me pone nervioso.

—Es raro. A mí me parece sedante.

—Mi psicoanalista dice que los chubascos son símbolo de lo inevitable, que se presenta de repente sin que tengas oportunidad de protegerte. Suelen causar depresión. A ti no, porque tienes un lado melancólico y te gusta sufrir un poquito aunque estés gozando. . . ¿No es cierto que al hacer el amor disfrutas más si te duele?

—A veces. Míquel, ¿crees que hemos hecho bien al no tener hijos?

—Por supuesto. Lo hablamos hasta la saciedad (casi) y llegamos a ese acuerdo. No importa que a la gente le parezcamos extravagantes o egoístas. Nos queremos, nos necesitamos mutuamente y con los niños nuestra relación ya no sería la misma. Yo no tengo dudas, Fernanda. ¿Tú sí?

—No muy seguido. Sabes que me gustan los niños —no, Frinka dista mucho de ser el ideal— y a veces siento nostalgia de uno que fuera tuyo y mío.

—Eso es porque viste mi foto de la infancia, pero por fortuna la nostalgia se te pasa pronto y sigues comportándote

racionalmente. Los hijos se adquieren para toda la vida, con sus gracias pero también con su individualidad y sus caprichos. Creo que si en verdad los desearas, ya habrías tenido uno.

Fernanda se estrechó contra él. Míquel empezó a acariciarle la cabeza con una lentitud que la tranquilizaba.

—Si te sientes mal de no tener hijos es porque estamos transgrediendo los lineamientos sociales. . .

—Diría tu psicoanalista.

—De todas maneras los rompiste al casarte conmigo. Tu madre hubiera querido que su yerno fuera un diplomático de esos que salen en *La viuda alegre* y no un fotógrafo que apenas saca para ir tirando. Así que, ya instalados en la marginalidad, lo de los niños es un mero añadido.

—¿No te da curiosidad lo que pensarán los homosexuales acerca de los hijos? No me refiero a las locas, sino a los que han formado una pareja estable.

—Como los Vendrell.

—Y Beatriz y África, quizá. Ellos no pueden tener hijos, aunque quisieran. ¿Les afectará mucho?

—A unos, sí. A otros no.

—Es triste.

—Hasta cierto punto. ¿Qué piensas? ¿Que nosotros que sí podemos no los tenemos? A mí me parece fabuloso que en la actualidad los hijos sean una elección. Imagínate que ya tuviéramos uno y en este momento empezara a llorar porque siente miedo y quiere a su mamá. Sólo que yo también quiero a su mamá y que nos abracemos toda la noche. Así como estamos, no hay problemas. Tú escribes y cultivas violetas africanas, yo hago fotos. Cuidamos nuestra relación, desde luego.

—Está bien. No es necesario que trates de convencerme. Y tampoco quiero embarazarme. Era un tema de conversación, nada más.

Los mariachis llegaron paso a pasito, con el silencio calculado, como si no llevaran encima el peso de los guitarro-

nes, las trompetas, los sombreros y lo avanzado de la no
che. Sólo hasta que estuvieron bajo la ventana de Áfric
atacaron la música híbrida del baile y el resentimiento: "Que
rida, ¡ah!, ¡ah! Dime cuándo tú, dime cuándo, dime cuánd
tú vas a volveeeeeer", bramaba con voz aguardentosa el can
tante monolítico, mientras Beatriz —enlutada pero envuel
ta en las franjas policromas de un sarape— se dejaba ver
botella en mano, a la breve distancia de la otra acera. Apen
nas se atrevió Jacobo a levantar la punta de la cortina para
saber a quién iba dedicada la serenata. Comprobó, no sin
cierta desilusión, que no era para ninguno de ellos dos. Le
vantó la ceja, se trepó a la cama —muy a lo Marlene— y
siguiendo la pauta de las canciones calculó la gravedad de
la riña entre Beatriz y África. "A Rafa le brotaron las lágri
mas, fíjate. Es que al pobre nadie le ha llevado serenata en
su vida. ¡Con lo musical que es!".

África tuvo el buen estilo de no salir a la ventana cuando
los hijos de Garibaldi desentonaban "Te hubiera dado yo
beber agua de pozo de la Virgen Mexicana". Beatriz dio un
largo trago a la botella de mezcal añejo. A su espalda, la bu
rócrata que ocupaba la última casa de la privada, abrió la
cortina y los ojos escandalizados frente a lo inusual de la
escena ("Pinches bugas hipócritas, hijos de la chingada. Bien
que se fajan en la vía pública los muy desgraciados y eso
sí les parece de lo más *nice*, ¿no?"), pero su hijo sonrió con
un aire de complicidad que escapó al escrutinio materno.

—¿Alguien que busca una reconciliación? —preguntó Mi
quel abrazando a su mujer.

—Apuesto que Beatriz. ¿A quién más conoces que pueda
pagar un mariachi? Los demás llevaríamos serenata con gra
badora —comentó ella y entrelazó las piernas con las de su
hombre.

—No dejes de contarme el resultado. Seguramente ma
ñana vendrá alguien a informarte.

"Amor de tántos sueños, ya nunca volverás. Amor de tán
tos besos, ¿por qué?, ¿por qué te vas?"

"La cabrona de África no se inmutó hasta la décima can
ción, Fer. Para entonces Beatriz casi se había terminado la
botella y lloraba a moco tendido, pero la otra nada que ver.
Se puso dura la condenada. En fin, quién sabe, porque Bea
triz también tiene lo suyo. Yo estoy entre la espada y la pa
red: las quiero a las dos. Para no hacerte el cuento largo,
África abrió una rendija de ventana y por ahí le aventó a
Beti una bola de cosas que se regaron en la calle. Los ma
riachis, tú, estoicos. Esos mecos no ven ni oyen: no les con
viene. Una buena propina y ya está. Además, ¿cuántos ho
mosexuales crees que pueda haber en cada mariachi?
Mínimo tres, ¿verdad?, lo cual hace un porcentaje respeta
ble. Ellos verán la situación de otra manera, como que con
trarrestan una posible mofa de los bugas. Pues las niñas que
daron en lo mismo, el pleito sigue viento en popa, supongo.
No te extrañe que África ligue muy pronto con otra chava,
hay que reconocerle su éxito con las mujeres. Beatriz me
preocupa un poquitín más. Aunque parezca mentira, su
mundo es más estrecho y su propia neurosis le impide lo
grar buenas relaciones con los demás. Por otro lado, es muy
jodido tener que llevar una doble vida: hacerte la muy fem
en casa de tus papis y escaparte de repente a tu departa
mento de soltera para poder estar con tu amante. ¡Ay, yo
quisiera mejor no pensar, Fernanda! Mira, África no se da
cuenta de que la pobre Beti vive incrustada en la angustia:
¿por qué creerá que durante años padeció polifagia com
pulsiva y se puso horrorosamente gorda? Pues por no po
der serle fiel a su inclinación sexual. Los padres, un día, la
van a comprometer con un tipo que les convenga, y la cha
va que sea su amante no va a pasar de ahí. Uf, como que
con pensar no se resuelve nada, ¿verdad?"

"¡Corazón mío, corazón mío, resiste cuanto puedas tu des
varío!", rugió el mariachi cuando la despedida se imponía
y era un hecho que los gitanos estaban todos de pie disfru
tando el espectáculo.

ahí queda

9

—De acuerdo que Jacobo es divertido, pero ante todo es l encarnación de la decadencia —afirmó Míquel trotando junt a Fernanda sobre la franja de arena del parque público. Ata decía y los pinos exhalaban un olor fresco que daba sensa ción de bienestar—. Es curioso que haya hecho tan buena migas contigo.

—Él dice que es una cuestión astrológica: mi signo es su ascendente. Pero hay ocasiones en que me recuerda a mi hermano Javier. Por cierto, él y Jacobo son arianos, de ma nera que el asunto parece estar determinado por las estre llas.

—Javier me parecía lo más rescatable de tu familia; sin embargo resultó tan oscurantista como los otros.

—Es débil, igual que Jacobo.

—Uno de esos fuegos fatuos.

—Yo me entendía muy bien con mi hermano. ¿Te dije que, de niños, una vez le corté los rizos? Tenía un pelo pre cioso, casi rubio. Después de eso se le alació y se le volvió de un castaño intenso. Nunca supe si me lo reprochaba o no porque, de cualquier modo, él estaba convencido de ser muy guapo.

—Se entendieron bien durante la infancia, algo difícil pero no imposible. La edad adulta es otra cosa. Pocos seres es tán dispuestos a comprometerse en lo que implique esfuerzo o toma de conciencia. Tu madre puso a tus hermanos en una encrucijada cuando decidió convertirse en tu enemiga porque me preferiste sobre cualquier plan que tuviera para arreglar tu vida. Y ellos no dudaron, ¿o sí?, en secundarla ciegamente. Ya sabes lo que opino de la blandura de mis cuñados, querida. —La miró intensamente, como arropán dola, y añadió en tono cariñoso:— No pongas toda tu fe en Jacobo, Fernanda. Trata de ser objetiva.

"Buendía, señor procurador", rugió una barda a su paso. Y más adelante, otra: "Nosotros no olvidamos a Manuel Buendía", firmado por un partido de oposición. Algún reaccionario había escrito *culeros* en el último espacio disponible. Por asociación de ideas, Fernanda recordó a Pablo de Wallester, cuyo asesinato, como el de Buendía, eran siempre asuntos por resolver.

Míquel se enjugó el sudor de la frente. Ella lamentó no poder sudar tan profusamente como su marido: lo envidió, pero disfrutó, en cambio, la sensación de plenitud que se iba apoderando de sus músculos a medida que avanzaban en el ejercicio. En sentido inverso al de ellos, caminaban lentamente Jacobo y Rafael, surgidos de la nubecilla de polvo que los zapatos tenis de los corredores levantaban sobre la arena. Perfumes vespertinos y chaquetas de cuero, los imprescindibles cigarrillos en la mano. El joven de Mérida escuchaba la narración que Jacobo Caligari hacía de una película de moda.

—Entonces, al tipo como que le cae el veinte de todo, se le desprende la venda de los ojos, parpadea atónito. Le hacen un *close-up* que llena la pantalla y él lo aguanta como si fuera Scarlet O'Hara: impasible, con un aplomo y la convicción profunda de tener una cara poca madre... Naturalmente, el llanto comienza a escurrir por sus mejillas, pero él no hace el más mínimo gesto. ¿Tú entiendes, Rafa, lo que significa para un actor llorar transido de tristeza sin que se le altere ningún músculo, ni lo importune ningún nervio-cito de ésos que tenemos muchos a flor de piel? *Okay*, el chavo sabe que ya la mujer aquella que lo impresionó hasta la locura, lo espera en algún punto de su propio tiempo, el de ella, donde su amor pueda ser una realidad y no un simple anhelo, frustrado a toda hora. La cuestión que se plantea entonces es la manera de lograrlo: abatir las premisas de nuestro tiempecito lineal para hacer posible lo imposible (entre comillas). Me sentí identificado con él porque ésa era mi ansiedad cuando fui a buscar al amigo de Gari para

que me sometiera a una regresión. Fue impresionante de
cubrir que yo había sido un chavo buena onda a quien
chingaron en la Segunda Guerra Mundial, pero recuper
el momento en que mi mamá me dio a luz y vi por prime
vez el rostro de mi padre —que entonces estaba para tir
te de guapo—, ha sido lo más inolvidable que me ha succ
do desde que estoy en este planetita.

Rafael afirmó reiteradamente con la cabeza, como si fue
un muñeco de resorte. Jacobo se limpió las lágrimas, d
una larga chupada al cigarro y se volcó en sonrisas cuan
identificó a Fernanda y a Míquel en la pareja que trota
hacia ellos.

—Vinimos a caminar —dijo—. Tenías mucha razón, F
El parque está delicioso a esta hora. Y como que el ejer
cio es tan necesario. Sobre todo ahora que la contaminac
está alcanzando niveles de causar angustia. ¿Qué te pare
lo de la muerte masiva de esos pájaros, Míquel?

—Bueno, creo que todavía no se da el informe oficia

—Sí, pero los científicos del Politécnico adelantaron q
hubo una mezcla de varios factores. Quién sabe: es un h
cho que la información nos llega siempre filtrada. Yo pie
so que simplemente los pobres animalitos estaban respir
do mierda y se desplomaron. La autopsia debe revelar q
los pulmones estaban llenos a reventar de pura cagada, di
A este país se lo va a cargar Plutón, Fernanda. ¿Qué le v
mos a hacer? —el profeta del Apocalipsis hizo una gran mu
ca de resignación. Rafa estuvo a punto de llorar, pregun
¿por qué no nos vamos de aquí? y Míquel aprovechó la d
cusión que se avecinaba para despedirse empezando a t
tar de nuevo.

—Este fin de semana, si tengo tiempo, me encantaría h
cer un recorrido por la casa de los gitanos y darme gu
tomando fotos —comentó cuando otra vez la barda grita
quizá con un ímpetu que descendía a medida que la obs
ridad se iba tragando los árboles del parque.

Corredores solitarios se ejercitaban al ritmo de alguna m

brotada de los audífonos que aislaban sus oídos del mun-
exterior. La grava rechinaba bajo las suelas de goma, el
de la respiración actuaba en un patrón perfecto, el
cuerpo se volvía agua y calor.

—¿Crees que te lo permitan?

—Ojalá. Aunque no sea ésa la intención, uno siempre pue-
agredir con la cámara y hay gente que se defiende...
Ahora, los gitanos son exhibicionistas por naturaleza. Las
mujeres han tomado la calle: se colocan estratégicamente
en las esquinas y abordan a cualquiera para decirle la bue-
na fortuna. Algunos ingenuos caen, a ésas no las cuelgan
por menos de unos cinco mil pesos diarios.

—¿Te parece?

—Hay que ver cómo gastan en el estanquillo. Saca cuen-
ta: toda la familia fuma, y las gitanas compran la marca
más cara. Eso, sin mencionar la cantidad de comida chata-
rra que, todos también, consumen de sol a sombra. Además,
practican el trueque para conseguir lo que les interesa: las
he visto llegar en taxi y convencer al conductor para que
no les cobre el servicio, a cambio de que ellas le lean la
mano. Es raro que no resulte el negocio, porque a la mayo-
ría de la gente le cosquillea una cierta curiosidad por las
cosas ocultas, no importa que éstas se manifiesten a nivel
de pandereta. ¿Te has fijado en la bisabuela? Desde muy
temprana hora la instalan en una ventana de las dos que
caen sobre el eje vial. Se queda inmóvil como la momia de
Ramsés, pero fuma, fuma y carraspea interminablemente.
Sólo si pasa alguien se anima y empieza a chistar y a lla-
mar con una voz cavernosa, potente, desde luego más gra-
ve que la mía. Pienso que ella sí sabe su cuento: una mujer
centenaria ha sentido y visto mucho. Si es una mujer dota-
da, ¿te imaginas lo que habrá podido obtener de estar sen-
tada así, horas y horas, con las antenas conectadas en una
frecuencia desconocida para el resto de la humanidad? Ella
debe ganar el triple.

—¿Y tú cómo estás enterado de tántos detalles?

—Porque las observo. Llamémosle deformación profesional. Y al hacerlo pongo mi mejor cara, porque me interesa, ya te digo, poder trabajar con ellos.

—¿Cuántas veces te han abordado?

—Todos los días. Parece que no registran las negativas de la víspera.

—Ten cuidado, Míquel. Yo juraría que también son putas. Cuando te ofrecen la buena fortuna, en realidad se ofrecen a sí mismas. No hay más que ver sus actitudes y esa propensión a salirse por el escote.

—Puede ser algo cultural: la bisabuela también sigue esa moda.

—¿Y . . . ?

—Pues lo que te dije: es la momia de Ramsés.

—¿Qué pasó con tu aforismo predilecto: "Unos pechos son siempre unos pechos"?

—Todo tiene un límite, querida mía —rio Míquel—, y mi desconfiada esposa aún duda que yo vivo sólo para ella.

—Son mis limitaciones —se defendió Fernanda débilmente. Consultó el reloj y, en vista de haber cumplido la cuota de ejercicio, se dirigieron a la cafetería *La Puerta de Alcalá*, situada en el vecino centro comercial. Ella prefirió comprar, en el trayecto, un jugo de frutas; pero Míquel necesitaba el café para poder trabajar un rato más en el laboratorio.

—Ernestina me llamó al trabajo —comentó Míquel en tono ligero, mientras se instalaban en una mesa de la zona exterior del café.

—¿Qué quiere ahora?

—No lo puedes imaginar: me adelantó que cree estar embarazada y me solicitó que nos reunamos para oír mi opinión y/o mi consejo.

—¿Embarazada? —preguntó con un asombro que en cuestión de segundos dio paso a una estruendosa carcajada—. No me digas que se lo creíste. Es su peor pretexto de la temporada.

—Claro que no le creí, pero quizás si la oigo, se presenta

rá la oportunidad de enfrentarla a sus fantasías y pedirle, en buen plan, que se atienda: el psicoanálisis le costaría proporcionalmente menos que un aborto.

"El amor es la cosa más rara y, a la vez, la más sencilla —y engañosa— de la Tierra", sonó la voz de Jacobo, quien ocupaba con Rafa una mesa cercana. "Uno se puede preguntar de pronto por qué ante una persona determinada —dejemos de lado por ahora el asunto ge, a, ye . . . *gay*, Rafa, gay—, todas tus células y neuronas y fluidos y lo que sea que tengamos en la máquina, se disponen al encuentro, al ansia de la unión, a la identificación (fue lo que me sucedió contigo). Entonces, esa clase de amor, tan eléctrico, tan astrológico o esotérico, llámale como quieras, no se puede circunscribir a un puñado de años, ni a una vida: su fuerza irrumpe, absolutamente incontenible, más allá de cualquier frontera que se le pudiera oponer. Ahí tienes el asunto de la película. Muy *best-seller*, muy hollywoodense, *okay*, pero con más lecturas que las que se propone entre las palomitas y la coca enlatada. Tráete tu taza: allá están Fernanda y Míquel".

El establecimiento conserva, de los proverbiales, las excelencias del café que se obtiene de los mejores granos del país y se elabora en los alambiques idóneos para que el sabor y el aroma lleguen intactos al paladar. Cuenta, desde luego, con esa mezcla de olores que son como el alma de las cafeterías: los del néctar negro; el de algún cigarro puro que fuma —impasible— un cliente asiduo sin un asomo de responsabilidad social; los de las lociones y los perfumes que la burguesía deja como estela de su presencia; el de los bollos y las pastas y galletas con que se puede acompañar el café . . .

La dueña es una viuda con dos hijas que ella quisiera considerar casaderas. Una viuda de mirada tibia y lánguido suspirar, a quien el destino arrebató del hogar para colocarla tras la caja registradora. Mujer habilidosa para el negocio, amable con los clientes y comprensiva con las meseras, a

las que de cuando en cuando interpela con voz de niña: "Esa mesa, muchachas, esa mesa", y ellas sabrán a lo que se refiere y lo que tienen que hacer.

—Este café me gusta, sobre todo, por su ambiente tan especial. Fíjense en las meseras. Yo pienso que todas son *gay*. ¡Crean una atmósfera tan lésbica! Cuando no hay demasiada gente y la señora no está, ¿verdad, Rafa?, ponen el radio a todo volumen y se dan gusto bailando detrás del mostrador. ¡Las hemos oído decirse cada cosa! Pero siento que están extraviadas en la inconsciencia, tú. Como que la sobada del cabello y el apapacho les salen muy naturales, y la caída de mano sobre las nalgas, al pasar. Sin embargo, hablan de sus novios. Una o dos están casadas. . . Curiosamente, a ellas les veo más cara de dolor de muelas. ¡En fin!, hay mucha gente así, que no sabe su onda y se inmoviliza dentro del clóset —porque ignora que está allí— y, mientras, hace de su vida una porquería.

—No me mires así —sonrió Míquel—. ¿Qué quieres? Me hubiera encantado ser *gay*, pero esta mujer se me cruzó en el camino y no pienso dejarla a ningún precio.

—Búrlate todo lo que se te antoje —repuso Jacobo—, pero te aseguro que la población *gay* es mucho más amplia de lo que puede suponer el investigador más morboso: en un mercado de la colonia Juárez, el papá, dos hijos y una hija, son *gay*.

—¿Lo cual significa. . .?

—Que algo grueso se está cocinando a niveles cósmicos. En alguna parte leí que cuando una civilización está muy jodida, aumenta considerablemente el porcentaje de homosexualidad, para evitar que continúe la reproducción de seres a lo pendejo. ¿No es maravilloso ese comportamiento de la naturaleza? Mejor que los recursos negros de la guerra o las enfermedades. A menudo las cosas no son tan simples como parecen —dijo el nazi e hizo una pausa para observar el rostro de sus interlocutores—. Se nace buga o *gay*, ¿no es cierto? Hay niñitos divinos que aún no cumplen tres

años y la homosexualidad se les nota a kilómetros de distancia. Es un asunto genético, pero hay más.

—El homosexual cumple un rol muy especial en la historia y en las sociedades —añadió Rafael con una actitud serena y relajada—. A él se le ha dado la oportunidad de vivir su relación amorosa al margen de las estructuras y convencionalismos sociales que hoy en día están dándole el tiro de gracia al amor. Si dos hombres o dos mujeres viven juntos es porque quieren, no porque la sociedad los obligue. Ellos ni siquiera cuentan con el respaldo de esa sociedad. Más bien, con el repudio.

—¡Ay, Rafita! —suspiró Jacobo apretándole la rodilla por debajo de la mesa. Míquel comenzó a pensar en una serie de fotografías que podrían ser estupendas si él lograba captar ternura donde se supone que sólo puede existir ridiculez.

—Entonces, jugamos un papel importante en la economía global de las relaciones humanas —siguió Rafael—, sin someternos a los efectos debilitantes de la identidad heterosexual. Claro que, por eso mismo, porque eres bicho raro, hay quienes te ven feo y te estigmatizan. En Mérida, mi papá tuvo un amigo de toda la vida. Nunca se casó: era el solterón que causaba envidia colectiva. Durante la enfermedad que lo llevó a la muerte, alguien le chismeó a mi viejo que el cuate era *gay*, y mi papá lo dejó morir sin visitarlo. Renegó de su amigo y de él mismo "por no haberlo descubierto a tiempo".

—Dicen que San Pablo y San Juan Evangelista eran *gay* —soltó el doctor Caligari como remate de la plática—. ¿Un cigarro, Míquel?

Era el momento de la merienda de la colonia española. A las mesas —tácitamente reservadas— empezaron a llegar trajes grises y suéteres obscuros; gorras y sombreros; bastones; gallardías conservadas no obstante los años, el trabajo duro y el destierro; calvas o cabelleras blancas y lustrosas; lociones; toses y lacrimeos; muchos hombres y escasas mujeres, todos con la misma voz imperiosa, el gesto enér-

gico, la frase contundente y la risa abierta. El setenta por ciento de los parroquianos eran gente que había pasado dos guerras y buena parte de su propia vida. Sin embargo, el saldo final parecía favorable: tenían reservas de energía para lo que pudiera ocurrir.

—Mi papá era de ascendencia vasca. Mi mamá, andaluza —acotó Jacobo, como para hallarse un sitio en medio de los inmigrantes.

—En mi familia la estirpe es catalana —sirvió Míquel—. En la de Fernanda hay de todo un poco, pero predominan los aragoneses. . .

—Sí, cabezas de piedra. Rafa no es maya puro: casi. De origen extraterrestre como se afirma que son los antiguos eskualdunes: los vascos.

Míquel expresó su escepticismo con un gesto. Fernanda sonrió por encima del licuado de alfalfa, ¡oh doctor Maclovius!

—Hablo en serio. Mira: el porcentaje de RH negativo se calcula en quince por ciento para todas las razas, pero en los vascos varía. Eso indica algo ¿o no? En cuanto a los mayas, descubrieron las naves interespaciales antes que los rusos.

—Conforme —dijo Míquel sonriendo y así zanjó una posible discusión.

—Estaba platicando con Rafa sobre mi regresión. Resulta impresionante echar la cuenta atrás e ir contemplando tus otras vidas. Así puedes explicarte muchas cosas y, dentro de lo posible, corregir algunos detalles, evitar errores. ¿Ustedes creen en la teoría del eterno retorno, en la predestinación de las relaciones amorosas?

—Desde luego. Nosotros nos conocimos en el Antiguo Egipto. Yo era Teluris y ella Nofret, quince años mayor que yo. Me sedujo esplendorosamente, me ató a su cintura y desde entonces la persigo (nos perseguimos) en cada reencarnación.

Los ojos del nazi se dulcificaron. Su mirada encontró eco en la de Rafael.

—Cuando conocí a Míquel, fue como si lo hubiera estado aguardando toda la vida. Igual que si un día se hubiera ido a un viaje. . . —por barco, sí—, de ésos en los que la imprevisión o el azar gobiernan el itinerario. El barco se pierde entre los vapores de la mañana, ilusoriamente lo sigues con la vista hasta que deja de ser un objeto real para convertirse en una posibilidad fantástica. Puede ser que la noche te sorprenda inmóvil en el mismo sitio, pero luego te reintegras a la rutina y la memoria se va cubriendo con una capa de aceite, el dolor de la separación disminuye, quizá algo se astilla o se rompe en algún punto del espacio, pero queda un vínculo imperceptible que te lleva a pasear regularmente por el muelle en espera de que aparezca esa embarcación. Desde que nos encontramos supe que nunca querría vivir con nadie que no fuera Míquel. Mientras no vivimos juntos, me dolía pasar la noche sin él. Le pedí que no me telefoneara a diario, para no desafiar la ira materna, pero Míquel llamaba dos ¿tres? veces al día, siempre con un pretexto que yo debía entender. No sólo lo entendía: le agradecía infinitamente que no me hiciera caso y esperaba que al otro día ocurriera igual. Conocerlo fue como empalmar la última ficha de un rompecabezas que hubiera permanecido incompleto durante años.

Jacobo tuvo un acceso de tos: se asfixiaba entre el humo del cigarro y el café; pero mientras Rafa le palmeaba la espalda, había en sus ojos profunda satisfacción.

—Deberíamos reunirnos a platicar más de estas cosas —propuso con un hilo de voz.

—Usted no está viejo ni feo, tío. Si yo fuera mujer, ahora mismo estaría buscando la manera de ligármelo —exclamó un muchacho en una mesa cercana.

—¡Hombre! ¿Lo dices de verdad? Yo me siento muy desgastado para involucrarme en lances amorosos, pero ¿y tú? ¿Ya tienes novia?

—De repente. No puedo formalizar nada por mis padres —respondió el joven tonsurado de calvicie prematura—. Ser

hijo único tiene sus desventajas. Soy chofer, enfermero, acompañante. Además, si mi madre sospecha que una mujer me interesa especialmente, halla la manera de ahuyentármela.

—Te vas a quedar solterón y eso jode mucho. A veces las circunstancias te empujan al burdel.

—A mí no, tío. Desde que supe como está el follón del sida, a mí no.

—Eso es algo que les da a los jotos y a las putas, ¿no? —terció un vecino de mesa—. Si la cosa es tan cabrona como dicen, en un tris van a quedar despoblados los balletes ésos de los teatros. Está claro que se trata de una maldición bíblica, no sé si fue el Papa quien lo dijo en el noticiario la otra noche.

—Entonces, que les pegue sólo a los católicos —refutó el tío—. A mí no me hable usté de esas paparruchas.

Fernanda miró a los dos hombres mayores, con disimulo observó sus orejas: Míquel aseguraba que las orejas nunca dejan de crecer y que, incluso, se puede calcular la edad de una persona por la longitud de esos apéndices. De pronto, para Fernanda la colonia española reunida en *La puerta de Alcalá* fue un conglomerado de orejas —la mayoría enormes, algunas mal disimuladas bajo el sombrero o la gorra. Míquel pareció adivinarle el pensamiento: ambos sonrieron, él le acarició el lóbulo de la oreja y Fernanda hizo un gesto de incredulidad.

—Mi mamá ha vuelto a buscarme después de un chorro de tiempo. ¿Te dije, verdad, Fer? —De pronto fue el niño precoz enfundado en el uniforme del colegio alemán. Había un gesto caprichoso en su labio inferior, ligeramente pronunciado. —No sé si me dio gusto... Bueno, está el asunto de las raíces, el pasado, la imagen ilusoria que uno tiene sobre la familia. Pero con ella es como si de súbito hubiera empezado a sonar el mismo disco rayado. ¡Ay! No ha cambiado nada.

—Ha empeorado —apuntó Rafael.

—Sí, claro. Por la edad. Conserva las antiguas fijaciones acerca de mí, el mismo pleito. La única ventaja es que acepta a Rafael.

—Así tiene dos a quienes chingar —volvió a puntualizar el joven de Mérida.

—Está ya vieja, pesa treinta y nueve kilos, no oye...

—Cuando no le conviene. Y es tan terca que se niega a ponerse un aparato. Según ella, lo que sucede es que no le hablamos claramente.

—¿Y la familia de ustedes? —quiso saber el profeta semiderrumbado. Sonrió y asumió una actitud expectante.

—Ahí te va —respondió Míquel—. Un día yo me fugué del internado de la escuela "Presidente Manuel Azaña", donde me habían matriculado para que siguiera la secundaria. Ernestina, que era alumna externa, me dio asilo político en su casa. Mis padres se sintieron tan agraviados que me abandonaron a mi propia suerte. Con el tiempo la brecha se fue haciendo cada vez más ancha, hasta convertirse en insalvable. Creo que actualmente estoy desheredado. Fernanda estudió en una escuela de monjas, donde aprendió que el sexo, por ser tan bueno, debía ser pecado.

—Sí —intervino Fernanda adelantándose a la broma de Míquel—. La primera vez que hicimos el amor le sugerí que nos pusiéramos guantes.

La carcajadas de Rafael y Jacobo fueron un dúo de foca y delfín.

—Te fuiste a vivir con Míquel y la familia te mandó a la chingada —concluyó el nazi pidiendo a señas que le sirvieran otro café—. Eso jode mucho el subconsciente. ¿No es verdad, Míquel? Durante años te enseñan, te remachan que la familia es lo máximo y que sin ella estarías perdido. Luego, cuando tú tienes tu propia onda y te voltean la espalda, prácticamente no sabes qué hacer.

—Nos casamos dos años después, en Acapulco. Pero a mi madre sólo le hubiera parecido válida una boda por la Iglesia.

—O un nieto, mi vida. A un bebé precioso no se le puede negar el perdón.

—Como en las novelas, qué chistoso —dijo Rafael.

Jacobo interrogó con la mirada: el monóculo naufragó en la taza de café.

—No queremos tener hijos —puntualizó Fernanda. Recordaron su conversación de la otra noche. Ambos esperaron lo que podrían aportar sus amigos.

—Yo le decía a Rafa hace unos días —empezó Jacobo con aire más o menos confidencial—, que me gustaría tener un hijo. Vaya, no tenerlo: adoptarlo, porque por las vías naturales... No te ofendas, Fernanda, pero nadamás de pensar en hacer el amor con una mujer, siento vértigos. ¡Lástima que no pueda ser un hijo de los dos, que por el momento no sea posible embarazar a un hombre! Y, claro, ahí está *Val* que es un ente casi humano pero, estoy consciente, no es lo mismo que un niño. Ésa es la bronca de ser *gay*: no te puedes reproducir.

—Lo dices como una carencia —comentó Míquel—. Tal vez se trate de un privilegio. Sí, sí me gustan los niños. El asunto no es por ahí. Para mí es una cuestión de compromiso: qué tánto estás dispuesto, honestamente, a dedicarles tu vida. Además, si crees en el eterno retorno, admitirás que no es imprescindible buscar la perpetuación a través de los hijos.

—Es que, en los mejores casos, podrían operar las dos vertientes.

—Ése es un problema de ego, Jacobo.

—Según el psicoanálisis, Míquel. Tú estás muy metido en ese rollo, ¿verdad?

—Ha sido el mejor camino para desembarazarme de la angustia y lograr muchas otras cosas. El día que Fernanda acepte psicoanalizarse, nuestra relación podría mejorar notablemente. ¡Claro, no es que esté nada mal!, pero todo es perfectible, ¿no es cierto?

Fernanda no lo contradijo, sonrió y le dio un beso con

la última espuma del licuado de alfalfa.

—Para optimizar las relaciones en el plano exclusivamente físico —habló Jacobo disponiéndose a encender otro cigarrillo—, tomen cápsulas de *ginseng*. Son una maravilla.

Rafael corroboró con un movimiento de cabeza.

—La crisis está como todos sabemos, debido a los caseros y los comerciantes, personas mayormente inhumanas que no reparan en las necesidades ajenas. Digo mal: las conocen de sobra y por eso se enriquecen a su costa.

—Este país va camino de una guerra civil: no acaba el siglo sin que lo veamos.

—Hay que leer ese libro sobre los ojos de la Guadalupana. Está de lo más bien: se confirma la autenticidad del milagro, y qué bueno, porque en este momento sólo la voluntad de la Virgen sacará a la nación del pozo donde se encuentra —dijo el tercero de los tres hombres reunidos en torno a un tablero de damas chinas. Con un ademán llamaron a otro para que se acercara a jugar.

—Los dejamos. Yo tengo que trabajar en el cuarto oscuro.

—La próxima vez, ojalá comentemos algo sobre nuestros signos zodiacales. Míquel, ¿has oído de la conjunción de Plutón y Escorpión, que es el motivo principal de todas estas calamidades? Bueno, ya te contaré. Chao, guapa —se despidió de Fernanda con un abrazo de torero. Rafael se despediría, en cambio, como un niño desvalido en busca de asideros. Fernanda le dio unas palmaditas en la espalda y él finalizó con una risa de lobo marino.

—Esa mesa, niñas, esa mesa —gritaba la dueña cuando Míquel y su mujer abandonaban el café y se encendía el alumbrado eléctrico.

Onésimo Maclovius cerró la puerta del laboratorio, dispuesto a pasar la noche a solas con *Ocimum basilicum*. Era parte del experimento en el que tánto esfuerzo ponían sus colegas, pero había más: al lado del especimen de color violeta

recobraba algo de la tranquilidad de otros tiempos. Cierto que entonces era joven y las preocupaciones aún no se habían multiplicado como conejos en su interior. (Tener una preocupación ligera y, hasta cierto punto, ingenua —un conejito esponjado y tibio, de ésos que cualquiera ambiciona para sí—, era una cosa, y tener una preocupación obsesiva y lacerante —un conejo seguramente obscuro y ávido, insomne y rabioso—, era otra.) Por la noche, cuando la tripulación de la nave dormía, Maclovius disfrutaba un estado próximo a la paz, donde los fantasmas perdían densidad y la esperanza pugnaba por levantarse como un amanecer de la Vía Láctea sobre un océano de otro mundo.

Reclinó hacia atrás el asiento, aflojó los músculos: un relajamiento paulatino se fue apoderando de ellos. Distraídamente se colocó las terminales suprasensibles ligadas a la grabadora de sueños. *Ocimum basilicum* medía ya unos setenta centímetros. Lo que parecía ser su tallo principal estaba enhiesto como una saeta cuya punta se relacionaba con alguna latitud clave del cosmos. Las hojas se extendían alejándose del tronco, en un balance perfecto de distancia y armonía. No había en ellas el mínimo índice de caducidad. Si *Ocimum* era una planta pertenecía, en todo caso, a una especie que desconocía el proceso de marchitamiento. A partir de la fecha en que los científicos del Proyecto Osiris lo recolectaron y empezaron a observarlo en ese laboratorio, su desarrollo había sido espléndido, un alarde de vitalidad. El doctor Maclovius miró a través del cristal de la nave. Los ingenieros habían sido generosos al respecto: más que una ventana era aquella una pared curva y translúcida que ponía a la tripulación en contacto visual con el exterior —a menos que alguien prefiriera activar las cortinas metálicas para aislarse de las maravillas espaciales. En opinión de Maclovius, era asunto de neurosis: el segundo oficial de la nave comenzaba a transpirar a los pocos minutos de estar mirando hacia afuera. Como si extrañara los elementos del paisaje terrestre. O, peor aún, los elementos del paisaje urbano. Para

él, el cosmos era el vacío, y aquellas cortinas metálicas con reproducciones de pinturas medievales, le infundían una gran sensación de bienestar.

El desplazamiento de *Isis* puso a Maclovius frente al espectáculo de un quasar: un disco de gas y polvo en acreción rodeaba un agujero negro e invisible que giraba. (De niño creía que los agujeros negros eran accesos al infierno y que, quizás, al fondo se amontonarían cientos de niños en espera del perdón paterno, para poder abandonar el túnel e instalarse en alguna estrella.) A lo largo de los chorros, el material se proyectaba a una velocidad cercana a la de la luz. Maclovius sintió un calor ascendente en el plexo solar. Vio a *Ocimum* por el rabillo del ojo y notó en él cierta transformación: una de sus hojas rozaba un hombro del doctor, con la misma actitud de una mano protectora; parecía ligeramente inclinado hacia el quasar. En torno de la fuente de radio cuasi-estelar se agolpaban infinidad de pequeñas luces color magenta con el centro diáfano. Luciérnagas. Se aproximaban y se retiraban del núcleo de atracción formando una suerte de ballet silencioso. Maclovius empezó a experimentar una sensación inédita. Todo él, resumido en energía, se volcaba fuera del cuerpo a través del ombligo. Era como un disparo de rayo láser, capaz de atravesar la pared de la nave y fundirse momentáneamente con el giro incontenible del quasar. Su conciencia, empero, permanecía alojada dentro de su cráneo y le daba carácter de espectador frente a un fenómeno hasta entonces ignorado.

Ocimum también se volcaba fuera de sí mismo y trazaba una línea paralela sobre la esencia del doctor. "Yo soy eso", se escuchó clamar con una voz gigante que era como el estallido de una ola sobre los riscos.

Despertó con el pelo y la ropa pegados al cuerpo. El sudor abundante le hizo tener escalofríos. Su cronómetro le indicó el cambio de fecha. Había dormido diez horas terres-

tres y se sentía diferente, como si no fuera el mismo que entrara al laboratorio la noche anterior. Cuando salía para darse un baño, advirtió que había olvidado conectarse a la red de minúsculos cables que debían registrar sus sueños. Lo lamentó por el doctor Kublai.

10

El doctor Kublai miró desconcertado a Onésimo Maclovius. Superada la aparente falla de la grabadora de sueños, la lectura de los *diskettes* de cristal ofrecía una nueva sorpresa: el científico blandía una larga tira de papel, en la cual se alineaban cientos de pentagramas con notas prendidas a las líneas y sus espacios.

—¿Quiere decirme qué es esto, señor? —interrogó a Maclovius como si se tratara de una cuestión legal.

—Música, doctor.

—Música, sí, Maclovius. Y yo le pregunto: ¿es esto lo que usted soño anoche?

—No sé... más precisamente, no lo recuerdo.

El doctor Kublai entregó la partitura a la Gran Computadora. En breve, las bocinas distribuidas por el interior de la nave empezaron a difundir la obertura de *Turandot*.

—Puccini —murmuró el científico en jefe—. Esta ópera no arroja luz sobre el punto que nos interesa, mi apreciado Onésimo. Le recomiendo, en mi calidad de normador de este proyecto, que haga lo posible en soñar con imágenes, no con sonidos.

—Señor... —balbuceó Maclovius. Pensó que no valía la pena alegar nada a su favor. Miró atentamente a *Ocimum basilicum*: halló que la música le producía un gozo mayúsculo y le insuflaba una personalidad diferente, quizá la de Calaf o la de la princesa china. El levísimo temblor en la punta de sus hojas era su modo de sonreír. No, la princesa no —se corrigió Maclovius— Mejor Timur, el rey sin reino.

—¿Qué tan efectivo crees que sea el *ginseng*? —preguntó Miquel después de dar la primera mordida a una manzana—. Desde que lo tomamos, yo me siento, en verdad, más vigoroso.

¿Sí? Puede ser. En este momento no sé qué tanto me ha beneficiado —respondió Fernanda sin levantar la vista de la libreta: corría el segundo acto de la ópera pucciniana y Maclovius contemplaba, en éxtasis, la nube de gas iluminado que rodeaba a la explosión de una supernova.

—¿A qué hora quedamos con Marlina? —siguió él, estirando las piernas bajo la mesa de trabajo, mientras atacaba nuevamente la manzana.

—A las ocho, creo.

—Nos dará tiempo, entonces, para hacer el amor. Suerte que tengo un rato libre.

—¿Por qué no te subes a la bicicleta y pedaleas hasta que te canses? Quisiera terminar un capítulo de mi novela. Lo hacemos al regreso.

—Yo no apostaría que sí: vas a sentirte cansada y con sueño.

—Pues mañana temprano, como te gusta.

Míquel no contestó. Durante unos minutos se abstrajo mirando la pintura de Xavier Esqueda colgada en la pared de enfrente: sobre una enorme hoja de papel rayado que simulaba la de una carpeta escolar, un barco de papel flotaba en el mar cuando el Sol trazado con crayones comenzaba a hundirse en el horizonte. Dos gaviotas que parecían estar entrando a la escena, volaban rumbo a los más lejanos renglones de la hoja. A Míquel le agradaba saber a esa embarcación totalmente a salvo de un naufragio. El triunfo del absurdo surrealista le producía una especie de alivio que disfrutaba cada vez con una alegría diferente. Se volvió a mirar a Fernanda: la encontró ensimismada en su texto, renunció a la posibilidad de llevarla al sofá de la sala para estimular su erotismo al atardecer. Lo envolvió una ráfaga de ternura por aquella mujer que lo amaba con una entrega que de pronto tenía la espontaneidad de lo silvestre.

—¿Tus científicos llevan traje de buceo? ¿Que pasaría si *Isis* cae por accidente en el océano de un planeta imprevisto? O, peor: ¿si acuatiza en el lago de Chapala? Ahí termi-

naría el proyecto y, con él, los amores de *Ocimum* y Maclovius, ¿o no?

Fernanda lo miró. Vio los ojos y los labios iluminados por la misma sonrisa; el cabello negro, levemente ondulado; la expresión de frescura que siempre le resultaba atractiva. No pudo imaginar, en ese momento, lo que sería su vida sin Míquel. Tampoco creía que la convivencia diaria, ni siquiera la rutina de los tiempos compartidos, pudieran significar el preludio del aburrimiento y, eventualmente, de la separación. A medida que avanzaba el tiempo, la posibilidad de una ruptura sin daño se debilitaba cada vez más. Pensaba que en algún instante, durante los años que habían pasado juntos, habían dejado de ser dos personas para ser, cada uno, manifestación de una sola entidad. Era ése uno de los riesgos del amor. Doloroso y sorprendente a la vez. Por eso, perder a Míquel sería una clase de muerte que la aterraba... (Advirtió en sus ojos un brillo de regocijo, como si le estuviera leyendo los pensamientos y se dispusiera a discutir con ella acerca de la dependencia emocional.) Rehusó considerar lo que opinaría la psicoanalista de su marido: la idea de perderlo la aterraba hasta el extremo de causarle dolor físico.

—No terminarían los amores, Míquel. Probablemente los personajes se convertirían en algas marinas. O en lirios acuáticos. Entonces el asunto sería de transformación, no de pérdida.

—¿Te preparo una piña colada para que entres en calor? Si no te encanta, me la bebo yo —dijo, y salió del estudio.

Marlina en pantalón de punto y un suéter enorme que se cuidaba de no manchar con pintura. Olmo sirviéndole de modelo, medio cubierto con una toalla de baño que en el lienzo se volvía túnica. Fernanda y Míquel vieron sobre el hombro de Marlina el cuadro emparentado con un impresionismo extrañamente agresivo.

¿Sí? Puede ser. En este momento no sé qué tanto me ha beneficiado —respondió Fernanda sin levantar la vista de la libreta: corría el segundo acto de la ópera pucciniana y Maclovius contemplaba, en éxtasis, la nube de gas iluminado que rodeaba a la explosión de una supernova.

—¿A qué hora quedamos con Marlina? —siguió él, estirando las piernas bajo la mesa de trabajo, mientras atacaba nuevamente la manzana.

—A las ocho, creo.

—Nos dará tiempo, entonces, para hacer el amor. Suerte que tengo un rato libre.

—¿Por qué no te subes a la bicicleta y pedaleas hasta que te canses? Quisiera terminar un capítulo de mi novela. Lo hacemos al regreso.

—Yo no apostaría que sí: vas a sentirte cansada y con sueño.

—Pues mañana temprano, como te gusta.

Míquel no contestó. Durante unos minutos se abstrajo mirando la pintura de Xavier Esqueda colgada en la pared de enfrente: sobre una enorme hoja de papel rayado que simulaba la de una carpeta escolar, un barco de papel flotaba en el mar cuando el Sol trazado con crayones comenzaba a hundirse en el horizonte. Dos gaviotas que parecían estar entrando a la escena, volaban rumbo a los más lejanos renglones de la hoja. A Míquel le agradaba saber a esa embarcación totalmente a salvo de un naufragio. El triunfo del absurdo surrealista le producía una especie de alivio que disfrutaba cada vez con una alegría diferente. Se volvió a mirar a Fernanda: la encontró ensimismada en su texto, renunció a la posibilidad de llevarla al sofá de la sala para estimular su erotismo al atardecer. Lo envolvió una ráfaga de ternura por aquella mujer que lo amaba con una entrega que de pronto tenía la espontaneidad de lo silvestre.

—¿Tus científicos llevan traje de buceo? ¿Que pasaría si *Isis* cae por accidente en el océano de un planeta imprevisto? O, peor: ¿si acuatiza en el lago de Chapala? Ahí termi-

naría el proyecto y, con él, los amores de *Ocimum* y Maclovius, ¿o no?

Fernanda lo miró. Vio los ojos y los labios iluminados por la misma sonrisa; el cabello negro, levemente ondulado; la expresión de frescura que siempre le resultaba atractiva. No pudo imaginar, en ese momento, lo que sería su vida sin Míquel. Tampoco creía que la convivencia diaria, ni siquiera la rutina de los tiempos compartidos, pudieran significar el preludio del aburrimiento y, eventualmente, de la separación. A medida que avanzaba el tiempo, la posibilidad de una ruptura sin daño se debilitaba cada vez más. Pensaba que en algún instante, durante los años que habían pasado juntos, habían dejado de ser dos personas para ser, cada uno, manifestación de una sola entidad. Era ése uno de los riesgos del amor. Doloroso y sorprendente a la vez. Por eso, perder a Míquel sería una clase de muerte que la aterraba... (Advirtió en sus ojos un brillo de regocijo, como si le estuviera leyendo los pensamientos y se dispusiera a discutir con ella acerca de la dependencia emocional.) Rehusó considerar lo que opinaría la psicoanalista de su marido: la idea de perderlo la aterraba hasta el extremo de causarle dolor físico.

—No terminarían los amores, Míquel. Probablemente los personajes se convertirían en algas marinas. O en lirios acuáticos. Entonces el asunto sería de transformación, no de pérdida.

—¿Te preparo una piña colada para que entres en calor? Si no te encanta, me la bebo yo —dijo, y salió del estudio.

Marlina en pantalón de punto y un suéter enorme que se cuidaba de no manchar con pintura. Olmo sirviéndole de modelo, medio cubierto con una toalla de baño que en el lienzo se volvía túnica. Fernanda y Míquel vieron sobre el hombro de Marlina el cuadro emparentado con un impresionismo extrañamente agresivo.

—Es una evocación de Antinoo —explicó—. Capto los últimos instantes de su vida. Poco después se ahogará en el Nilo. Lo que me interesa reflejar es el misterio en la cara del galán: ¿fue su muerte un accidente o fue suicidio? ¿Por qué? Quizá porque no sabe cómo manejar el amor de Adriano.

Olmo levantó levemente los hombros. Con una sonrisa desmintió cualquier complicidad con Marlina: él simplemente posaba. Dio un largo trago a su cuba libre y encendió un cigarrillo mientras la pintora se alargaba en la explicación de la obra.

El departamento era amplio y bien iluminado. La estancia de forma irregular bastaba para dar cabida a la sala, el comedor y el estudio de Marlina, gratamente poblado del olor de los óleos. Ella y Sealtiel habían creado un clima acogedor: grandes sofás acojinados, alfombra de lana sobre el piso de madera, luz indirecta difundida por lámparas artesanales. En las paredes, parte de la obra de Marlina y cuadros de algunos colegas. Tal vez, grabados y serigrafías firmados por artistas de renombre. La joya, un dibujo de Frida Kahlo.

Sobre la mesa redonda, Sealtiel había extendido ya un mantel color bugambilia y había distribuido platos y cubiertos. A la mitad de su exposición, Marlina se apoderó de una de las barras de pan destinadas a la cena, la trozó y repartió entre todos con ademán equitativamente bíblico. Devoró su ración sin dejar de hablar.

—Al ver esta pintura, el espectador debería pensar, no en el sacrificio de Antinoo, sino en la tragedia de Adriano: durante el resto de su vida lo consumirá la incertidumbre. Olmo y yo hemos pasado largos ratos cotorreando el punto, sintiendo el desasosiego interior de aquel chavo, metiéndonos hasta el pescuezo en el agua del Nilo e imaginando el dolor de Adriano, para luego dar con esa mirada, la que se abre frente a la boca del misterio. Es una obra que lleva detrás un chingo de trabajo. ¿Qué te parece, Fernanda? Mí

quel, no seas malo: descórchate esa botella y sírveme un vaso, me estoy cayendo de sed.

—Es muy bella —dijo Fernanda entusiasmada—. Pensé que tu estilo era otro...

—He probado muchos caminos, algunos definitivamente orates. Mira: ése, el grande de allá arriba, el del marco ancho..., todos son míos. Luego, también trabajo por encargo, ni modo. Ahí está el retrato de la ruca de la academia. Me da una güeva, que no he podido terminarlo. Volteálo contra la pared, Olmo. Mañana le seguimos, vístete —concluyó y se dejó caer en el esponjado asiento de un sillón.

—Míquel, este cuate quiere hacer carrera de modelo. Creo que le va a ir bien porque está cuerísimo y es medio carismático, ¿no? ¿Cómo ves que le hagas un portafolios de presentación en un buen precio? Me ofrecí a pagarle la mitad a cambio de las sesiones para el cuadro.

—Claro, que se ponga de acuerdo conmigo. Tengo tiempo la próxima semana.

—El sábado pasado tuve suerte en el tianguis del Chopo. Llegó una ñora muy chistosa, medio aburguesada pero con afán de aliviane. Una de ésas que no saben ni qué rollo traen, y se llevó tres cosas mías. No se imaginan el paro que me hizo: le dimos la renta a la doña y hoy comeremos jamón serrano y nos beberemos tres botellucas del bueno. También hay pastel de almendras. Un banquete, ¿no? ¡Tiel, por favor prende el horno para que alcance a gratinarse el espagueti! Qué bronca con la lana, ¿verdad? ¡A mí se me antoja tánto ser millonaria para poder cumplirme todos mis méndigos gustos! Es que sin un costal de varos no la haces. De repente me encabrona estar dedicada a la pinche pintura... pero no podría dejarla: me tira muchísimo. Antes era maestra de primaria y el sueldo nadamás me alcanzaba para comer dos veces al día, ni para calzones. Además, todos los maridos que he tenido han sido muy bohemios —es decir, pobres— y jamás hemos nadado en la abundancia. Sí, el de-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. N. A. M.

partamento es muy padre, pero nos ha costado un güevo conseguir las cuatro cosas que tenemos. Ese unicornio de madera se tragó un sueldo completo se Sealtiel: da clases de música en una prepa. ¿Qué quierén? No nací para pobre. Jálate las botanas, Fer, yo estoy rendida y me van a tener que cargar hasta la mesa.

Míquel se adelantó a servirle más vino. Olmo se incorporó a la reunión y se metió a la boca una galleta con paté —lo cual no le impidió ofrecer a Fernanda una de sus mejores sonrisas. El pantalón y la camisa que vestía daban fe de un guardarropa costoso y escrupulosamente escogido. Su piel despedía el aroma de un perfume seco y no menos caro. Sus movimientos eran armoniosos y libres pero se les notaban las horas pasadas frente al espejo en busca de una imagen impactante. Era la clase de hombre que no desperdicia oportunidades y parecía extraño que el emperador Adriano no estuvieran junto a él para cumplirle cualquier capricho.

Olmo y Míquel se pusieron de acuerdo acerca de las fotografías, mientras Marlina y Fernanda comentaban algunos de los cuadros y recordaban, riendo, anécdotas de los pintores que eran amigos comunes.

—¿Qué opinas de éste? Impresionante, ¿verdad? —dijo la pintora—. Lo hice cuando me entró la loca por el grabado, imprimí una docena que distribuí entre los cuates, me quedé sólo con éste y ahora corre peligro porque el Olmo me lo anda pidiendo y creo que terminaré dándoselo.

El aludido volvió la cabeza al oír su nombre. Él y Míquel escucharon el comentario de Marlina sobre el grabado.

—Tomé la idea de una imagen que consta en el Códice de Dresde. Es Ixtab, una diosa maya tía de Rafa, a la que se tiene por demoniaca: se presume que atraía a los hombres a ciertos caminos para asesinarlos. También se le considera patrona de los suicidas, por eso está colgada del cielo con una cuerda al cuello. Tiene los ojos cerrados por la muerte y su cara está ya en vías de destrucción. ¡Uf! Debo

haber traído la neura muy meneada cuando lo hice. Pero quedó padrísimo, ¿no es cierto?

—Tú dirás si me lo llevo hoy mismo —apuntó Olmo y, ante el gesto dubitativo de Marlina, sonrió y siguió hablando con Míquel.

—La gente no entiende lo que es la bronca del arte. Se imaginan que nosotros no trabajamos o que debemos tupirle en la burocracia y, además, sacar la obra adelante... puros alucines. Pero eso sí, se ponen orgullosísimos el día que compran un Cuevas o un Tamayo y creen que el artista les pertenece igual que el cuadro, nomás porque aflojaron la dolariza, ¿no? Ni siquiera se imaginan lo que Toledo habrá tenido que joderse para conseguir esas iguanas tan vaciadas, tan maravillosas, que desde que "son suyas" les parecen sobrenaturales a los pobrecitos burgueses mongólicos. Yo he pasado unas épocas de la chingada, Fer. ¿Te conté que tengo dos hijos? Ah, pues el primero fue a los dieciséis años. Ni modo, me lo busqué por caliente y por pendeja. No me arrepiento, el chavo es un amoroso poca madre: lo adoro. No está con nosotros porque a su padre le entró una onda posesiva tremenda y se los llevó —a él y a su hermano— hace como un año. Tiel los quiere una barbaridad y nos las amañamos para traerlos acá por temporadas. Hasta que se los llevó el padre, siempre vivieron conmigo. No importaba quién fuera mi pareja: yo cargaba con mis dos chavitos como buena madre zarigüeya, y te juro que a veces no tenía ni qué darles de comer. Cuando andaba de madre soltera, de repente me los jalaba con los *krishnas*: arroz integral y frijoles, pura proteína, y agüita de limón. Todo gratis. Otras veces botanéabamos adentro de los supermercados, o me robaba la fruta en los mercados sobre ruedas. (¡Si me hubiera visto mi madre, habría llorado de vergüenza: su hija bien nacida, ay!) Las pasé negras, de verdad. Y ahora estoy decidida a hacerme rica, el método es lo de menos. No, de puta no la haría. Soy tan pendeja que al cojer siempre antepongo otros valores, de ésos que no te dejan

un quinto pero te hacen sentir muy realizada.

Tiel hizo su aparición en la sala. La gran sonrisa brilló por delante. Luego se hizo notar la camisa con flores bordadas, el pantalón de mezclilla raída, los pies descalzos, el olor a brillantina que salía en efluvios de la cabellera a lo Durero.

—Quihubo, quihubo —dijo y apoyó su guitarra contra la pared. La luz artificial se reflejó en la madera minuciosamente barnizada.

—Siéntate acá, mi rey —pidió Marlina y, cuando lo tuvo al lado, le tomó la cabeza con las dos manos para besarlo largamente en la sonrisa que no cedía. Luego metió los dedos en el escote de la camisa y lo acarició, lo estrujó, se perdió en la cabellera de mosquetero.

Olmo repartía aceitunas y galletas cuando Marlina terminó su desahogo pasional. Míquel paladeaba el vino blanco y fumaba pausadamente, con un brazo extendido en el respaldo del sillón. Los perfumes del espagueti comenzaron a tomar la estancia, Sealtiel dijo que había montones de queso rallado tipo parmesano para espolvorear los fideos, preguntó si a alguien le gustaban los caracoles con mantequilla y perejil.

—No, no tenemos, pero igual me parecen una porquería. Un amigo nuestro va todos los jueves a una cantina de Bolívar, donde se los sirven según la receta francesa. Yo no puedo olvidar sus cuernitos, ni la baba sobre las plantas.

—Mi hermano Claudio vive en un pueblito de Querétaro. Alrededor de su casa crece un jardín silvestre, con mucha ruda y romero. A las hojas se pegan unos pinches caracoles, que no das crédito lo grandes que son. No se despegan por nada de este mundo: antes se arrancan las hojas. Claudio los ahoga para matarlos y, entonces, despiden un olor nauseabundo, a cloaca —intervino Marlina—. Si los invitados conocen a alguien que se parezca a esos chidos caracoles, favor de avisar para salir huyendo en sentido contrario.

Míquel y Fernanda intercambiaron miradas: estaban pensando en la misma persona.

—Lo que sí tengo es un mezcal de Oaxaca riquísimo. ¿Quién quiere?

Fernanda compartió con Sealtiel las copitas de mezcal con limón y sal de gusano, tres gotas de salsa Tabasco. Míquel la observó de soslayo: si llegaba al cuarto mezcal, su mujer se volvería encantadora, perdería los restos de autodominio que la limitaban aun en los momentos más inverosímiles, y él podría disfrutar de aquellas facetas de Fernanda que le eran prácticamente desconocidas. Mejor si de vuelta a casa hacían el amor, con toda la compostura y la intelectualidad de Fernanda naufragadas en esa copa, larga y estrecha, que ahora se llevaba a los labios. Míquel la envolvió en una cálida mirada, encontró en sus ojos una chispa que raras veces se encendía. Se sirvió más vino.

Sealtiel se reveló como un gran cocinero. Los platillos estaban en el punto exacto para merecer la aprobación entusiasmada de los comensales. Ante semejantes atractivos, Olmo descuidó la dieta y despachó raciones dobles aligeradas con vasos de vino. La incipiente embriaguez lo hacía aún más atractivo. Marlina y Míquel formaban con él un trío de seres felices y explosivos, en el cual la sensualidad de la pintora ondeaba como un banderín en la almena de un castillo. El músico y Fernanda se conservaban en otra tesitura, todavía cautelosa. La frecuencia común se estabilizaría cuando Tiel sacara sin chistar sus cigarrillos de mariguana y Fernanda empezara a paladear licor de cacao.

Marlina arrojó sobre la reunión la voz cadenciosa de Miguel Bosé: "Bésame, amapola bésame, opio y celo acábame, y no sientas piedad. . ."

—Uno nunca sabe —dijo Olmo alargando su plato para que Sealtiel le sirviera más postre—. Tal como están las cosas, cualquier día te enteras que el virus del sida ya se te aposentó adentro y que tus días están contados.

—¡Por favor, nene, no te pongas lúgubre! —exclamó Mar-

lina—. ¡Métete ese pastel en la boca y no vuelvas a hablar sin permiso!

—Entonces, pienso que debemos aprender a vivir plenamente cada día, cada momento, sin tomar en consideración el mañana —insistió.

—El sida, la guerra nuclear, la devaluación, el partido oficial, la farsa de la plataforma electoral —enumeró calmadamente Tiel—. De eso se dieron cuenta los *punk* y por eso protestan. Yo creo que está bien, Olmo. Tienes razón. No vale la pena quemarse la instalación alucinando sobre algo que quien sabe si exista.

—Abusado, mi amor. Párale. Está prohibido deprimirse esta noche. Cámbienle al canal, ¿no? Ponemos música para bailar y nos amanecemos.

Marlina redujo la luz artificial a su mínima expresión. Olmo se desabotonó la camisa: el pecho le brillaba de sudor mientras se contoneaba con elasticidad de serpiente. ("De pronto le pega la depre porque a un cuate suyo se lo cargó el sida la otra semana".) Míquel bailó rock con Marlina y Fernanda, abrazó y acarició a Fernanda a ritmo de música más lenta, dio tres o cuatro golpes a uno de los cigarros de Tiel y sufrió cada vez una especie de desilusión: así que la mota era sólo eso que a Olmo, en cambio, lo llevaba de la sonrisa más despreocupada a una dramática implosión de soledad. Los anfitriones se aislaron en una esquina de la sala para fumar, beber y estrujarse a gusto, tal vez olvidados de los demás o estimulados por su presencia. Con una actitud semejante, Míquel y Fernanda se extraviaban en las infinitas posibilidades del cachondeo.

—Quiero un café fuerte, yo lo preparo —anunció Antinoo después de un lapso impreciso. La cocina retuvo su silencio un buen rato: hasta que Marlina lo trajo de vuelta a la estancia y se dedicó a bailar con él para cambiarle el estado de ánimo y arrancarle una carcajada. Abrazados y sudorosos se derrumbaron en un sofá. Tiel los miró sonriendo desde su alcázar particular, hecho de pura yerba; comenzó a pulsar la guitarra. Míquel y Fernanda se apretujaban en la misma butaca, besándose con cuidadosa minuciosidad.

—"Debe ser triste saber que se ha vivido insuficientemente y sin camino"—cantó Tiel con una voz que era como una rama de pirú—. "Resumir la alegría a un buen marido que de otoño en otoño te regale un hijo".

Sonaron varios golpes en la puerta de entrada. Clamó después la voz de África llamando a Marlina. Ésta fue a abrir mientras los otros seguían la canción de Amaury Pérez. Más alta que la pintora, África saludó a la concurrencia por encima de la cabeza de Marlina, envió a Fernanda un beso aéreo. Se advertía que había bebido alguna copa de más.

A puerta entornada se produjeron los cuchicheos entre ambas mujeres. De súbito, una de las dos levantaba el tono más de lo que sería prudente. ¿Discutían? Al final, pareció que África imponía su punto de vista. Cuando Marlina pugnaba por regresar a la velada, Fernanda creyó escuchar que se citaban en la casa de África "para hablar con calma".

Olmo miró fijamente a Marlina: el ceño fruncido sobre los grandes ojos, los labios un tanto replegados, los hombros tensos. Su expresión era más de contrariedad que de franco disgusto. El muchacho se levantó para entregarle una copa de licor y Marlina recuperó de inmediato su buen humor. ("La gorda no quiere entrevistarse conmigo, pero ya encontraré la manera".) Volvió a sonreír y coreó la canción que atacaba Sealtiel por segunda vez: "¿Cómo puedes cambiar esa paloma por el falso mirar de las señoras y un andar mesurado y sombrío?" Se notaba un poco nerviosa cuando dijo a Fernanda: "Tú deberías escribir sobre esta casa de locos".

La reunión —con las botellas secas y los platos vacíos, Sealtiel acurrucado en una nube y *Carmina Burana* conquistando el espacio— declinó cuando el día empezaba a clarear. *Isis* había entrado a una especie de turbulencia que golpeaba blandamente sus costados y devolvía a sus ocupantes la sen-

sación de estar en altamar —quizá en los momentos previos al estallido de una tormenta. Nadie sabía las causas: aquello era imprevisto. La Computadora Maestra no respondía a los programas. El doctor Onésimo Basilicum había tirado por la borda los pesados bultos de la melancolía y a través de la vidriera panorámica observaba cómo sus neurosis flotaban en el éter, alejándose de él como una cometa tras el descuido de un niño. *Ocimum maclovius* despedía un perfume desconocido que cosquilleaba incluso en las fosas nasales de la doctora Myers, quien habitualmente residía en el Nirvana. El doctor Kublai declaró estado de alerta y temió por la buena fortuna del Proyecto Osiris.

Marlina despidió a Olmo con un ligero beso en los labios. El muchacho la miró detrás de una nube de algodón de azúcar, abrazando la representación de Ixtab que la pintora acababa de obsequiarle. Por su parte, Marlina se quedó contemplando a Míquel unos momentos, vio a Fernanda y, al fin, se limitó a besarlo en la mejilla. Estrechó a Fernanda con una fuerza que tenía algo de ansiedad ("...Una película de Humphrey Bogart, ¿no es cierto?, la mujer que se aleja en un barco y él que la llama desesperadamente entre las brumas del puerto: Gabí, Gabí..."), repitió qué bueno que vinieron y, cuando los invitados salieron, cerró suavemente la puerta para seguir bailando —ahora sola— hasta que el sueño o el cansancio la vencieran.

El frío de la calle los golpeó: se ciñeron una contra otro. Míquel pensó si al día siguiente brotaría de nuevo la sonrisa que el relajamiento *non sancto* había dejado en el rostro de su mujer. No era precisamente que así le gustara más, pero le parecía que de esa manera la conocía a fondo, y le encantaba lo que entreveía detrás de la mesura y el ejercicio mental ininterrumpido. Aceleraron el paso rumbo a casa, a la cama, a la posible fornicación, al sueño. Una lámpara que tal vez don Lupe había olvidado apagar, iluminaba los vitrales de la escuela. Los rojos relucían como granos de granada, los blancos daban al edificio un aspecto apacible que

le devolvía su antigua dignidad. En la esquina tropezaron con Jacobo: Nosferatu se había tomado libre la noche y volvía al hogar con el cuello de la chaqueta subido hasta las orejas. Restos de *gleamer* ponían un toque violáceo en sus párpados. Las negras pestañas caían repetidamente sobre los ojos enrojecidos.

—Nos vemos mañana —decidió sin detenerse: el brillo del sol podría hacerlo desaparecer—. Voy a dormir hasta hartarme. Chao, guapísimos.

11

Jacobo apareció en la puerta con *La teoría de la vida eterna* en la mano. Fernanda lo miró todavía somnolienta. Dudaba que su rostro tuviera una expresión siquiera aceptable, no obstante haber metido la cabeza en el lavabo lleno de agua fría. En la noche se había desvelado procurando mejorar el estilo de un texto sobre las correcciones radiativas a los decaimientos leptónicos de mesones pseudoescalares, mientras Míquel trabajaba en el laboratorio y, por eso, a las diez de la mañana todavía no recuperaba su sitio en el mundo.

—Hola. ¿Te desperté? ¿Qué sucede? ¿Anoche se fueron de farra o están enfermos? —interrogó el nazi enfundado en su atuendo de playa.

—Nada de eso. Nos acostamos muy tarde por el trabajo. Pasa. Iba a hacer el desayuno.

—Rafa está en el séptimo sueño. Los sábados yo no me atrevo a despertarlo, me da lástima el pobrecito. Si de lunes a viernes le tupe como burro, es justo que el fin de semana duerma lo que se le antoje.

Jacobo se adosó a la pared de la cocina, se convirtió en garza doblando una pierna, encendió un cigarrillo entretanto Fernanda preparaba los alimentos.

—A veces me derrito por unos huevos motuleños —anotó Jacobo con aire nostálgico—, pero cocinar en aquel espacio es cosa de locos. Generalmente tomamos cereal frío y café. Eso sí: café muy negro y bien caliente, siempre. La parrilla del café casi nunca descansa. Algún día nos mudaremos y entonces sí... Yo puedo sobrellevar mejor este tipo de incomodidades, pero Rafita lo resiente mucho. Imagínate que en Mérida no le faltaba nada y tenía, incluso, alberca en su casa. De repente se pirra por nadar, y lo único que le queda es sacar la cabeza por la ventana para respirar esmog. Lo que es la vida.

Fernanda estuvo de acuerdo mientras daba vuelta a los *hot cakes*: hacerlos constituía una de las mayores pruebas de amor que podía dar a Míquel.

—Oye, Fer, la cocina les quedó estupenda. Le metieron mucha lana, ¿no?

—Ni lo menciones. Ha sido el peor negocio de nuestra historia. A Ernestina le gustan los arreglos a tal punto que no deja de rondar la casa. Ahora ya no le basta con eso: le ha pedido a Míquel una llave de la puerta para entrar cuando quiera. El pretexto es que necesita subir al laboratorio: acaba de descubrir su devoción por la fotografía, y como ella y Míquel, hasta que surgí yo, habían tenido bienes mancomunados... Desde luego, no causará molestias: subirá al laboratorio corriendo con los ojos cerrados.

—Esa vieja es infernal, Fernanda. Si estuviéramos en tiempos de la Colonia, ya le hubieran hecho su leyenda de horror. Es uno de esos seres nefastos, nacidos en mala hora. ¿Y qué? ¿Le van a dar la llave?

—Pregúntale a Míquel. Está tratando de tomar una decisión. Si se la niega, Ernestina redoblará sus hostilidades. Si se la da, yo sentiré que el Tercer Reich ha tomado posesión de mi casa.

—Fíjate, linda, que la bronca con esa bruja es que no acepta la relación de Míquel contigo. Debe tener una sexualidad superenredada y no sabe ni qué onda. Supongo que no vale la pena intentar un diálogo con ella.

—Exactamente.

—Pues te deseo suerte, parece que esto va a ser un asunto de resistencia: ganará el que tenga la coraza más dura. Y ella es escorpión, ¿verdad? Bueno, tengamos en cuenta que los alacranes terminan picándose solos. Fernanda, quería preguntarte algo. Mírame con detenimiento. ¿Qué tal? ¿Me encuentras muy *fuerte*? Quiero decir si se nota mucho el maquillaje de los ojos. Dime con sinceridad.

—No me imaginaba que te pusieras nada... al menos todos los días.

—Gracias. Me quitas un peso de encima. Lo que sucede es que soy bueno con el maquillaje. Fíjate: cejas depiladas, rímel en las pestañas y kejel en el borde del párpado. Pero todo en pequeñas cantidades y discretamente. Hasta ahora no he hallado una mejor manera de acentuar la mirada. Sólo que de repente me cuestiono si me veo muy *fuerte*... es por mis alumnos, ¿sabes? No quisiera que por una babosada así, se me arme en la escuela. Me vas a permitir, Fernanda, que te consulte a veces. Confío en tu seriedad. Ese café está oliendo riquísimo.

—Qué bueno que te guste. Toma una taza con nosotros.

—Es curioso constatar cómo cambia uno con el tiempo —dijo dando una rápida fumada al cigarrillo: la ceniza osciló peligrosamente en el extremo—. A los veinte años yo quería ser la puta internacional. Una loca completa. Recorrer el mundo en plan grande. Tener un coche de aparador (los carros de los cincuenta tenían algo de erótico que me enloquece), un guardarropa deslumbrante, tarjetas de crédito, y también celebridad, porque me hubiera lanzado de actor o de productor de televisión, no sé. ¿Qué te parece? No tengo un peso en el banco. El guardarropa me lo renueva un sobrino de mi mamá que tiene mucha lana y es de nuestra talla. (Por favor, no lo comentes con nadie.) Y soy un pinche maestro de inglés. Claro, no dudo que mi situación sea transitoria: vendrán las vacas gordas y tendré todo lo que siempre he ambicionado. La diferencia es que ya no me interesa el rol de la puta internacional, el ser humano es dialéctico. De pronto, no creas, sufro mucha ansiedad porque tengo treinta y tres años, lo cual significa que me restan, en la vida, diez años buenos. Sí —reiteró ante el gesto extrañado de Fernanda—. Considera el alto grado de contaminación en que nos desenvolvemos. Ningún país tiene tal cantidad de heces fecales flotando en el aire. Las amibas están en todas partes: se nos meten a los ojos y a la boca, nadamás salir a la calle. Por otro lado está el desgaste, el cansancio crónico que produce el ritmo enloquecido de la vida

en esta ciudad. Además hay que anotar el tabaco, las copas, las consecuencias de los desmanes juveniles... Todo eso, si es que no tengo adentro el virus del sida y, en un par de años, ¡adiós, loca!

—No exageres, Jacobo, te estás pasando de la raya.

—Yo pienso que soy objetivo, Fer. Me visualizo a los cuarenta y tres como un hombre muy disminuido. Entonces, mi vida tiene que dar un giro de noventa grados, pero ya. Imagínate que Rafa tendrá la edad que yo tengo ahora. Supongamos que se encuentra con un chavo cuerísimo y que a mí me da una patada en la cola. Francamente, yo no voy a hacer el ridículo persiguiendo muchachitos que sólo se van a reír de mí. Qué flojera volver a empezar una relación seria, que implica un esfuerzo, una actitud de apertura emocional y mental que no se estará repitiendo cíclicamente: podría ser única, ¿no es cierto? De modo que me gustaría poner ahora mismo las bases para llegar a ser un viejo respetable.

Fernanda observó el rostro congestionado, los ojos llenos de temor. Supo que no debía sonreír.

—Jacobo, a los cuarenta y tres años estarás en plena juventud. La Edad Media se terminó hace rato: las expectativas de salud y vida son cada vez mayores. Hoy abundan incluso los ancianos saludables y productivos —argumentó, pero el doctor Caligari no estaba dispuesto a ceder terreno.

—Yo sé lo que digo —insistió repentinamente serio.

—Por lo menos concédele a Rafael el beneficio de la duda. Hay algo que se llama fidelidad...

—¡Ay, Fer! Tú estás como anémica de las neuronas. No hay fidelidad que resista la impotencia de un hombre —clamó.

Fernanda contó hasta cinco antes de responder.

—No creí que la comunidad *gay* también se sustentara en la falocracia.

—¿También? —clamó el nazi—. Si prácticamente no conoce otra columna de sustentación.

—¿Qué pasa con aquello de la oportunidad que se les ofrece para vivir al margen de los falsos valores instituidos? Si la sociedad te excluye por tu opción sexual, ve el lado positivo de las cosas: puedes elaborar tu propio código y modificar las imposiciones, lo erróneo. Emplea esa libertad que no cualquiera tiene, Jacobo. De lo contrario, para regocijo de Freud, el homosexualismo nunca va a pasar de ser una neurosis.

—Aunque yo no compartiera los criterios putrefactos de las masas, linda, tampoco puedo predicar en el desierto. Me rehuso a convertirme en vanguardista, en el pendejo que defiende posiciones extrañas y a quien todo buey ridiculiza. La vida es un asunto de competición, Fernanda. Te cotizas bien o mal, alto o bajo, eso es todo.

—No, eso no es todo —intentó sonreír sin conseguirlo, se quemó con la sartén, metió el dedo bajo el chorro del agua fría—. Ambos sabemos que en las relaciones humanas hay más que un asunto de compraventa. Sí, muchos y muchas se venden y además se las arreglan para legalizar o santificar su mercadeo, pero los que creemos tener conciencia no podemos imitar esa clase de conductas.

—Permíteme decirte que tus opiniones suenan demasiado idealistas.

—Estoy de acuerdo en que el enamoramiento se acaba, que el tiempo puede hacer que una pareja deje de tener coincidencias, que las uniones se disuelven. Pero no comparto la postura de que alguien pueda botar a su compañero sólo porque no le sirva en la cama.

—Ésa es la verdad y sucede, independientemente de tu ver o sentir —respondió haciendo un rictus amargo que parecía una sonrisa—. Fernanda, tendrías que asistir a los bares *gay* para que te hagas cargo de la realidad y sepas cómo se guisan las cosas. Me pesa reconocerlo delante de ti, pero será la única vez y no voy a admitirlo ante nadie nunca más: el sida no es nada fortuito, puede muy bien ser consecuencia directa de la promiscuidad.

—Pero no toda la gente *gay* está metida en los bares, ¿o sí? Si buscas pareja en una cantina, a lo peor consigues un dipsómano y te lo mereces.

—¡Ay Fer!

—Lo que pasa es que ustedes están fabricando un neomachismo asqueroso que los puede joder toda la vida si no tienen el valor para no entrarle al juego. ¿De qué te ríes?

—De las cosas tan chistosas que dices de repente. *Okay*, yo no tengo el valor de marginarme dentro del *ghetto*. Soy un joto muy cobarde. (Y tú eres demasiado fresa. Muy ingenua, pinche Fernanda.) Mis actitudes no son coherentes con mis ideas y eso me disgusta, me neurotiza, me enferma. Entonces, es preferible no pensar y vivir lo mejor posible el momento actual. ¡Carajo! Debería existir una droga que te ponga la mente en blanco al mismo tiempo que te produzca, uno tras otro, divinos orgasmos mentales.

Fernanda retiró los *hot cakes* del fuego, apagó la hornilla. La pausa que se hizo en la conversación se le figuró exageradamente larga.

—Fer, si no te actualizas, vas a padecer mucho en la vida —sentenció al fin Jacobo optando por la salida más fácil—. Oye, ¿por qué no consultas a Rudecinda?

—¿También es consejera sexual?

—No. Pensaba que con suerte te recomendará algo para ahuyentar a la casera. Las plantas tienen propiedades que ni soñamos.

El callejón se empezó a poblar de voces y ruidos. Como atraído por un imán, Jacobo se dirigió a las ventanas del comedor: levantó la punta de una cortina para atisbar lo que sucedía. Regresó al lado de Fernanda y le informó:

—Mis vecinos están disponiendo el bazar. Lo inauguramos el año pasado: yo intervine con un montón de cháchara que ya estorbaban en la casa. Lo poníamos una vez al mes, de repente más seguido. Y ahora lo reponen, ojalá les salga bien. Si te fijas, resulta innecesario que Marlina se vaya al Chopo para vender su obra. Creo que en un principio lo

hizo por fastidiar a Sealtiel . . . pues, porque aquél era terri-
torio de este chavo. En el Chopo compraba y vendía discos
y, sobre todo, se reunía con sus amigos roleros. Como que
allí adquiría ciertos aires de libertad que a veces son tan ne-
cesarios. Entonces, a raíz de algunas broncas con Marlina,
ella comenzó a ir a ese tianguis. Ha tenido una que otra venta
buena y, por lo tanto, no creo que dé marcha atrás. Al po-
bre de Sealtiel sólo le queda aguantarse. —El nazi regresó
a su punto de observación mientras Fernanda disponía pla-
tos y alimentos en una bandeja. —¿Qué hará Emilio ahí?
—se extrañó Jacobo en un susurro.

—¿Quién?

—Emilio —dijo reapareciendo en la cocina—. Es el nieto
de doña Josefina. No tiene más que quince años, pero es
muy inquieto. Durante un tiempo estuvo enamorado de Mar-
lina. Ahora creo que está enamorado de mí: va demasiado
a la casa. ¡Si vieras la cara que le pone Rafael!

Fernanda llamó a Míquel. Jacobo se apostó junto a la ven-
tana: observó calladamente cuando Míquel bajó la escalera
recién bañado y dispuesto a desayunar.

—¡La bárbara de África está sacando las cosas de su de-
partamento! —anunció sin darse vuelta—. ¿Habrá termina-
do con Beatriz? Desde que viven aquí se han peleado más
de diez veces, pero nunca habían llegado a esto. . . Hola,
Míquel. Vi las fotos que le tomaste a Olmo. Te felicito am-
plísimamente, le diste una fuerza tremenda. Si con esas fo-
tos no te llueven los contratos, será que el mundo está pa-
tas arriba.

—¿Qué te trae por aquí de madrugada, Vendrell? Otros
sábados no ves la luz antes de la una.

—Tenía insomnio. Vine a traerle a Fernanda este libro.
Conjuga las aportaciones de la *Biblia*, el *Bhagavad Gita*, la
Divina Comedia, el *Libro de los Muertos*, el zoroastrianismo
y el pensamiento tibetano. Quizá se me escapa alguna fuen-
te. . . Léanlo y lo comentamos después. Gracias, qué linda
—sonrió cuando Fernanda le sirvió café. Lo probó. Encen-

dió un cigarro—. La otra tarde que estuve aquí, Fer me en-
señó tu foto de Rodolfo Valentino. No podía creer que fue-
ra original, Míquel. Sentí una emoción tremenda. El *sheik*
casi en persona. Es un tesoro.

—La tomó mi maestro de iluminación, que trabajó en
Hollywood durante la época del cine mudo. No creo que
sea una foto muy buena, pero sí conmovedora.

—Esas pestañitas pintadas a mano son una obra de arte.

Un automóvil desembocó en el callejón. Hubo un rechi-
nido de llantas, silbidos de quienes desaprobaban la intro-
misión prepotente del vehículo, gritos de los niños gitanos
que rondaban como moscardones a los organizadores del
bazar. Jacobo se puso en pie de un salto. Esta vez levantó
descaradamente la cortina para atestiguar sin problemas lo
que sucedía en la calle.

—¡Beatriz! —exclamó—. África y Emilio están sacando tri-
ques de las dos, supongo que para venderlos en el bazar.
¡Pobre cuate, a ver si no le rompen la madre por metiche!
Ojalá se logre evadir. Ya están discutiendo. . . pero África
es más ecuánime y se lleva a Beatriz a su departamento. . .
Yo creo que me debo hacer presente, por si se ofrece algo.
Es que me siento medio responsable, Míquel. Ya saben que
se conocieron gracias a mí. Ahora, no hay duda de que son
un par de cabronas. Beatriz tiene mucha plata y África es
un *gigoló*.

—Termina tu café. Supongo que eso no alterará la situa-
ción.

—A veces me arrepiento por haber servido de enlace en-
tre esas dos arpías —se quejó volviendo a sentarse—. Cla-
ro, las dos son amigas mías y las quiero mucho, pero cuan-
do se disgustan son temibles.

—Como cualquiera —apuntó Míquel—. Igual que Fernan-
da y yo, Rafa y tú.

—¡No! Qué te pasa. Este par, Míquel —susurró echando
el tronco hacia adelante por encima de la mesa—, es algo
fuera de serie. Nosotros hemos oído algunos de sus encon-

tronazos desde el baño de la casa: el cubo de ventilación comunica con su propio cuarto de baño. Les juro que nos han puesto los pelos de punta. Y no era tánto lo que se decían, como la violencia sorda, difícilmente contenida, que se registraba en la voz, hasta en los silencios. Rafael estaba petrificado de espanto. Salimos del baño en punta y talón, no nos fueran a descubrir.

—¡Y esa chava burguesa, prepotente como ella sola, qué hace aquí? ¿Será tan grande su amor por África? —quiso saber Míquel.

—Es más bien puro esnobismo, tú. El afán de aventura, de que suceda algo interesante en su mundote lleno de dinero y cartabones porfirianos. Pero fastidia mucho a los vecinos.

—¿De quién es hija? —insistió el fotógrafo, sólo que Jacobo ya estaba de nuevo frente a la ventana y pasaba el reporte del momento:

—Están devolviendo las cosas al departamento. Mira, Fernanda, ésa es Beatriz.

Fernanda observó a la muchacha vestida con un traje ligero de dos piezas, del color que la burguesía llama celeste. Estaba un poco pasada de peso y se movía con un exceso de seguridad, como si temiera pasar inadvertida. Continuamente movía la cabeza a un lado y a otro, quizá en espera de que alguien molesto la abordara y ella tuviera que sacudírselo. El rostro era hermoso pero sin asomo de energía. La expresión de disgusto se diluía en los labios grandes y carnosos. Jacobo dio un paso atrás para evitar que Beatriz pudiera verlo.

Desde la ventana de los Vendrell comenzó a fluir la canción que Rafa eligió para telón de fondo: "¿Cómo pudiste hacerme eso a mí? Yo que te hubiese querido hasta el fin. Sé que te arrepentirás".

—¡Qué salvaje Rafael! ¡Qué imprudente! Claro, ellas lo despertaron —justificó Jacobo mientras el volumen de la música aumentaba:

"La calle desierta, la noche ideal. Un coche sin luces no pudo esquivar. Un golpe certero y todo terminó entre ellos de repente".

—Me voy, muchachos. A ver si consigo que Rafita vuelva a dormir. Les dejo el libro. Ya nos veremos más tarde —borboloneó el nazi con las venas del cuello congestionadas, y salió para tropezar con la madre de los gitanos que perseguía a sus niños con una escoba. Frinka se refugió detrás de Jacobo como un gato tras un árbol. Cuando logró desembarazarse del niño, Jacobo se quitó las sandalias de playa para poder correr hasta su departamento. Minutos después, la voz de Alaska enmudecía en espera de mejor ocasión.

12

Por primera vez desde que *Ocimum basilicum* ocupara un sitio en la nave, el doctor Maclovius se miró al espejo. Más que mirarse, estudió sus facciones, la armonía reinante entre las líneas de su rostro, la expresión de los ojos, en un intento por ver más allá de lo superficial y asomarse a las capas más profundas de su ser. Lo primero que se le hizo notorio fue el rejuvenecimiento inexplicable que lo hacía parecer siete u ocho años menor de lo que era en realidad. No sólo se habían desvanecido en su cara las líneas de los gestos habituales, sino que la piel era entonces más dúctil y cremosa y —descubrió Maclovius— con un levísimo tinte violeta, no más de un 0.1 por ciento en dilución, que lo convertía en un hombre único. El iris de sus ojos se había aclarado hasta un punto cercano a la transparencia y en su fondo se podía apreciar un destello del mismo tono violeta presente en la epidermis. Sonrió y la sonrisa reverberó por segundos en el aura que se hizo visible en torno a su cabeza. Un aura de intenso azul, con tendencia al siguiente color del espectro. Cuando el aura se esfumó, Maclovius vio a *Ocimum basilicum* reflejado en el espejo. Se volvió hacia él.

Se preguntó de pronto si a *Ocimum* se le podría considerar una persona. De acuerdo con la doctora Myers, lo sería en la medida en que pudiera demostrar la existencia de estados mentales en su organismo, más precisamente: de estados de conciencia. Según el doctor Kublai, el concepto de persona se debía reservar para el *Homo sapiens* que guardara el aspecto tradicional. Habría que encontrar, entonces, un nuevo vocablo para designar a las otras clases de seres pensantes y/o conscientes que los terrícolas pudieran hallar durante los viajes interestelares.

En términos de mente y de conciencia —reflexionó Maclovius—, *Ocimum* era, quizás, más persona que él mismo,

pues ya no le cabían dudas de que el especimen extraterrestre era el responsable de las alteraciones que se producían en la grabadora de sueños. Incluso cuando Onésimo se programaba para soñar con sus hijos, los *diskettes* reportaban sólo partituras musicales o capítulos de *El Quijote* y de *Las mil y una noches*, de novelas que el doctor había conocido pero nunca había vuelto a leer. Le intrigó averiguar hasta dónde llegarían los experimentos en que se les había involucrado a él y a *Ocimum*, sobre todo ahora que el control había cambiado de manos. (El hecho de que *Ocimum basilicum* careciera de ellas, no lo invalidaba como persona —al menos en opinión de Maclovius.)

Le inquietó lo que sería su vida en el futuro, cuando *Isis* tocara de nuevo la atmósfera terrestre y devolviera a sus ocupantes al punto de partida. (*Ocimum* acusó la reacción del científico: los estremecimientos de sus ramas hubieran sido notables para quienquiera que lo observara.) Con tales pensamientos, Maclovius faltaba a una de las normas fundamentales del Proyecto Osiris: concentrarse en el momento actual, evitando toda divagación sobre el futuro. Las relativas al pasado eran permisibles siempre que no llegaran a alterar negativamente el ánimo del sujeto.

Dado que *Isis* se desplazaba a velocidades expresadas en términos de la de la luz, a bordo de la nave el tiempo transcurría con suma lentitud, si se le comparaba con el tiempo terrestre. Por lo tanto, se había calculado que la tripulación podría no envejecer o envejecer muy lentamente (un caso semejante al de Maclovius ni siquiera estaba contemplado como posibilidad remota), mientras que sus contemporáneos de la Tierra llegarían tal vez al fin de la vida. Regresar al planeta de origen significaría, de alguna manera, ingresar a un mundo desconocido —¿por qué no mejor que el que habían dejado?—, con la esperanza de integrarse a él en un proceso de armonización que no excluía la felicidad.

—Acomódate en la cama o jálate una silla, lo que quieras —dijo el nazi—. Esta cama es la Plaza de España —agregó—: todo sucede en ella. Incluso caminamos encima.

En la mitad del lecho que le correspondía, estaba Rafael, sentado a la usanza hindú y enchufado a un gran televisor en blanco y negro que era una auténtica pieza de museo.

—Nos lo regaló mi mamá. Me trae tánto a la memoria, porque era el mismo que veía de niño... *Ivanhoe*, ¿te acuerdas? *Patrulla de caminos, Hopalong Cassidy*... También *Dígalo con mímica* y el *Teatro de Ángel Garasa*, que fue el detonador para que mi hermana Julieta se pirrara por ser actriz. ¿Te tomas un café?

Fernanda atestiguó los recursos del ingenio. En cuestión de segundos, de la nada aparecieron tazas, cucharas, azúcar y un frasco de café instantáneo. Jacobo entró al cuarto de baño para recoger en una olla el agua de la regadera —tan caliente que vaporizaba: una niebla leve flotó hasta la habitación. Luego dejó que el agua hirviera sobre la parrilla eléctrica, y fue a sentarse frente a Fernanda después de acariciar el ovillo ronroneante que hacía *Valentino* a los pies de la cama.

—¡Qué bueno que viniste! —sonrió el doctor Caligari—, pero ¿qué te sucede? Te noto preocupada —sugirió, y la curiosidad le cosquilleó en el estómago.

Una carcajada de Rafael recubrico algún chiste del programa televisivo. Sin apartar la mirada del aparato receptor, metió una cuchara al tarro de mermelada y la paladeó con cierta indiferencia. Tras sus párpados semiabiertos, *Valentino* lo estudió unos instantes.

—Rafa es prediabético pero no se mide en absoluto —apuntó Jacobo—. Le fascina el dulce. Mi amor, no te lo acabes —pidió levantando una ceja, y devolvió su atención a Fernanda.

—Ernestina está en mi casa —dijo con tono de fatalidad.

—Míquel le dio la llave.

—Así es.

—O sea que el Tercer Reich avanza y aplasta cráneos bajo su bota inmunda.

Ella afirmó con la cabeza. Por muy estúpido que pareciera, las lágrimas le humedecieron los ojos. Vendrell puso su mejor cara de consternación, resopló como un toro entorilado, disertó:

—Supongo que Míquel consideró todas las posibilidades y no encontró otra alternativa. Sé que para ti es difícil, linda, pero también tiene que serlo para él. Pienso, especialmente, en lo peliagudo que fue el momento de tomar la decisión. Aunque también, claro, este tipo de cosas se vuelven piedritas en el zapato, la clase de minucias que un día acaban por separar a la pareja. Creo que las situaciones graves: una infidelidad pasajera, una mentira, qué sé yo, se soportan mejor que las naderías.

—No estoy muy segura de que esto sea una nadería.

—No, claro. Supe de alguien que se tuvo que mudar de emergencia porque una plaga de hormigas arrieras se apoderó de su casa.

—La otra noche oí en la televisión que hay dos factores determinantes en las neurosis urbanas —terció Rafael—: la falta de sol y la reducción del espacio vital. Para poder sentirse libre, cada ser humano necesita un mínimo de once metros cuadrados, y en esta ciudad sólo disponemos de dos punto cinco. Además, no podemos asolearnos, por eso vamos adquiriendo este color de ampolla o de pañal meado, como diría mi abuela.

—Imagínate la escena: con el peso de la noche, el tipo siente un hueco en el estómago (se acostó sin cenar, o algo por el estilo), así que va a la cocina a prepararse un tentempié. Apenas entrar, escucha un rumor lejano como de alguien que rasca o mastica, quizá las dos cosas. El sonido lo guía hasta la alacena, ¡abre la puerta! y se encuentra con un espectáculo horroroso: cientos de hormigas rojas —muchas, grandes como ejotes— están devorando un paquete de pescado seco. Sólo venciendo su infinita repugnancia pue-

de el hombre echarles encima el insecticida, verlas huir en mil direcciones distintas, sentir cómo algunas le invaden el cuerpo como si buscaran devolverle la agresión. Lo muerden. Lo exasperan. Siguiendo el método adecuado, es posible destruir a cualquier ser humano. Total: un día el fulano se muda y las hormigas se dedican entonces a minar la madera y cuanto pueden. Se habla de que la casa —al menos unos sectores de la casa— comenzó a derrumbarse. Toma, no te quemes. Si quieres aligerarlo, aquí hay un sustituto de leche.

Mientras daba los primeros tragos al café, Fernanda pensó que era bueno tener un amigo sin que en el trato interviniera ningún asomo de interés sexual. También pensó en lo que una vez escuchó acerca de la sabiduría de los chinos, la cual se podía medir en razón de su capacidad para sostener una convivencia sana. "Si en China varias familias pueden compartir el exiguo espacio de una balsa, sin que surjan fricciones, no hay en el mundo nada suficientemente importante para hacernos perder la estabilidad". Recorrió con la vista aquella balsa de chinos, adonde había acudido para volcar su frustración y hallar una palabra de aliento, antes de empezar a sentirse culpable o ridícula.

—La culpabilidad es la miel del biberón —sentenció Jacobo—. A los dos años tienes ya una carga de culpas inventadas que te hacen zambas las piernas.

—Yo no quisiera enfadarme por nada, Jaco. Ni siquiera tener desplantes de burguesa venida a menos. Simplemente, me gustaría ser dueña de mi espacio vital y decidir a quién admito en él. También me gustaría que Míquel dejara de ser manzana de la discordia.

—¿Sabes qué, Fernanda? Estamos viviendo una etapa (ojalá sea nada más una etapa) en la que mucha gente ni siquiera puede cumplirse los gustos más elementales. Si tuvieras un chingo de billetes, casi la totalidad de tus problemas desaparecerían como por arte de magia. Si a ti y a nosotros y a una lista interminable de cuates, nos tienen con los de-

dos machacados en la puerta, es porque carecemos de solvencia económica, fíjate si no. El mundo es de los ricos, sí Rafa. Con lana de por medio puedes ser maricón o puta, predicador o excéntrico, lo que te dé la gana, y nadie se atreverá a señalarte. La humanidad no se transforma, sigue adorando al becerro de oro y, en consecuencia, el mundo es de los ricos —remachó—. A veces me desespero tánto que me gustaría tener los güevos o el arrebato necesario para asaltar un banco y así solucionar de plano todas mis broncas. ¿Te doy un poquito de brandy?

—Nosotros estamos como ustedes —apuntó el joven de Mérida—, con la suegra metida igual que una cuña. ¿No es cierto, Jacobo? Son gente que huele la felicidad y empieza a joderte para ver si consigue destruirla. Todavía no se me aclara si lo que busca la señora Vendrell es separarnos.

—Claro que no, Rafa. Sucede que está sola y anciana y demanda afecto. ¿Quién más se lo puede dar? —atajó con la voz más dulce que pudo emitir—. Para ser justos, Fernanda, de repente yo encuentro coincidencias entre mi mamá y Ernestina. Podrían fundar un club de aves de mal agüero, ¿no crees? —dijo con una risita amarga—. A mamá se le ocurrió vender la casa de San Ángel —siguió, arropando entre las manos la taza de café—. Quizá tiene razón. La casa es enorme: tres pisos, cochera para cuatro autos, cinco habitaciones. Y ella es la única que vive allí...

—No te figuras la cantidad de polvo sobre los montones de cosas viejas —reforzó Rafael.

—Lo malo es que mi mamá vive de su pensión de viuda que, a estas alturas, es una verdadera bicoca. Entonces, no parece coherente mantener ese elefante blanco. Es mejor vender la propiedad para que ella se sostenga con los intereses bancarios que dé el capital.

—Hoy todos los ricos quieren vender sus casas. Lo que yo me pregunto, Fernanda, es si habrá tánta gente dispuesta a comprar. Cualquiera puede ver que la oferta está saturando el mercado.

—Desde esa perspectiva, es posible que mi mamá tenga que malbaratar la casa. Quién sabe. El hecho es que nos ha pedido ayuda para venderla y, luego, para comprar un departamento, no tan pequeño, adonde se pueda mudar. El plan es que la acompañemos los fines de semana a visitar condominios disponibles.

—O sea, que le hagamos tributo de nuestros ratos libres.

—Si te pesa, quédate, Rafael —dijo el nazi con un mohín de disgusto—. Es mi obligación, no la tuya.

—Tampoco la tuya —se enfadó, y el acento gutural del sureste se dejó sentir en sus palabras—. Esa señora es la misma que te internó en los hospitales psiquiátricos y permitió que durmieras en la calle durante semanas, igual que un personaje de la Familia Burrón, sin meter las manos. A ver si aprendías la lección o no sé qué mamadas. Es la misma que se avergonzaba de ti porque eres *gay* y porque reventaste la carrera en la Ibero. ¿Puedes acechar eso, eh? No entiendo el juego que estás planteando, ni qué persigues con él. La idea de que tu madre te busca por alguna razón sana, no pasa de ser pura fantasía, mi alma. Ésa es la verdad.

Jacobo permaneció unos momentos absorto en la taza de café. Luego levantó la mirada, colmada de parpadeos nerviosos, y dijo con una voz que al principio encalló en la garganta y después brotó como una explosión de notas agudas:

—Espero, mi querido Rafael, que un día seas capaz de entender que las relaciones humanas están sujetas a cambios imprevistos, que constituyen en sí mismas un proceso y que resultaría prácticamente inútil querer modificar su cauce natural.

Por toda respuesta, Rafa se metió en la boca una cucharada de mermelada.

—Mi mamá tiene más de setenta años, está sorda, pesa treinta y nueve kilos —invocó el nazi para Fernanda.

—El otro día me dijo que siempre ha sido muy esbelta, ésas fueron sus palabras —comentó Rafael—. Pesaba lo mis-

mo cuando se casó: prometió ponerse alguna vez el vestido de novia para comprobarnos que no ha aumentado ni un gramo. Hasta hoy, a nadie se le puede considerar inválido por ser sordo.

—*Okay*, Rafita, *okay*. Vamos a dejar las cosas de ese tamaño. Fer, este muchacho no entiende que lo amo sobre todos los seres de este mundo y que la presencia de mi madre no puede alterar una verdad tan sólida como la catedral de Chartres.

El aludido frunció el entrecejo, refunfuñó frases ininteligibles y volvió a conectarse con el televisor.

—¿Te digo una cosa? —siguió Jacobo disponiéndose a la carcajada del *clown* que suele pasar, sin esfuerzo, del llanto a la euforia—. La semana anterior Ernestina vino por aquí, no me imagino el motivo. Se estacionó frente a tu casa. Apenas la vio Frinka, se lanzó contra ella como una exhalación, se le trepó al estribo del coche y le repetía cada vez más alto: "Vete. Míquel no está. No hay nadie. Vete". —Se produjo la carcajada del *clown*. Fernanda sólo pudo sonreír. Aceptó más café.

—¿Y Míquel dónde está ahorita? —quiso saber Rafael.

—En la casa de los gitanos, tomándoles fotos.

—Ah, bueno. Me había preocupado.

—Tampoco resistió estar en la casa si llegaba Ernestina. Acordamos salir cada vez que ella imponga su presencia.

—¿De veras? No me parece justo. Cuando llega la mamá de Jacobo, si estoy dormido, sigo durmiendo. No modifico nada, faltaría más.

—¡Ay, Rafita! Ya aligérate, ¿no? Me aburres con tu terquedad.

La campana se sacudió cerca de las vigas del techo. Alguien llamó desde la calle. Vendrell respondió por la ventana. Sobre su hombro, *Valentino* soñoliento escudriñó la cara del visitante, maulló con una mueca feroz.

—Hola, Emilio. ¿Quieres subir? Sí, claro. Estábamos tomando un café con Fernanda. Pasa.

Cuando Jacobo regresó a la habitación, la película dejó de ser sonora. Él y Rafa dialogaron con una serie de gestos más o menos traducibles, hasta que Emilio golpeó la puerta del departamento y se impusieron saludos y sonrisas. La expresión de Rafael era más fría que el granizo. Salvo excepciones, se hundió en el mutismo mientras duró la visita del adolescente.

—Una joda con los gitanos, mano —se dirigió a Jacobo—. Le deben a mi abuelita varios meses de renta y no hay modo de que le paguen: el asunto se va tendido con los abogados y a ver para cuándo. Se robaron un tanque de gas y el letrero de prohibido estacionarse que don Lupe pone enfrente de la escuela. ¿No les dijo África que le desaparecieron doscientos mil pesos de su casa?

—No, para nada —respondió el nazi fingiendo indiferencia—. ¿Tomas algo? Lo siento, no tenemos hielo para ofrecerte una cubita. —(Rafael lo fulminó con la mirada.)

—Pues sí. Yo sospechaba de Beatriz, ya ven que últimamente se han disgustado mucho. Ella cree que fueron los gitanos. Aprovechan cualquier oportunidad y como África deja la puerta sin seguro...

En un acto reflejo, Fernanda empezó a ver el programa que mantenía cautivo a Rafael. Formuló rápidamente el pensamiento de que la televisión es un invento maravilloso para aquietar la mente, luego lo desechó por blasfemo y renunció a adquirir conciencia del mal papel que hacía en esa balsa de chinos, quizá sobrecargada de equipaje.

—¿Sabes qué? —continuó Emilio de cara a Jacobo, visto que no contaba con mayor auditorio—. Estuve en el cuarto de Rudecinda. Parece el puesto de una yerbera, no lo puedes creer. Tiene mota, hijo, y te la vende o, si le caes bien, te la regala. Mira.

Vendrell logró poner una cara de discreta sorpresa.

—¿Te la dio o se la camuflaste? —tosió—. Emilio, te vas a meter en un lío, no tienes edad de esas cosas. Si se entera tu madre, te despelleja vivo.

El muchacho extendió al máximo una sonrisa silenciosa, se acomodó el paliacate que llevaba hecho cinta sobre la frente, bebió la coca-cola tibia que Jacobo le entregara.

—Averigüé que Sealtiel se fue de la casa porque sorprendió a Marlina jugándole chueco. No sé con quién. La sirvienta de mi abuelita, que también les hace el aseo, dice que antier regresó para llevarse unas maletas con ropa y unos cuadros que Marlina le había regalado. ¿Tú crees que se reconcilien?

Fernanda miró de reojo a aquel niño precoz. Pensó en sus propios quince años: el pastel cubierto de merengue blanco, el vestido refulgiendo sobre los pechos excesivamente desarrollados, su devoción por un actor de películas terroríficas. Los tiempos habían cambiado sin que ella lo advirtiera.

—Sí —contestó el doctor Caligari—. Tiel es un pan frito y en cuanto se le pasen los celos o la ira, lo que sea, lo vamos a ver de vuelta.

—¡Híjole! A mí como que me da la impresión de que aquí todo el mundo se pelea.

—Nosotros no —atajó el nazi.

—¿Tú y Benjamín? —preguntó Rafael en tono descuidado, pero seguro de poner el dedo en la llaga. Una sonrisa se insinuaba en la comisura de sus labios.

—¿Qué? —enrojeció Emilio y esa vez argumentó de acuerdo con su edad—: Pues no, jugamos futbol, salimos en la bici. Benji es buen cuate, no peleamos.

—¡Ah! —hizo Rafa y se volvió a ubicar en el mutismo. Jacobo le dirigió una mirada de inteligencia que el otro no quiso captar.

—Me dijeron que una chava de la academia se encueró en la clase porque está enamorada del profesor de historia, uno que habla mucho de los fenicios y no le hace caso. ¿Lo han oído? Ustedes que tienen la ventana enfrente, ¿no la vieron? ¿Tú, Fernanda?

Ante las negativas, Emilio levantó los hombros y se ter-

minó el vaso de coca. *Valentino* se desperezó estirándose sobre las cuatro patas, mostró los colmillos en un bostezo que terminó siendo maullido y de un salto alcanzó el regazo de Fernanda. Luego del sobrecogimiento inicial, ella comenzó a acariciarlo lentamente y el gato se volvió a adormilar.

—¿Y cómo vas en la escuela? —Jacobo soltó el lugar común con una ligereza deslumbrante. Fingió la atención indispensable y Emilio respondió: "Bien. Creo que bien", para que el nazi aprobara con un gesto.

—Quería preguntarles si tienen plan para el fin de semana —espetó el muchacho intentando un tono casual—. Pensaba que, si van a tomar una copa, quizá me podría ir con ustedes... mi mamá y mi padrastro van a Querétaro, mi abuela se duerme temprano.

—Pues no, no hemos hecho planes. ¿Verdad, Rafa? —mintió Jacobo—. Comoquiera que sea, Emilio, eres menor de edad...

—No lo parezco.

—Da igual. Yo no me voy a echar encima la responsabilidad de haberte llevado a ninguna parte. Las prisas no reportan nada bueno, fíjate.

Rafael consideró la posibilidad de preguntar a Emilio si no le gustaba alguna de las niñas del "Dallas", o por qué no iba a jugar parkasé con Benji, pero se limitó a subir el volumen del televisor mientras rebañaba el frasco de mermelada.

En la calle comenzaron a alternar los gritos de los gitanos como las muchas voces de un órgano de iglesia, y así mismo inaccesibles. Entre el bullicio, Fernanda distinguió la voz de Míquel tratando de explicar que si no hay luz tampoco hay fotografía y, por lo tanto, no podía tomar a Frinka escalando la barda del colegio ni amenazando con la resortera los vidrios de su propia casa. Se oyó un motor de automóvil, el chirrido de una bicicleta.

—Ernestina se marcha, llega Benjamín —anunció Jacobo y se asomó a la ventana para comprobarlo—. Hola, Míquel. ¿Qué tal? Sí, Fernanda está aquí. ¿Subes? Te caerá bien un café. Benji, Emilio vino un momentito, enseguida baja. Oye, qué padre está tu bici. ¿La acabas de pintar?

Emilio y Míquel se cruzaron en la escalera. El fotógrafo, sudoroso pero feliz, estuvo en la reunión sólo el tiempo necesario para no parecer grosero y beberse el café instantáneo —caliente y bien cargado, al estilo Vendrell.

—Eres igual que yo. También sudo como condenado —le dijo Jacobo—. A la menor provocación empiezo a escurrir. Pero es tan sano eliminar toxinas, ¿no es cierto?

—Sí. Lo incómodo es tener que cambiarse la ropa tres veces diarias —respondió buscando la mirada de Fernanda por encima de la taza. Ella lo evadió, siguió acariciando al gato y fingió interesarse en el programa de televisión.

Jacobo captó el juego de inmediato. Se colocó de parte de Fernanda, pero entendió y disculpó a Míquel diciéndose que la debilidad de ambos era muy similar. Su sentido común lo impelía a desaparecer y desaparecer a Rafa para dejar solos a sus amigos y que pudieran hablar. La curiosidad lo instaba a quedarse para constatar la manera en que se desarrollarían el disgusto o la reconciliación. Optó por interesar a Míquel en unas fotografías viejas que su madre le había cedido recientemente.

—Vámonos a casa y lo discutimos —dijo Míquel al oído de Fernanda. Le besó la oreja mientras Jacobo hurgaba en los cajones del escritorio.

—No hay alternativa —contestó ella sin verlo—. Vamos a seguir adelante con esta absurda partida y ojalá que las consecuencias no sean desastrosas.

—¿Te das cuenta de que estás dramatizando demasiado?

—Si eso piensas, vete y déjame en paz.

—Aquí las tienes —intervino triunfante el nazi y entregó a Míquel un montón de fotos ribeteadas con ondas pequeñitas, impresas en sepias y grises desvaídos, en todocolor que se esfumaba para dejar como rastro la línea del magenta. Míquel conoció a un hombre alto y guapo que guardaba

un remoto parecido con Jacobo y vestía un traje *sport* que, curiosamente, correspondía al último estallido de la moda. A una mujer menuda y sonriente que no podía ser, de ninguna manera, la bruja de la actualidad. A un niño con sombrero azul de *cowboy*, que era una versión resumida de Jacobo, su mirada, su afabilidad y su miedo al lado de un árbol de Navidad y de la hermana de su madre, en ese orden. Fernanda pensó cuáles serían entonces las muchas habilidades de aquel niño prodigio que, según la leyenda, había sido Jacobo Vendrell. La imagen hablaba sólo de una criatura disfrazada de algo en lo que no creía, dispuesta a salir corriendo tan pronto como el fotógrafo terminara su trabajo.

Míquel aprovechó el cambio de humor de Fernanda para acariciarle las manos abandonadas en el regazo, pero *Valentino* se adelantó a su acción y le clavó las uñas. Míquel lanzó una exclamación de dolor cuando ya el gato huía hacia el cuarto de baño, perseguido por los gritos y juramentos de sus amos.

—Lo siento, Míquel. Ese descastado no probará comida hasta mañana. Tampoco agua —sentenció Jacobo. Fernanda recogía con un pañuelo los hilos de sangre que brotaban de las heridas. Rafa proporcionó algodón y mercurocromo, apagó el televisor.

—Hijo de puta —murmuró Míquel y ahogó un quejido cuando su mujer le aplicó el algodón con el desinfectante.

Fernanda miró en torno suyo: el rostro de Jacobo enrojecido por la contrariedad. El de Rafa, atento y pringado de mermelada. El de Míquel, sudoroso y emocionado —no tanto por los rasguños, sino por su mutuo alejamiento. Vio su propia cara en el espejo situado en la pared del fondo. Le disgustó hallarse tan pálida, con ese punto de tristeza en los ojos. Sintió que la escena pertenecía a alguna película, cuyo título no había retenido en la memoria. Creyó que la balsa de chinos naufragaría por exceso de pasaje, y buscando la mirada de su compañero, le pidió en un susurro que se fueran a casa.

13

Era lunes. Míquel había salido a hacer un trabajo y era impredecible la hora de su regreso. La tarde estaba fría. Durante los últimos días habían estado cayendo granizadas que destrozaban las ramas de los árboles y las plantas. Granizos que golpeaban como piedras contra los vidrios que milagrosamente no se rompían. Los diarios mencionaban que las repetidas lluvias de hielo causaban incalculables daños en las colonias populares. Si persistían podría haber deslaves o derrumbes. Damnificados. En el barrio, la última granizada nocturna había provocado un jolgorio colectivo con ilusiones de paisaje europeo; la excursión de Míquel arropado a instancias de Fernanda, para tomar fotos en color de los gitanos tiritando como cachorros sobre los montículos crujientes, de Emilio en el momento de lucir un brillante traje de hechuras invernales, del actor Vendrell con la cabeza expuesta en la boca de la ventana...

Fernanda se acercó a los cristales de su propia ventana. Sin abrirla miró hacia afuera. A la vista exterior se sumó su reflejo, el de la lámpara que iluminaba la mesa de trabajo. Sobre la calle —prematuramente bañada por el alumbrado público— flotaron las réplicas fantasmales de pinturas y fotografías puestas en la pared. Los vidrios de las ventanas son siempre tan duros y fríos. Se frotó los brazos y pensó prepararse un té como remedio para aumentar su temperatura: era demasiado temprano para tomar una copa y le desagradaba la idea de ponerse un suéter, prenda que consideraba de una incomodidad irritante. Sin Míquel en casa, las horas vespertinas se transformaban en períodos interminables, peligrosamente invadidos por el desasosiego. Temía llegar a la depresión.

Se retiró de la ventana y miró las hojas sobre la mesa. No quería saber nada acerca de los efectos del colorante tipo

caramelo (obtenido por el proceso de amonio) en el metabolismo *in vitro* de la anilina en ratas. Le hubiera gustado convertirse en polizonte de *Isis* para sumarse al proceso desneurotizador de Onésimo Maclovius, pero las puertas de acceso estaban herméticamente cerradas y nadie podría escuchar sus gritos en caso de que pidiera asilo desde el otro lado de la vidriera panorámica. Ni siquiera *Ocimum*. ¿O sí? Su mayor ambición, por el momento, era que Míquel regresara y que ambos disfrutaran de lo que las revistas comerciales llaman intimidad. Pantuflas y ropa de casa, suponía. Música a su gusto. Y la prerrogativa de negarse a abrir la puerta, sin importar quién fuera el presunto visitante.

Volvió a la ventana. La escuela de enfrente era un bloque grisáceo iluminado, un tanto violentamente, por los *spots* colocados en diferentes puntos. El nicho que quedaba en lo alto de la pared ¿habría albergado un día alguna imagen religiosa? La pila en la cual remataba la base del nicho, solía llenarse de agua. En días mejores los pájaros se acercaban a ella para beber.

Gotas de lluvia, grandes y duras como monedas, empezaron a estrellarse en vidrios y muros. Bastaron segundos para que el asfalto de la calle se mojara completamente. Junto a la acera se insinuaban charcos. Muy pronto el aguacero se transformó en una cortina espesa, en un clamor rotundo. Fernanda deseó que Míquel estuviera a buen resguardo. Se abstrajo mirando el borboteo de la lluvia sobre los charcos cada vez más profundos. En eso estaba cuando una criatura salida del torrente se plantó ante ella saludándola con expresivos movimientos de los brazos. Era curioso, sin embargo, que no huyera del chubasco. Fernanda advirtió que la criatura movía los labios, que abría la boca enfáticamente, como si hablara —pero el alarido de la lluvia cubría cualquier otro sonido. La figura se acercó lo más posible al campo visual de Fernanda, se convirtió en un Jacobo Vendrell calado hasta los huesos, dando a entender —por señas— que quería hablarle. Sin cuestionarse más nada,

Fernanda corrió a abrirle la puerta de la calle. Lo miró atónita mientras un charco de agua se iba formando a sus pies, sobre el piso del vestíbulo. Con ambas manos, el nazi se sacudió el agua de la cara. Detrás de la lluvia, su mirada parecía al borde del desquiciamiento.

—Una desgracia —jadeó cuando afuera las gotas se volvían granizos—. Marlina está herida de gravedad. Fui a la esquina para telefonearle a un cuate. Resulta que este chavo también conoce a Marlina y me contó lo poco que sabía. La información es turbia, Fernanda. Apenas colgué el auricular, vine como flecha a decírtelo.

—Pero... —balbuceó ella.

—El sábado, Marlina fue al Chopo a vender sus cosas. Parece que se quedó allí después que cerraron el tianguis. Con unos muchachos, no sé bien. De repente empezó a haber alboroto (la zona está llena de bandas, ¿verdad?) y alguien lanzó una bomba molotov que golpeó a Marlina en la cabeza. Hasta donde se pudo averiguar, está en el hospital, operada de emergencia —Jacobo respiró profundamente. La exhalación se hizo sollozo. Las pestañas se le cubrieron de lágrimas y el rímel le pintó ojeras renegridas.

Fernanda empalideció. Su mente se pobló de las imágenes de Marlina la noche que ella y Míquel cenaron en su casa. Volvió a oír su voz y a ver la sonrisa, gracias a la cual todas las cosas —aun las más trascendentes— derivaban en juego de niños. Sintió que la sangre le golpeaba la nuca. Dijo qué horrible mientras Jacobo le aferraba las manos con gesto convulso y helado.

—Fue un plutonazo —gimió él sorbiendo sus lágrimas—. El amigo con el que hablé estudia astrología. Me lo explicó. Este tiempo no es bueno para los mexicanos, el país se encuentra en mala conjunción con los planetas. Me voy a casa a prender un incienso. Rafa no está. ¿Y Míquel?

Fernanda negó con la cabeza.

—Quédate —sugirió—. Aquí prendemos el incienso. Te secas y te pones algo de Míquel.

—Gracias, linda. Estoy tan empapado que no me importa mojarme un poco más hasta la casa. Voy a beber un brandy y a meterme en la cama. El cuate que te digo nos va a informar lo que pase —concluyó adelantándose a la pregunta de Fernanda—. No tiene caso que vayamos al hospital. Marlina está en terapia intensiva, incomunicada. De Sealtiel no se sabe, puede que ni siquiera esté en la ciudad.

Con un pie en la calle, el nazi besó la mejilla de Fernanda. Ella quiso detenerlo con algún argumento de peso, proponerle que esperaran juntos la llegada de sus respectivas parejas, pero obviamente Jacobo prefería refugiarse en su propia covacha y Fernanda no hubiera podido conmoverlo ni siquiera si le suplicaba que no la dejara sola con aquella cosa horrenda entre las manos. A unos metros de la casa se hallaba estacionado el auto de Ernestina. Su figura mínima, de espaldas, aparecía y desaparecía a causa de las ráfagas de la lluvia. De manera confusa, Fernanda se preguntó qué haría allí, como una gárgola cautiva de la piedra.

—Si necesitas algo, llámame —ofreció Jacobo con un tono que sonó a excusa.

Por fin, la lluvia se tragó nuevamente al profeta del Apocalipsis vestido con *jeans* y una camisa que parecían haberse adherido permanentemente al cuerpo desmedrado.

Fernanda cerró la puerta y vio con expresión azorada el agua que había quedado como rastro de la presencia de Jacobo. Sintió en el pecho una opresión que aún no se podía resolver en lágrimas.

Secó el piso, subió la escalera con un estremecimiento nervioso. Pensó en Ixtab acechando a las mujeres en los tianguis de la ciudad, para asesinarlas. Se arrebujó en una chaqueta de Míquel. Fue a la sala y puso en la tornamesa un disco de Plácido Domingo. ¡Era tan bueno entregarse a los efectos de la música! Resultaba mejor que cualquier otra droga, con el beneficio extra de ser inofensiva. Una vez y otra, el rostro de Marlina se adueñaba de su mente. Marlina, tan próxima y ya tan lejos.

—Estamos suficientemente retirados de la Tierra, doctor, como para dejar de considerarnos, por un tiempo, ciudadanos suyos —comentó Kublai—. En breve entraremos a la etapa de hibernación.

Fernanda escuchaba, a intervalos, el *Elíxir de amor*, de Donizetti. Pero en los pasillos de *Isis* irrumpió, de pronto, un largo canto gregoriano que durante horas convirtió la nave en un monasterio errante.

14

Cuando llegó a casa, Fernanda encontró en el piso un sobre que alguien había introducido por el filo de la puerta. Estaba rotulado a su nombre con letra de Jacobo. Contenía el recorte de un diario capitalino: era la crónica de una periodista novel —amiga de Marlina, quizá— acerca de la muerte de la pintora.

El hecho había ocurrido unos diez días antes. Míquel y Fernanda no asistieron a la ceremonia del duelo. Jacobo tampoco: "Suele ser todo tan deprimente, además de absurdo. Una representación odiosa, con actores que mienten o se ríen. No falta quien afirme que la muerte es la solución ideal para cualquier problema y, por lo tanto, el difunto es un tipo muy afortunado. Tal falacia me pudre los güevos". África no se presentó por no ir sin compañía: era sobradamente conocido que Beatriz rehuía los actos públicos que pudieran comprometer su reputación. De la casa sólo acudió Olmo, con un aspecto grave y entristecido que resultaba ajeno a su persona. Atestiguó la híbrida liturgia en que tomaron parte, por un lado, la familia de Marlina y, por otro, sus amigos.

"Hubo discursos. Parecía que la gente hablaba de dos mujeres diferentes. La hija inolvidable, la hermana ejemplar que se fue por una triquiñuela del destino, ¿era también la pinche Marlina que nos partió el máuler con su despegue? La madre de Marlina optó por abandonar la sala para no seguir oyendo barbaridades: sencillamente su hija no era así, ¿de quién hablaban esos greñudos horribles, drogadictos? Sealtiel estuvo allí todo el tiempo, pegado a la pared —como si fuera a caerse si se separaba. Supongo que estaba 'hasta atrás' de pura mota porque sonreía casi estúpidamente. Un oso amaestrado que quisiera volver a oír la pandereta. Al final hubo aplausos, porras y consignas de los cuates. Gritos de no te olvidaremos, Flaca. Alguien puso una banderita del partido sobre el féretro, como para evocar a Frida Kahlo. Pero ahí sí se les pasó la mano, porque Marlina no era militante".

Fernanda echó un vistazo a la nota del periódico: "(. . .) El derrame interno que sufrió requería una operación inmediata. La intervención quirúrgica se hizo doce horas después (. . .) Marlina murió luego de varios días, poblados de informes contradictorios por parte de los médicos (. . .) El día que se deslavó el Chiquihuite por la granizada, la enterraron con música y cantos". La autora del texto concluía con tono indignado: "La tragedia particular se volvió asunto cotidiano: cuestión de llenar papeles, de curiosidad y ganas de querer saber sin aclarar nada, preguntas y más preguntas. Unas líneas para la prensa. Un olvido más para la ley. Y uno se pregunta a qué soledad de tumultos pertenecemos, en qué tierra de guerras fatricidas vivimos, en qué lugar donde se lucha por un trozo de cemento y una bocanada de esmog. . ."

En el escaso margen del recorte, Jacobo había escrito —rápidamente, a juzgar por la caligrafía— frases cariñosas para Fernanda y Míquel. "Estoy jodido, no salgo de casa. Por favor, no vengan", terminaba.

Sin la voz exhibicionista de Jacobo —voz de quien cree que la calle, por ser privada, es una extensión de su casa (de su patio particular, tal vez), donde puede pasear como sea, sin el menor escrúpulo—, el ambiente era distinto. Desde luego, más tranquilo, pero también un tanto áspero, como si un invierno prematuro se hubiera instalado en él súbitamente. El oráculo de las desgracias se había batido en retirada justamente porque la última ocurrida le había colocado un golpe certero en medio de los ojos y aún no lograba reponerse. Varios de los habitantes de la casa, afectados por la desaparición de Marlina, habían adoptado un comportamiento sigiloso y mustio, más por la sensación de la catástrofe que por el dolor o el recuerdo de la pintora.

Pasada la etapa del miedo supersticioso, de los comentarios sensacionalistas, los gitanos se adueñaron de la calle —eran la plaga cíclica, resistente y extraña que podría heredar la Tierra junto con las cucarachas. Las mujeres deambulaban en busca de dinero, los niños destruían lo que tuvieran a su alcance, ayudaban a la carcoma que trepaba por los muros o se ponían a cantar a gritos acompañándose con guitarras. Entonces, Frinka y Yuli Marisancha improvisaban patéticos bailes que la madre aplaudía con expresión bovina.

Fernanda aceptó respetar el recluimiento de Jacobo, el malestar que le ponía en la cara oscuras ojeras y arrugu tas de papel de China. Por el momento, Rafael era su enlace con el mundo exterior, pero el joven de Mérida entraba y salía como muñeco de reloj suizo y resultaba imposible cruzar dos palabras con él. Una cosa era segura: Jacobo pasaba las horas en blanco, bebiéndose a intervalos copas de brandy solo —acaso también de tequila—, y la intoxicación gradual, semejante a un adormecimiento de los miembros, le confería el punto de insensibilidad que requería en aquel instante. Había dejado de asistir al trabajo, lo cual no parecía ser demasiado importante, pues siempre que Jacobo abandonaba un aula, otra surgía en su lugar merced a una especie de generación espontánea. Así las cosas, Rafael esperaba que la crisis terminara pronto, porque no, no tenía memoria de haber visto antes a su compañero en un estado similar. Lo de Marlina lo había pillado desprevenido y era que, desde la supuesta amnistía a la que tuvo que someterse por decreto materno, Jacobo estaba mucho más nervioso que de costumbre. (Él, que en los años pasados había sentido las tristezas acomodarse en el fondo de su alma como las capas sucesivas de un pastel de hojaldre.) Estaba irascible, crispado como un animal que incuba algún germen devastador.

Fernanda subió la escalera con cierto desgano. Miró la reproducción de la pintura de Rivera, las docenas de alca-

traces que la mujer desnuda apenas podía contener. Un grito de vida que la llevó a pensar en Ixtab, en Marlina, en los hijos de Marlina que Sealtiel quizá nunca volvería a ver, en el departamento cerrado, en el absurdo. El timbre de la puerta la hizo detenerse para desandar el camino y acudir al llamado. Se encontró con Olmo, vestido como para un almuerzo en una pintura de Monet. El muchacho esbozó una sonrisa melancólica y le preguntó por Míquel.

—Necesito copias de algunas de las fotos que me tomó —explicó alborotándose el cabello con los dedos—. Todavía no es seguro, pero creo que me darán un comercial de vinos y me urgen las fotos para llevarlas a la agencia. ¿Qué tienes en la mano? ¿La nota sobre Marlina? ¿Qué te pareció?

—Muy sentida. Sólo que esta clase de notas son tan inútiles. A fin de cuentas, homenajes *post mortem* que aplacan la ansiedad de unos cuantos.

—A lo mejor, un granito de arena que contribuya a evitar otras catástrofes. Yo me siento muy mal de repente, Fernanda. Paso frente a la puerta de Marlina, miro hacia adentro por una rendija. . . , imagino que la historia íntegra es una gran mentira. Y, bueno, casi presencié los hechos, porque ese día yo acompañé a Marlina al Chopo, ¿no sabías? —preguntó con voz monocorde—. Ella quería que yo conociera a alguien que nunca llegó y que, decía, estaba interesado en el cuadro de Antinoo. El caso es que me engenté, me aburrí del tianguis y le pedí que nos fuéramos cuando ya muchos estaban recogiendo sus cosas. Entonces empezaron a deambular chavos banda, unos *punk* alucinantes, y apareció un tipo con unas cervezas. Nos invitó, yo no quise, creo que Marlina le gustaba. . . Total, ella se quedó. De ahí en adelante, no se tiene información segura, me temo que nunca conoceremos los hechos tal como fueron —el viento abombó la camisa de Olmo y por unos instantes lo hizo parecer volátil, con una fragilidad que despertaba simpatía—. A ratos me siento mal —reiteró—, quizá por no haberme

quedado con Marlina esa tarde. No digo que yo hubiera podido protegerla de nada, pero quizás las cosas habrían ocurrido de manera distinta. Ella era muy independiente, ¿verdad? No necesitaba guardaespaldas —se aclaró a sí mismo—. Si la pinche bomba consiguió alcanzarla fue porque de algún modo Marlina había bajado la guardia, ¿no crees?

Fernanda se quedó mirando aquellos ojos de muñeco importado que pedían a gritos adhesión a su causa.

—Claro —dijo—. Tú no te preocupes, Olmo. Hay cosas que están escritas y deben ocurrir aunque sea al margen de nuestros deseos.

Al oír las frases que esperaba, el muchacho respiró profundamente, al parecer aliviado. Sostuvo la mirada de Fernanda. Asintió con un movimiento de cejas, musitó: "Somos demasiado frágiles". Abrió la boca como para añadir algo, pero desistió y se limitó a sonreír con aire de pesadumbre.

—¿Estás bien? —le preguntó Fernanda interrumpiendo las frases de despedida.

—Deprimido, triste, pero substancialmente bien —dijo y siguió sonriendo hasta que dio vuelta a la esquina y salió del horizonte de Fernanda.

15

La madrugada se llevó el auto de Beatriz que iba con África a Morelia en busca de la escurridiza, quizá imposible reconciliación. El ruido del motor agitó los sueños próximos a las ventanas, causó inquietudes y dolores de cabeza. Fernanda escuchó frases del diálogo mientras la pareja guardaba el equipaje en el coche, discutía cualquier minucia por no faltar a la costumbre, encendía y apagaba el autoestéreo, tosía y silbaba. A la postre, el coche abandonó la calle en una reversa estentórea y prolongada. Hubo un frenazo, una carrera, la voz de África diciendo no me tardo pues, caliento el café, lo vacío en el termo y regreso. Finalmente partieron y los vecinos pudieron rehilvanar el sueño.

Las piernas de Frinka eran dos chorros de mugre saliendo del *short* un poco menos sucio que su piel. Con mirada ávida seguía los movimientos de los parientes de Marlina que iban llenando con sus pertenencias la parte trasera de una camioneta descubierta. El niño se aproximó hasta apoyarse en los tubos metálicos del vehículo, atisbó la mezcla heterogénea que se iba formando sobre el piso de madera calafateada, se metió en la boca un chicle verde —enorme— que puso a trabajar sus mandíbulas durante un buen rato. Luego se le sumaron sus hermanos mayores —altos y gordos como dos novillos que prometen— y empezaron a hacer comentarios inextricables acerca de los objetos que un día ayudaran a integrar el hogar de Marlina. Era evidente que anhelaban la oportunidad de embolsarse cualquier cosa. Cada vez que descargaban algo en la camioneta, los deudos los miraban con desconfianza, pero obtenían como respuesta sonrisas angelicales que les devolvían al menos parte de la tranquilidad.

—Puedes entrar a gusto, güero. Nosotros cuidamos las mudanzas.

—¿Y los muebles no te los llevas? —preguntó Jimmy Cayota a un muchacho que podría ser hermano de la pintora.

—Hoy no, otro día.

—Véndemelos. Te compro todo, ¿cuánto quieres? En serio. Mi familia tiene mucho dinero. Somos príncipes —se jactó con una seguridad impresionante—. ¿Te gustarían diez mil?

Óleos, grabados y dibujos se sumaron al caos, pero nada que hubiera pertenecido a Sealtiel. No el unicornio. Era como si el músico se hubiera adelantado al deseo de la familia de su compañera, devolviéndoles la fantasía de una Marlina juvenil y solitaria —sin vínculos de ninguna especie—, para que ellos manipularan la situación y los recuerdos según les conviniera. Marlina era su muerta.

—¿La viste en el hospital? —preguntó la boca inocente de Dani Memo, levemente fruncida enmedio de las mejillas colosales—. ¿Se le salió lo de adentro? ¿Le dolía?

El muchacho lo miró atónito: no era posible que ese querubín barroco obrara de mala fe. De cualquier manera, se negó a contestar. Jimmy soltó una risita, con ademán mecánico se rascó la entrepierna. Frinka soltó el comentario reprobatorio mientras los parientes de Marlina incursionaban otra vez en el laberinto.

Las ágiles manos de Dani lograron atrapar algo, el trofeo de una circunstancia irrepetible. Lo sepultó al fondo de un bolsillo, en el pliegue generoso de la ropa. Cuando los familiares de la pintora salieron de nuevo a la calle, los niños parecían más serenos, sus miradas eran transparentes, las pecas descansaban sobre narices ecuánimes. Aún treparon al estribo de la camioneta insistiendo en proponer un trato comercial. Saltaron en el momento en que el vehículo desembocaba en la calle transversal, corrieron hacia su casa aventándose piedritas que a veces daban en el blanco y hacían explotar alaridos de júbilo.

Emilio lucía un peinado *punk* ribeteado con un paliacate color rosa mexicano, pantalones de mezclilla deslavada, zapatos de moda sobre los pies desnudos. Desde el asiento de su bicicleta pulsó el timbre de la casa de Benjamín. A poco, el rostro cacarizo de la sirvienta apareció en una ventana para decir que no había nadie, que Benji podría regresar mucho muy noche. Calló a los perros que se habían agitado, ofreció dar el recado, se desvaneció en la obscuridad de la casa.

Emilio se quedó solo con su frustración. Miró a su alrededor con expresión compungida, encendió un cigarrillo, lo tiró al suelo sin terminarlo y vio cómo el viento lo hacía rodar esparciendo la brasa. Finalmente atravesó la calle, se paró ante la ventana de Jacobo y se puso a jalar el cordón de la campana. Sin dejar de repicar lo llamó, gritó su nombre con entusiasmo inusual, lo tradujo al inglés, lo cantó, no se detuvo hasta que la cara del nazi surgió en la ventana como en el proscenio de un escenario largamente abandonado. Emilio aplaudió, lanzó un aullido de apache, regaló una sonrisa a la mirada vidriosa, la incipiente barba negra en poderoso contraste con el cabello rubio puesto de punta en un estilo muy a lo Stan Laurel.

—¿Qué quieres? ¿Por qué escandalizas? ¿Crees que soy tu puta o qué? —preguntó una voz cascada que podía ser la de Jacobo.

—Quiero hablarte. ¿Qué onda? ¿Todavía estás crudo? Te has puesto la peda más larga del año, cuate. Ábreme, ¿no? Yo preparo el café. Te doy un chicle de Tepezcohuite para la gastritis y el dolor de cabeza. Te cuento que ayer vino tu jefa, vaciadísima: con una charola de galletas que eran puras orejitas, y se fue atacada porque no la pelaste. Subo, ¿verdad? Si te hartas, ahi muere. (Oye, ¿está Rafa?).

Jacobo aceptó blandamente: los astros marcaban el fin de su ciclo. Se le oyó carraspear hasta la náusea mientras Emilio trepaba la escalera cantando algún rock exitoso.

Míquel se limpió los dedos en el delantal que llevaba puesto sobre la camiseta y que exhibía un letrero de coca-cola salpicado con manchas de fijador. Dio un trago a la botella de agua mineral, resopló acalorado. Maldijo la inoperancia de Ernestina, quien había logrado descomponer el extractor de aire provocando que la atmósfera del laboratorio sobrepasara los grados soportables de calor. Recordó su última sesión psicoanalítica y se propuso ejercer la paciencia —en todo caso, la resistencia pacífica. La mujer estaba loca y él no debía meterle el centro emocional a su forzada relación con ella, aunque dejara el laboratorio hecho un asco, gastara los materiales de Míquel, rebasara el tiempo acordado, ignorara a Fernanda y se inmiscuyera en detalles que francamente no le importaban —como si Míquel estaba engordando y volviéndose agresivo, claro, a consecuencia de su encaprichamiento por Fernanda. "Reconoce que tu vida, lamentablemente, se puede ordenar antes y después de Fernanda", le había dicho en un tono venenoso que admitía dos o tres impulsos de soltar su exasperante risotada de alienada.

Agitó dentro del fijador las fotografías de Olmo. Se congratuló por la fidelidad de la lente que recogía todas las minucias. Le gustó que la cara del sujeto fuera tan desenfrenadamente joven que resistiera el acercamiento sin mostrar más arrugas que las de la sonrisa. Olmo en *smoking*, mezclilla, seda, algodón, nada, un juego redondo.

Salió del cuarto obscuro para refrescarse un poco. Se enjugó el sudor. Encendió la grabadora e hizo segunda a las sonatas del padre Soler. El cesto de basura estaba colmado de colillas de cigarros. Era causa perdida tratar que Ernestina aceptara no fumar dentro del laboratorio: además de que el aire se enrarecía, Míquel se impregnaba del olor a tabaco rancio que luego le valdría reiteradas quejas por parte de Fernanda. En el cesto estaban también las incontables pruebas que había hecho Ernestina para imprimir sus desastrosas fotografías. (Aún más desastroso era el desperdicio de papel fotográfico que le imponía su falta de capacidad.)

"Si Fernanda no estuviera enmedio, ¡podríamos vivir los dos tan a gusto en esta casa! Igual que antes, cuando papá y mamá no se habían ido. Ella es la culpable de nuestras dificultades: te llena de humo la cabeza", sentenció Ernestina la última vez que tuvo enfrente a Míquel. Él se abstuvo de replicar, convencido de que aun el argumento más lúcido caería en el vacío y nunca lograría penetrar aquella mente monomaniaca. Le sugirió, sin embargo, que intentara ignorar a Fernanda por completo. Ya que ni siquiera la saludaba, podía hacer un esfuerzo extra y no dedicarle ninguno de sus pensamientos. Pero incluso la mínima intervención de Míquel bastaba para contrariar a la casera:

—¡A mí me importa un comino tu enredo con ella, ya ves que jamás te pregunto nada! Sé que te va mal y me parece incorrecto hacerte notar...

—Tampoco yo te pregunto cómo la pasas con los adolescentes que llevas a tu casa empleando el engaño o el chantaje. ¿Por qué no nos dejas en paz? —respondió Míquel comenzando a perder los estribos—. Es fácil: no mencionas a Fernanda y buscas algo que te mantenga entretenida.

—Sabes bien que soy una mujer muy ocupada, entregada a múltiples causas nobles, aunque tú no lo creas.

—Mira, Ernestina, tú y yo hicimos un trato comercial. Vamos a atenernos a eso y ya.

—No es un trato comercial, desagradecido, sino de amigos. Yo podría enriquecerme con mi propiedad y, no obstante...

Míquel se bloqueó mentalmente para no oírla. De cuando en cuando veía la cara enjuta, el cuello tenso hasta el punto del dolor, la boca torcida, los ojos azules y sin vida —como dos canicas raspadas. Lo alteraba a veces la estridencia de la risa, pero su memoria no registraba la serie de barbaridades que seguramente estaba barbotando Ernestina. Fue inevitable que cayera en la trillada reflexión: ¿por

qué había desaparecido una mujer tan vital y creativa como Marlina y, en cambio, seguía existiendo un ser tan siniestro como Ernestina? Por supuesto sabía las múltiples respuestas pero las evadió para tener la libertad de autocompadecerse uno o dos minutos.

—¿Estás enterada de que asesinaron a Marlina? —le arrojó la pregunta sin ningún decoro. La frase aplastó el discurso pseudosocialista de la casera quien, entre los estallidos de su psicosis, había anotado la palabra *asesinaron*.

—¿Qué?

—Que le partieron la madre a Marlina, nuestra vecina, una chava muy guapa, buena onda, sibarita, que prometía destacar en la pintura. Se la cargaron porque sí, por estar en la línea de tiro, donde no debía. Dejó un par de niños y una bola de examantes y de amigos a los que todavía no nos calienta ni el sol.

—No la conocía, pero a las mujeres fáciles les va mal —se escabulló Ernestina presa del tic que le torcía la cabeza hacia un lado—. ¿Para qué me cuentas eso? ¿Te habías acostado con ella también? ¡Ahora resulta que fuiste infiel a tu duquesa de migajón! ¡Eso suena muy divertido!

—Te lo cuento para que sepas que fuera de tu mundito suceden muchas cosas, que algunas son horribles, y que por ahí anda mi corazón pero no, suspirando por una banca de la escuela.

—Tiene razón mi familia cuando me dice que eres un patán, hijo de la chingada. Muerdes la mano que te alimenta —rechinó agudizando el tono de voz.

—Que yo recuerde, hasta hoy las únicas manos que me han dado de comer son las mías, y si me las muerdo o me las chupo, es cosa mía —puntualizó Míquel mesuradamente—. Deja de exagerar tus bondades, no eres mi hada madrina.

—No, ya no, y lo vas a sentir el resto de tu vida. ¡Qué chistoso que te pongas sentimental por una puta a la que apenas conocías! —se burló dando rienda suelta a su hilaridad—

¡Yo, en cambio, soy tan mal recibida en *tu* casa! —Muy pronto la risa se mezcló con un llanto desbocado. Míquel hizo caso omiso del llanto y de la manera en que Ernestina había subrayado el posesivo. Miró el rostro convulso, los ojos con un vacío enorme detrás, y preguntó con absoluto aplomo:

—Entre las mujeres ¿como te catalogas tú, Ernestina? ¿Diabólica igual que Fernanda? Supongo que no. ¿Puta como Marlina? ¿Heroica al estilo de La Pasionaria? Sí, ya me voy acercando. Y lo más lamentable es que no tienes conciencia del abismo que existe entre Dolores Ibárruri y tu mezquindad. Te agradecería profundamente que no fumes dentro del laboratorio —concluyó en tono cortés.

—La alarma del reloj volvió a Míquel al presente. Puso a secar las fotos de Olmo. Revisó unos negativos de Fernanda, otros de Marlina, y los dejó para la próxima jornada.

Era necesario un periodo de hibernación como medio para la óptima sustentación de la vida, entretanto *Isis* recorría la última fase del viaje. Al cabo tendría lugar la cita espacial cuyas particularidades conocería la tripulación sólo cuando el suceso fuera ya inminente. La Computadora Maestra los alertaría una vez que el puerto de destino fuera visible a través de las vidrieras. Por el momento, el punto final en la trayectoria de la nave pertenecía al corpus de datos secretos, era un misterio que raramente agitaba la mente científica de sus ocupantes.

Onésimo Maclovius observó los movimientos rituales que sus compañeros de misión realizaban para someterse al proceso de hibernación. Los espacios individuales estaban dispuestos en una plataforma circular que reunía los más sutiles adelantos tecnológicos y los más caros detalles de funcionalidad. Viéndolos, Onésimo pensó en las ferias de atracciones mecánicas que visitaba de niño. Las localidades solían distinguirse con un nombre sugerente: *Marte, Alfa*

Centauro, Flash Gordon... Ahora todas se llamaban *Isis* y las emociones que se podrían esperar cuando el motor del juego se activara, se eliminarían merced a una especie de sueño colectivo.

Maclovius ocupó su lugar. Después de repetidas discusiones con el científico en jefe —las cuales se zanjaron mediante una votación que involucró al resto del personal—, Onésimo había conseguido que *Ocimum basilicum* pasara el proceso de hibernación a su lado. Sabía que de esa manera el espécimen no sufriría ningún daño y, en cambio, temía las consecuencias de dejarlo al margen —solo— durante la etapa final del proyecto. Así pues, Maclovius cumplió su parte en el rito: relajó su cuerpo, aquietó la mente y cerró los ojos. Su último pensamiento voluntario fue para *Ocimum*.

—Es la obertura de *Las bodas de Fígaro* —le dijo su abuela en un soplo que le entibió la oreja y le puso en la nariz un grato aroma a cáscara de naranja—. De Mozart —acotó la mujer. Luego su mirada se perdió en las fantasías pétreas de aquella catedral inconmensurable, desolada, que aceleraba el corazón del niño Onésimo y le hacía sentir un frío que rebasaba la rotunda ausencia del sol. (Ese otro sol, hecho con trocitos de vidrios de colores, que aparecía sobre la puerta principal, bien sabía el niño que era un adorno mayestático y singular pero sin energía.) ¿Las bodas de Fígaro ocurrirían allí mismo, en el marco de ese gótico flamígero? Había espacio suficiente para todos los invitados imaginables y para la orquesta que desparramaba a diestra y siniestra la alegría del compositor.

La abuela dialogaba silenciosamente con un personaje de piedra —tan alto como tres veces el tamaño natural de un ser humano—, mientras a Maclovius lo inquietaba la vaga aproximación a la conciencia de su pequeñez. Los ventanales forzaban la mirada hacia lo alto, el niño se sintió poderosamente atraído por los rosetones de plomo y vidrio que hombres mágicos habían colocado entre la piedra, muy cerca ya de las estrellas.

Se le iban helando las rodillas que el pantalón de verano no alcanzaba a cubrir. Se le puso piel de gallina, pero era imposible frotársela para entrar en calor, porque sus manos se aferraban al faldón de la abuela que era entonces —y lo fue durante largo tiempo— la mejor tabla de salvación para cualquier niño inteligente y temeroso —no estrictamente en ese orden. El frío le dio ganas de hacer pis. Se aguantó respirando profundamente y apretando un poco los muslos: en los templos no hay cuarto de baño porque la gente, cuando entra allí, se vuelve puro espíritu y no le da hambre, ni ganas de expulsar nada. Onésimo empezó a desear un algodón de dulce —grande y rosado, esférico— que pudiera acercarse a la cara y sentir antes que saborear. Se lo pidió a la abuela con un hilo de voz que, sin embargo, resultó increíblemente sonora e irreverente. Mozart seguía adueñándose de la atmósfera, casando a Fígaro, cuando Onésimo y el barco egipcio que era su abuela, dieron media vuelta y avanzaron rumbo a la salida por la nave lateral.

El doctor Maclovius despertó paulatinamente, como si emergiera, con calma calculada, desde el fondo hasta la superficie de un estanque. (Tenía en la boca un gusto antiguo a azúcar tostada, en la nariz el olor cítrico de una abuela que se había vuelto invisible desde tiempo inmemorial.) Acaso la ansiedad se había quedado atrapada en la vegetación del fondo, porque la vuelta del científico al estado consciente fue por completo serena y agradable. Su cuerpo disfrutaba una temperatura perfecta y una total ausencia de tensión, como si no estuviera constituido de huesos y carne, sino de una espuma plástica levemente endurecida. A través de sus párpados se filtraba una luminiscencia de color violeta —similar a la luz violeta de un *ashram*, pero en cierto modo diferente.

Maclovius abrió los ojos y vio la especie de sarcófago flexible que *Ocimum* había formado en torno a su cuerpo, valiéndose de los miles de filamentos que había generado su tallo (o lo que fuera). Tan pronto el doctor Maclovius re-

gresó a la vigilia, *Ocimum* deshizo la trama en cuestión de segundos y el hombre tuvo libertad de movimientos. La Computadora Maestra le informó que sólo habían pasado tres horas desde que se iniciara la hibernación y que el resto de la tripulación permanecía en ese estadio. Por lo tanto, *Ocimum basilicum* y él eran los únicos pasajeros alerta.

—"Para su exclusivo regocijo estalló la obertura de *El rapto del serrallo*" —terminó de leer Míquel—. ¿Por qué no la de *La flauta mágica*?, digo por el simbolismo y las implicaciones esotéricas.

—¿Crees que resultaría mejor? Lo voy a pensar —respondió Fernanda abriendo la ventana y asomándose a ella como la muchacha de Dalí. Por un momento deseó que la magia pudiera transformar la calle en río y, la academia, en un buque recién llegado de Asia.

Míquel releyó en silencio algunos párrafos antes de formular su aprobación. Puso las manos sobre los hombros de Fernanda, le besó la nuca. Respiró el aire cálido del exterior: le asaltó la imagen de un vaso de vino blanco —detestaba el amargor de la cerveza— y una botana menuda, salada, suficiente para una hora de conversación.

—Prepara todo, aquí te espero —dijo Fernanda y pasó a elegir la música de fondo.

Hizo a un lado la cara larga, los ojos morunos —trasnochados o ausentes en puro viaje artificial—, la frente impúdica y la abundosa cabellera de María Bethânia, para quedarse sólo con la voz sensual gratamente matizada, incisiva y dolorida cuando hacía falta. La dejó cantar sus cosas en el agua y la miel de Brasil: un regalo especial para Míquel.

—Si tuviéramos una casa de madera, colindante con el bosque y rodeada de jardín, en noches como ésta saldríamos al porche, nos instalaríamos en sendas mecedoras y disfrutaríamos la quietud del ambiente, vaso en mano.

—Las casas con porche son arquetípicas de las novelas de terror. Dudo que, por lo que respecta a mí, tuvieran evocaciones románticas —difirió Míquel.

—Es cuestión de buena voluntad. Nosotros crearíamos la atmósfera. Un clima extemporáneo y libre de presiones incontrolables. Sólo las varias caras de la amabilidad.

—Suena bien —rio Míquel y ambos chocaron sus vasos.

—De niños jugábamos a tener miedo —contó Fernanda después de una pausa—. En la azotea o en el cuarto de la sirvienta, siempre por la noche. En el sótano, no, porque estaba sellado: una tumba real para las ratas que se habían quedado atrapadas adentro. Nos asustábamos sobre todo en el dormitorio, tendidos en la cama, con los ojos escudriñando sombras y rincones. Yo pensaba en el diablo y otros monstruos, en el infierno, la eternidad, el desamparo, el caos... y cuando la angustia iba ganando mi cuerpo como un adormecimiento y un corcho inamovible me obstruía la garganta, entonces era el clímax y las lágrimas no ofrecían liberación alguna, simplemente porque el terror me impedía llorar.

—¿Y cómo terminaba la aventura?

—Me quedaba dormida antes de poder desembarazarme del miedo. Y al día siguiente aún lo llevaba en jirones colgados de los hombros. Los sentía en la regadera y a la hora de la comida. En la escuela también, sobrepuestos a las tablas de multiplicar y a la orografía de México. Ahora me doy cuenta de que ese miedo, pese a sus proporciones, era un espantajo de cartón piedra. El miedo real es otra cosa.

—¿Lo dices por lo de Marlina?

—Sí, y por Ernestina y el avance de la crisis... No sé, supongo que por varias otras razones que no te puedo explicar porque yo misma no las veo claramente. Es como una emoción acerca de algo que se va gestando próximo a nosotros, Míquel. Algo grande e informe, pegajoso y sofocante.

—Como las pesadillas de calentura cuando chicos: algo bofo, ruidoso, sí: grande y asfixiante. O sea que vuelves a ser víctima de los temores que inventabas durante tu niñez. Sacas los fantasmas del ropero, querida, y nuevamente tiem-

blas frente a ellos. Te digo que deberías psicoanalizarte. Cuídate de tu pensamiento mágico o terminarás huyendo de tu propia sombra.

—Me gustaría lograrlo —murmuró y por unos minutos ambos escucharon la música en silencio.

—Yo jugaba al Conde de Montecristo. Tenía una capa y una espada. Mi madre se desconcertaba porque el juego parecía sobrepasar los límites permisibles. Llegó a escamotearme los accesorios del personaje y, entonces, el conde se parapetaba en su resentimiento y urdía la trama de una nueva venganza. Eso era Montecristo, ¿no? Un espíritu vindicativo. También fui Calígula, pero me confundía la psicología de este césar y opté por abandonarlo. Salud. Ave, hermosa. Te amo.

Olmo se acercó a la ventana encendida, como una mariposa a una fuente de luz. Su voz se hizo oír enmedio del canto de María Bethânia.

—Creí que a esta hora ya habrías cerrado el consultorio —bromeó Míquel—. ¿O debería decir confesionario?

Fernanda respondió al llamado con la boca llena de frituras de maíz. Devolvió la sonrisa del muchacho empalidecido —quizá por efecto del suéter negro que le cubría el cuello y remarcaba la línea del mentón.

—¿Sabes cuándo regresará África? Necesito hablar con ella.

A la negativa de Fernanda, Olmo replicó con un suspiro de desaliento.

—Lo que es no tener proyecto en la vida —se quejó—. Estoy muy sacado de onda por lo de Marlina. Supe que la policía anda interrogando a la gente, a algunos amigos, pues. No me decido a ir a declarar espontáneamente, ¿tú qué crees, chata? A lo mejor ni me toman en cuenta. O me agarran de chivo expiatorio. Todo puede suceder, la policía mexicana no es Scotland Yard, ¿no es cierto? Hay demasiada violencia en esta pinche ciudad. Ostentosamente pinche. Ah, salió la lista de los funcionarios que, según el partido

oficial, son presidenciables —añadió agitando el periódico que llevaba en la mano—. Un sexteto de ases para distraer a la ciudadanía durante unos meses. Por cierto, uno de ellos es el tío de Beatriz. En este momento, la hermosa sílfide ha de estar festejándolo en un bar de New York —se mofó—. ¿Cómo, no sabías que Beatriz. . ?

Fernanda se excusó por su ignorancia y Olmo se ofreció a pasarle el periódico más tarde, por debajo de la puerta si no había nadie en casa.

—Si tienes noticias de África, ¿me avisas? —pidió antes de despedirse.

—Queda justificada la prepotencia —acotó Míquel—. Beatriz podía convertirse en miembro de la familia real.

—¿Y África? —se interesó Fernanda.

—Tal vez seguiría siendo su amante, incluso si Beatriz tiene que casarse y producir los herederos que la sociedad juzgue necesarios.

—Me disgustan esas componendas.

—¿Y yo, te gusto?

—Total y absolutamente.

Míquel dio vuelta al disco, terminó de desabotonar la camisa que llevaba abierta hasta la cintura, se quedó con el torso al aire, repuso el contenido de ambos vasos.

Al recibirle el suyo, Fernanda lo besó largamente con un beso que le gustó demasiado y, no sabía por qué, le recordaba los primeros meses de su relación. Se levantó luego para cerrar la ventana y correr las cortinas. El Colegio Dallas surgió ante sus ojos con la misma apariencia de irrealidad que la escenografía de un teatro. En un salón del segundo piso, don Lupe cumplía un extraño rito cambiando de lugar, una vez y otra, las sillas de plástico multicolor que durante el día sufrían el trato pesado de las alumnas. El conserje no llevaba puesta la gorra y Fernanda advirtió cómo se reflejaba la luz artificial sobre la calva obscura. Curiosamente, la ausencia absoluta de pelo cambiaba en mucho el aspecto del anciano.

—¿Qué ves?

—Nada importante —dijo. Tiró del cordón y las cortinas se desplegaron con un rumor sedoso.

—Apaga la luz, enciende sólo la lamparita. Ya sabes que adoro las luces indirectas.

A pedido de Míquel —desnudo como una naranja de Cézanne— en la sala se difundió una luminosidad blanquecina que sugería música más suave, lentitud de movimientos, mesura en las palabras.

—¿Por qué en este sillón tan incómodo? —protestó Fernanda medio desvestida sobre el regazo de su compañero—. Ven al sofá: me ha resultado delicioso las veces que nos hemos peleado y he venido a dormir aquí.

—¿Te importaría mucho no hablar? —preguntó Míquel retirándole la braga diminuta—. Todavía no puedo superar que me desasosiegue cuando hacemos el amor. Sí, es muy válido el lenguaje dentro del juego sexual, pero a mí me distrae, cariño. Por lo menos en alguna etapa.

—Prefieres evocar el *Kama Sutra*.

—No: observar todas tus opulencias. En todo caso, recordar películas pornográficas, fotografías prohibidas. Imágenes visuales antes que literarias.

—Me callo. Pero vamos al sofá. Te secundo en todo a condición de estar acostada: el vino me dio somnolencia.

El avión que bramaba rumbo al aeropuerto sacudió al unísono los vidrios de la casona. Crujieron, además, las duelas del piso y los estantes de los libros. Míquel despertó con una sensación de extrañeza, tardó unos segundos en reconocer dónde se hallaba. Tenía frío en la mitad del cuerpo desprotegida del calor de Fernanda. La pierna que quedaba debajo de su mujer se había entumecido y no podía sentirla. Intentó mover los dedos del pie: la circulación de la sangre se insinuó con un dolorcillo creciente que, en breve, le hizo reprimir un grito. Apartó a Fernanda procurando no agitarla, y con la camisa encima fue a la recámara para buscar una manta. El sueño lo hacía caminar con los párpados en-

trecerrados. Se esforzó en mirar la hora en su reloj de pulsera: poco más de la una de la noche (¿por qué la voz popular diría que de la mañana?) y en el callejón aún discurrían pasos y conversaciones, rodaban autos, abrían y cerraban puertas, canturreaban alternando con los lamentos gatunos... Él y su mujer constituían la nota discordante en un lugar donde los biorritmos se animaban con la aparición de la Luna. Alguna vez estuvo al borde de sentir culpabilidad por levantarse temprano e irse a la cama cuando los vecinos apenas preparaban los fandangos nocturnos.

Desanduvo el camino con la cobija en la mano. Resistió la tentación de fumar un cigarro o de ir a la cocina por una botella de agua mineral. Se arrellanó en el sofá abrazando a Fernanda, cubrió bien su abrazo con la manta y sonrió frente al total abandono de su esposa que dormía —le pareció— satisfecha como la más lujuriosa de las hembras. ¿Como una gorila, o una avutarda? ¿En qué libro había leído que una u otra eran los especímenes más calientes del reino animal? ¿Era Ortega y Gasset quien hacía hincapié en el amor de las especies subhumanas? Míquel alargó la mano para apagar la lamparita vigilante y se volvió a dormir hasta las tres de la mañana, cuando Rafael llamó desesperadamente a la puerta de calle.

A Fernanda la alertó el golpeteo de su corazón. ¿Quién tocaba a esa hora y por qué?

—Voy a ver —respondió Míquel abrochándose el pantalón. Mientras bajaba los escalones a torpes zancadas, se abotonó la camisa. A través de la puerta preguntó quién era. Contestó Rafael con una voz que la angustia agudizaba súbitamente. "Abre por favor", repetía una y otra vez sin dejar de pulsar el timbre.

Fernanda oyó el ruido de los cerrojos. Aturdida buscó su ropa en la penumbra de la sala, se vistió. Escuchó los pasos de los dos hombres que subían con prisas la escalera.

—Asaltaron a Rafa —dijo Míquel al pasar frente a la sala—. Le abrieron la cabeza, ayúdame.

Entre el amodorramiento final del sueño, Fernanda veía como hipnotizada la maraña de risos rubios que Míquel se esforzaba en mantener lejos de las heridas. (¿Cómo era posible que Rafael tuviera tal cantidad de pelo?) La sangre fluía libremente por un par de bocas expuestas en el cuero cabelludo, alcanzaba el cuello del muchacho y había dejado ya largas manchas en la camisa.

—Agáchate —dijo Míquel inclinándole la cabeza dentro del lavabo—. Fernanda, tú sabes de primeros auxilios, ¿qué se hace en estos casos?

—Lavar la herida, comprimirla.

En torno de las heridas crecía la inflamación. Rafael se quejaba en rumores entrecortados. Temblaría, aunque Míquel no le hubiera arrebatado la camisa. ¿Lloraba?

Fernanda proveyó alcohol, algodón. Encontró una botella de vitamina K. La solución resultó ser ingerible; de cualquier manera la vertieron sobre las contusiones con la esperanza de frenar la hemorragia. Sirvió de poco, los cabellos próximos se apelmazaron. Para entonces, el joven de Mérida había rendido ya su versión de los hechos:

—Salí a esperar a Jacobo que se había ido a buscar fiesta. De repente le hace así. Va, y si el ambiente vale la pena, regresa por mí. Pero tardaba mucho y me empecé a preocupar. Sé que ir hasta la esquina no remedia nada, pero me ayuda a tranquilizar. Tenía unos minutos allí cuando se detuvo una combi, dos tipos horribles me dijeron súbele y les dije no, qué les pasa, yo vivo aquí. Me pidieron identificación, yo no llevaba nada. Quisieron meterme a la camioneta y yo no me dejé. Entonces uno sacó la pistola y me amenazó: "Quihúbole, te apuesto que ora sí se te acaba lo machito". Le repetí que no entraba, me pegó dos cachazos. El chofer y el otro le gritaron que me dejara, que estaba "limpio", que no traía ni para el pomo. Todavía me arrancó el reloj antes de irse (el de calculadora que me regaló Jacobo en mi cumpleaños). Les vi facha de judiciales.

—Vámonos al hospital —decidió Fernanda—. Le van a tener que coser las heridas.

—Mejor no. Si Jacobo regresa y no estoy en la casa, se va a preocupar mucho.

—Le dejamos una nota. No te puedes quedar así. Además, es necesario que te revisen para asegurarnos de que no tienes nada más.

—Pero me van a interrogar y si me descubren aliento alcohólico, no me van a creer. Jacobo y yo estuvimos bebiendo unas copas.

—Les dices que te asaltaron al salir de una fiesta —apuntó Míquel e hizo lo posible para vendar las heridas con la tela que le entregaba Fernanda.

—Tengo mucho frío, voy a la casa por un suéter y así le dejo el recado a Jacobo donde pueda verlo al llegar.

—Te acompaña Fernanda mientras yo enciendo el coche.

Se enjuagaron las manos. Fernanda vio cómo la sangre seca se diluía bajo el chorro del grifo. En el cesto de basura se habían acumulado algodones empapados en sangre que despedían un olor trastornante. Sintió asco y una súbita incomodidad en el estómago. Al empezar a bajar la escalera, Rafael tuvo un mareo, se aferró al barandal, dijo ah cabrón qué mal me siento, pero no lloró porque eso es cosa de viejas, m'hijito. Los hombres se madrean y aguantan mecha aunque lleven las tripas en la mano. Le hicieron oler alcohol, Míquel le dio golpecitos en las mejillas, bebió agua azucarada. Un poco más repuesto, Fernanda lo acompañó a su departamento. Una vez allí, redactó la nota para Jacobo y la pegó en el espejo. Le parecieron vagamente conocidos los rostros reflejados, no pudo discernir si soñaba o estaba despierta. *Valentino* empezó a maullar y Rafael recuperó su timbre de foca para hacerlo callar.

En el momento en que arrancaban el coche, otro se estacionó a unos metros de distancia. La carroza devolvía a Cenicienta al hogar, después de una noche de reventón y quién sabe cuántas libaciones. Los ojos de Jacobo eran dos vidrios

esmerilados, dos ópalos sin posibilidades de animación. Quizá no entendía las explicaciones de Fernanda y Míquel, pero pasó de un auto al otro y, encarado a Rafael, empezó a decir "mi amor, mi amor" con un tono irritante que tenía visos de actuación barata.

—¿Por qué saliste de la casa? —recriminó a su compañero—. ¡Te he pedido tánto que no lo hagas! Tú no entiendes cómo se manejan las cosas en esta ciudad. ¿Adónde te llevará tu ingenuidad, Rafita?

Fernanda y Míquel se miraron en silencio. La elocuencia de su mirada podría haber dejado fuera cualquier comentario posterior. Jacobo estaba tan lleno de vino como una barrica y su actitud se acercaba a lo grotesco —sobre todo cuando, impelido por los restos de su lucidez, pugnaba por aparentar que no estaba ebrio. Al hablar salpicaba saliva y confundía las palabras, se desesperó por ya no tener cigarrillos disponibles y empezó a sudar profusamente. Unas calles más adelante inició la crónica de un asalto increíble donde él había sido el protagonista y, por circunstancias milagrosas, había logrado salir ileso. Como sus desbarradas no parecían importunar a su pareja, Míquel y Fernanda se abstuvieron de intervenir. Enmedio de la congoja que le producía aquel suceso, Fernanda sintió que algo se le desmoronaba dentro.

—Jacobo Vendrell no es el único en este mundo que sigue una doble vida —dijo Míquel. Cerró los ardorosos ojos, pero tenía los nervios demasiado alterados para poder conciliar el sueño. Acarició lánguidamente las caderas de Fernanda.

—Ni siquiera conocía a los micos que le dieron aventón —se dolió ella—. La golpiza la merecía él, no Rafa.

—Y se comportó como una mariposa enloquecida mientras esperábamos que Rafael saliera del consultorio —agregó para consuelo de su mujer. Sus dedos toparon con la braga mínima de color amarillo Nápoles que le había quitado horas antes para redescubrir los recovecos submarinos de su sexo.

—Durante todo el tiempo fue el espectro de sí mismo —la oyó decir. ¿Cuántos siglos habían pasado desde que hicieron el amor en el sofá de la sala?—. Era intolerable su evasión a través de ese cuento policiaco. Si no hubiéramos estado nosotros, ¿quién habría ayudado a Rafa?

—Pero estuvimos, señora y, por fortuna, no hay nada grave que lamentar.

Los médicos habían sido amables con él, pero le preguntaron si tenía sida y lo ofendieron al atenderle las heridas con la doble protección de guantes quirúrgicos encimados. Lo devolvieron a sus amigos, al mundo de los asaltos impunes, con una tira de aspirinas en el bolsillo y una especie de red en la cabeza que descubría ostentosamente las orejas, antes apenas vislumbradas.

—Te amo —susurró Fernanda cubriendo el pecho de Míquel con besos pequeñitos— y no quiero que te suceda nada.

—También yo te amo —le respondió, y ambos procuraron dormirse cuando la obscuridad y el silencio no eran ya absolutos.

La angustia es una niebla viscosa que avanza sigilosamente y nos invade desde la planta de los pies. Cuando Fernanda pudo hablar, la angustia la había paralizado por lo menos hasta la cintura. En la versión para adultos de su juego infantil no había sombras amenazantes en los rincones del dormitorio, ni una presencia malévola debajo de la cama: había la posibilidad de la pérdida más desgarradora. Jadeó.

—Míquel, ¿y si en efecto Rafa tiene el virus del sida? Nadie puede asegurar lo contrario. Nosotros estuvimos en contacto con su sangre, y si tú o yo tenemos alguna escoriación en la piel... Tú fuiste a orinar antes de salir para el hospital, ¿te habías lavado las manos con jabón? ¡Dios mío! Estás casado con una pendeja, Míquel. Yo tenía toda la información respecto al sida... ¿De qué me sirvió haber escrito ese reportaje? ¿Cómo pude exponerte así?

—Cálmate. No va a pasarnos nada. Procura tranquilizarte —insistió, pero la gelatina helada de la angustia se apoderaba también de su cuerpo y lo sacudió como en los tiempos anteriores al psicoanálisis.

—Tenemos que hacer algo —dijo ella—. Nos metemos a la regadera y nos enjabonamos a conciencia: el virus se muere con el jabón.

—Y si no, ¿qué importa, Fernanda? Los dos contagiados, nos morimos y ya.

—¿Y tener que volver a buscarte de nuevo? —replicó ella con un llanto que por lo menos le serviría de desahogo.

La ducha los relajó, permitió que aún salieran lágrimas que se mezclaron con la autorrecriminación de Fernanda y las frases, más o menos sosegadoras, de su marido.

—Durmieron un rato antes que calentara el sol.

Mientras hacía el café para el desayuno, Fernanda escuchó correr el disco del teléfono y la voz grave, sólida, de Míquel llamando a su psicoanalista:

—¿Silvia? Buen día. Discúlpame que te hable a esta hora.

Anulados los contactos con el módulo terrestre, independiente al fin, *Isis* existía bajo el gobierno de la conciencia personificada en *Ocimum basilicum*. Plácidamente, como un pez de plata en el océano, se adentraba en el enigma del cosmos.

16

En el quicio de la puerta, Jacobo Vendrell era un oficial nazi con licencia. El perfume emanaba del mentón agresivamente rasurado, el humo del cigarrillo aumentaba el parapadeo de los ojos cuyos iris reflejaban el verde seco de la chaqueta de pana. En vano esperó Fernanda que golpeara entre sí los tacones de los botines, o que la deslumbrara al mostrarle su identificación como miembro de las S.S.

—Hola, Jacobo. ¿Me perdonas que no te atienda? Trato de descifrar un texto sobre las madrigueras de las ratas del desierto, que debo entregar hoy mismo.

—No te preocupes, sólo quiero hablar por teléfono.

Fernanda observó cómo las engañosas manchas verdes de los ojos se hundían en las ojeras cenicientas, ya imposibles de disimular.

—Tienes mal aspecto —dijo.

—Es que ando en friega, como calzón de puta. ¡Si te contara...! Traigo los nervios sostenidos con alfileres: estoy a punta de complejo B. Mi mamá malbarató la casa y puso un plazo de treinta días para desocuparla. El problema resultante es adónde se va a mudar. Precisamente voy a telefonear a los dueños de algunos departamentos en venta, y de aquí salgo como bólido para recoger a mi madre y lanzarnos a esa aventura...

—Te doy un cenicero y sigo trabajando —respondió ella. Tuvo una súbita imagen de la balsa de chinos a la que se habría incorporado la señora Vendrell con su sordera y el sombrero azul de *cowboy* que Jacobo lucía en aquella fotografía.

—Oye, puedo, ¿verdad? Es que los dos teléfonos de la calle están descompuestos y...

—Adelante. Si me necesitas, estoy arriba.

—No me tardo nada y te grito cuando me vaya.

—¿Cómo está Rafa? —preguntó Fernanda empezando a subir la escalera.

—Ya bien. El pelo casi le cubre las cicatrices, fíjate. Al rato no se acordará de nada.

Una sonrisa cortés para la sonrisa impactante del primer actor. (Los palitos de las madrigueras medían 7, 5 y 3.5 centímetros de longitud. Ocasionalmente, entre la argamasa se encontraban trozos de plástico y de algún envase comercial: la industria que invadía a la naturaleza.)

—Quizá lo peor de la neurosis es que no te deja ver: la niebla se espesa delante de tus ojos. ¿Te acuerdas aquella vez que, de novios, fuimos rumbo a Huauchinango? La niebla nos alcanzó en la carretera, se tragó el paisaje y los señalamientos. Entonces salimos del coche, nos tiramos en el pasto: hasta allí bajó la niebla para lamernos con una humedad sin peso que a ti te provocaba cierta ansiedad. (Dijiste la lengua de un animal sin cuerpo.) Nos besamos mientras duró la niebla, y era divertido pensar que, estando a unos pasos de la carretera, nadie podría mirarnos. La neurosis forma una niebla doblemente densa. Yo la padecí por años, no a tu estilo melancólico, ni al de Jacobo —terriblemente *camp*. Claro, el mío era quizás más primitivo, casi salvaje. Lo peor de todo es que la neurosis pone sus huevos dentro de ti y nunca sabes —de hecho es imposible saber— en qué momento estarán maduros, cuándo se romperán los cascarones. A la hora más inconveniente, la carcoma te puede empezar a importunar. Pero tampoco vale la pena estar siempre vigilantes: hay que lograr el equilibrio, ponerle al asunto el trazo vertical que decía Ouspensky. ¿Por qué no vas al psicoanálisis?

—Míquel, ¿es cierto que ustedes llevaron a Rafa a que lo compusieran? Le pegaron unos ladrones, ¿no? Igual que a

la bonita, esa pintora. ¿Verdad? Pero a los niños no les pasa nada, Jesús te cuida.

—De todas maneras, sé menos atrabancado, Frinka. Fíjate cuando salgas a la calle, no corras entre los coches.

—¿Sabes lo que dicen mi papo y mi tío? Que los güeros de arriba no tienen pilila y por eso viven juntos.

—Si tienen. Claro que sí.

—No te creo. ¿Tú los has visto?

—Ajá.

—Tómales fotos y me las enseñas.

—¿Tú papá qué hace, Frinka? ¿A qué se dedica?

—Es pastor. Los domingos vamos al templo con él, todos rezamos de rodillas. Si mi tío le pega cuando está borracho, él no se defiende, porque es de Dios.

—No te creo una palabra.

—Te lo juro, Míquel. Si quieres, vamos el domingo. Pero tienes que vestirte elegante, con corbata, igual que nosotros.

—Encontré a Sealtiel en la Zona Rosa. Anda con la guitarra debajo del brazo, cantando en los cafés y en los restaurantitos donde comen los oficinistas, ya sabes, ¿no? De pronto no lo reconocí: está medio flaco y lleva el pelo restirado, así, en una coleta, y la barba un tanto crecida —más allá de lo Miguel Bosé. El pantalón de mezclilla era el mismo, y estrenaba zapatotes de cuero amarillo con suela de siete leguas (te digo que anda peinando la Zona). Total, un *look* desquiciadísimo: a uno le resulta difícil creer que ése es Tiel. Pero te aplaca el desconcierto con la sonrisa de camello, el quihubo manito qué dicen los de allá, el balanceo musical de la cabeza. No me atreví a preguntarle si dejó la enseñanza o si nadamás es una de sus ondas eso de hacerle al músico callejero. Puede que ya se le esté pasando la mano con la mota, ¿no crees? Ni siquiera atinó a recomendarme una marquería para llevar el grabado de Ixtab que me dio Mar-

lina... Es que lo visualizo con una marialuisa de un color rabioso, muy colonial, que le haría un contraste tremendo. Ya no se acordaba dónde le trabajaban a la Flaca. Me dijo todas son lo mismo, hijo, ve a cualquiera. Luego me dio una palmadita en los cachetes y casi me suplicó: ponte abusado, cuídate mucho, no seas buey.

Algún día, en cierta página de un libro circunstancialmente misterioso, el doctor Maclovius había leído qué hacer para averiguar si uno está dormido o despierto. Pero no recordaba el sencillo procedimiento que podía arrojar luz sobre su confusión. Ni se esforzó en clarificarlo. Cerró los ojos un momento, quizá para mitigar la pesadez. Cuando los abrió, el paisaje al otro lado de la vidriera seguía siendo el mismo: un azul intenso que hospedaba tonos menores —posiblemente aliviados con blanco o amarillo— y que, diluido, acarrearía transparencias grandiosas, acuarelas singulares. La estabilidad del panorama, sin embargo, podía variar en segundos: el escenario gira y, en lugar de los azules, resplandece un jubiloso griterío de naranjas que bien pueden agruparse en formas aproximadamente circulares, lejanas, superpuestas, solitarias. Unos y otras, ¿eran imágenes oníricas o reales? (Desechó el pensamiento que se imponía sobre la naturaleza-la esencia-la carta de autenticidad de la realidad.)

Onésimo Maclovius se tendió en el diván anatómico, pulsó el botón que producía el tenue vaivén capaz de relajar los paquetes musculares sometidos a tensión. En esos instantes, la soledad que ocasionaba la situación de sus compañeros hibernantes era, más que una carencia, la oportunidad de incursionar por caminos interiores. La soledad en compañía. Ensimismarse sin dolor mientras *Ocimum basilicum* satisfacía los caprichos musicales del diletante más entusiasta, se iba convirtiendo en una práctica grata y purificadora. El único inconveniente era la falta de separación de los estados de conciencia, la innovadora percepción de su cuerpo como algo hasta cierto punto desconocido y prescindible en más de un sentido. Podría afirmar que, de pronto, cada órgano de su cuerpo se hacía sentir con impulso independiente y, luego, las diversas energías se unificaban para crear la ilusión de un organismo perfectamente equilibrado, que hubiera podido trascender las barreras del deterioro y la decrepitud.

Maclovius olió las yemas de sus dedos: indudablemente brotaba de él ese aroma forestal, ácido e intenso, que hasta hacía poco sólo era característico de *Ocimum*. Notó en su piel una textura que no podía ya identificar como la antigua textura que poseía en las primeras jornadas del Proyecto Osiris: intuyó que, si se hería, probablemente brotaría savia mezclada con hemoglobina, pero no tuvo el arrojo necesario para averiguarlo. Con un amplio suspiro que resumía su confianza en Quienquiera-que-fuese, aceptó el cambio.

Se entregó al sueño en una especie de acto precautorio, pues le parecía que habitaba su cuerpo ya sólo en el espacio guarecido tras la frente, y hubiera sido tan fácil salir sorpresivamente de ahí con el menor pretexto —un leve sacudimiento de *Isis* o el roce de alguna materia contra su costado—, que optó por encerrarse en el sueño hasta que llegara la hora definitiva.

Fernanda alzó la mirada para observar la punta de aquellos pinos colosales que todos los días libraban un combate desigual contra las inversiones térmicas y la nata de esmog. Algunos eran especialmente hermosos, sus ramas bajas casi rozaban el suelo, dejando al descubierto un breve tramo del tronco. Emanaban una sensación de serenidad que parecía estar más allá de cualquier plaga —incluidos los insectos. Otras coníferas escurrían resinas pegajosas y cargadas de esencias. Viendo hacia arriba, Fernanda pensó si en fecha

no muy lejana el humo negro se tragaría sin remedio las estrellas y la posible aparición de naves interestelares. Apretó la mano de Míquel. Le devolvió él la sonrisa, pero en su rostro prevalecieron las señales de cansancio: últimamente el trabajo se estaba volviendo excesivo y los espacios de descanso se acortaban. Sin fuerzas para trotar como otras veces, anduvieron a buen paso por el camino de arena ocre. "Siguiendo el sendero de ladrillos amarillos podrían llegar a la Ciudad de las Esmeraldas, donde...", evocó desganadamente Fernanda y besó la mejilla del Mago de Oz.

—Quiero ser tu amante hasta que nos caigamos de viejos —decidió, y volvió a besarlo.

El grito de la barda que recordaba a Manuel Buendía había sido sofocado con capas sucesivas de pintura blanca. Encima, la mano de obra barata había dejado el emblema del partido oficial con el eslogan: "Ciudadano, México cuenta con tu voto". Junto a la pareja pasó un grupo de niños grises y pequeños, cubiertos de tierra, que discutían entre ellos por algo incomprensible. Cada día eran más los niños-gallinas revolcados que deambulaban por la ciudad hacia ninguna parte, ejerciendo la mendicidad que habían mamado. "De noche, las marías se refugian en unos galerones donde pagan cualquier cosa por dormir. Pero los administradores ojetes las obligan a cojer con quien sea. Una prostitución organizada, Fernanda", le había contado alguna vez un amigo periodista. "Ellas no reciben nada a cambio, excepto el riesgo continuo del embarazo. Se dejan los niños o no saben cómo abortarlos y ésa es una razón poderosa de la sobrepoblación de desnutridos que suele conmover a los turistas extranjeros. Parece que da igual: en México mueren diariamente quinientos niños por falta de cuidados médicos. Y, como siempre, las autoridades cierran sus ojitos ante esta plaga aparentemente irreal".

La Puerta de Alcalá tenía abundante luz y música discreta detrás del mostrador. Allí estaba la infaltable colonia española divagándose frente a un damero o una partida de cartas —¡oh privilegios de la jubilación!—, algún intelectual despistado que lograba hundirse en la lectura de Conrad, de Kundera; Jacobo y Rafael haciendo durar la taza de exprés doble.

—Hoy, un café cuesta lo que, no hace muchos años, yo recibía como sueldo mensual —dijo Míquel entre bromas y veras—. No sé si bebérmelo o untármelo: debe ser un bálsamo prodigioso.

—Si las cosas no cambian (y, de hecho, no hay esperanzas de que cambien), me gustaría largarme de aquí con Rafa —avisó Jacobo con una mueca de fatalidad—. Es que nuestro país está punto menos que hipotecado como título de propiedad del "Turista Lalo", ¿no es cierto? Podríamos deslomarnos veinte horas diarias (ya nos deslomamos diez) y, de cualquier manera, no conseguiríamos salir del hoyo.

—¿Y a dónde se irían? ¿A Mérida?

—Estaría bueno, pero no —habló Rafael sin recoger la ironía de Fernanda—. Él quiere que a Estados Unidos. El esposo de una tía mía tiene en Los Ángeles una cadena de taquerías que lo han hecho millonario y, si nos da trabajo, podremos hacer muy buena lana.

—¿Trabajo de qué?

—De gerentes, creo— dijo Jacobo con ligereza—. Mira, de estar jodidos aquí a estar jodidos en Los Ángeles, yo prefiero L. A. Cuando menos recibes dólares.

—Y malos tratos —saltó la liebre de Fernanda para aguar la fiesta—. Te mudas a una nación de payasos que persigue todo lo que tenga olor latino y, como añadido, a los homosexuales que puedan regresarles el sida.

—No hay problema, linda: nos pintamos el pelo de rubio muy clarito y hablamos exclusivamente en inglés. Si nuestro acento les parece raro, decimos que venimos de una población equis (aquí un nombre que no aparezca en el mapa), y ya. El caso es proyectar buena vibra, saber sostener un *savoir faire*, ser chic, pues. En cuanto al sida, podemos elegir dos opciones: someternos aquí al examen correspondien-

te y llevarnos en la bolsa el certificado de estar limpios, o aceptar que ellos nos apliquen las pruebas que les dé la gana. Para el caso, da igual: Rafa y yo no tenemos nada que temer al respecto.

Míquel miró a su mujer, ambos sonrieron. El fotógrafo pidió crema a la mesera pseudolésbica que se acercaba.

—¿No te horroriza pensar que los gringos te traten como ganado de importación? —insistió Fernanda.

—Es que no lo pienso, mi amor —respondió Vendrell someramente fastidiado—. Ése es tu pecado, no el mío. Tu karma, tu bronca. Alguien debería ponerte sobre aviso de las graves consecuencias de pensar en exceso. Míquel, tal vez a ti te escuche.

—Yo me rindo. El único consuelo que me queda es que, enmedio de todo, también piensa en mí.

—¡Pero cómo voy a decir que nací en un poblacho gringo desconocido, inventando! —estalló de pronto Rafael tirándose los cabellos que un día, bajo el peso de las circunstancias, se podrían volver rubios platinos—. ¡Cómo no voy a decir que soy de Mérida! No, Jacobo —se rebeló—. Yo no puedo llegar a tanto.

—Muy bien. Vamos a considerar el asunto con calma, buscar otras estrategias, lo que haga falta. Pero no intentemos parar el tren a cuerpo limpio. Estamos de sálvese quien pueda. Que el país se hunda con los crédulos que deseen quedarse.

—¿Eso es una esperanza o una maldición?

—Míquel, no podemos cruzar los brazos mientras al país se lo lleva la chingada.

—Pues no, pero el plan de saltar la frontera para cantar "Mil gracias, Miami" por las calles de USA, es una salida poco afortunada, mi querido Jacobo.

El nazi buscó apoyo en Rafael, quien se evadió bajando la mirada:

—Yo digo que vayamos de vacaciones a la casa de mi tío y nos regresemos luego. Allá la gente es muy mala: los enemigos de mi tío le marcaron la cara a cuchilladas, tuvieron que hacerle cirugía plástica. Hoy no sale ni a la puerta, si no lo acompañan sus guaruras.

—El día que ya no sea posible salir de México, simplemente porque el dinero no alcance para adquirir el pasaporte, vamos a recordar esta plática —profetizó el que con su voz predecía las desgracias.

—Creo que ahora mismo ya no podemos pagar el pasaporte —comentó Fernanda. El disgusto de Jacobo pareció aliviarse con un suspiro enorme. Durante unos minutos, el silencio pesó sobre la mesa.

17

Personajes de Rafael Coronel arracimados —presuntamente en torno de cigarrillos de mariguana, a juzgar por el olor—, bloqueaban la entrada de la galería coyoacanense donde se inauguraba la exposición retrospectiva de Marlina la Flaca, extrañada, consentida, pintora malograda.

Míquel y Fernanda se abrieron paso. Dos o tres caras conocidas les dijeron quihubo qué tal. Un judas gigantesco —mujer de color violeta, cornuda, embarazada de una niña que reía dentro del vientre—, cerraba el pasillo de acceso a la primera sala. Allí, una mampara unía el nombre de la artista y de la muestra con una fotografía de Marlina que también consagraba a Míquel como artista.

El sonido ambiental difundía *Brasil* en la interpretación de la Gran Banda y la gente esbozaba algún paso de baile enmedio de los apretujones. Como abejas al panal, los invitados se acercaban a la mesa de las bebidas. El coctel de tequila servido en jarros, producía las reacciones esperadas. De un lado para otro, Sealtiel cantaba "Brasil, Brasil" y estrechaba las manos amigas con sus manos de largas uñas.

—Armando está en la otra sala, creo. También vino Leticia. Lucinda pasó un ratito, ya sabes que ella es muy cortada. . . no, tímida. Y parece que Katia va a escribir algo para su crónica semanal. Gracias por acompañarnos, manito.

Dos manos masculinas, emergidas de un traje formal, una de ellas con anillo universitario, cautivaban a los hijos de Marlina. Un rato antes, los niños habían logrado hacerse de una porción de coctel y era ya inevitable que rieran de todo y a todos. Su padre se esmeraba en mostrar a la sociedad la cara óptima de la vida de la pintora. Los representantes de su círculo —menores en número a los amigos de Marlina— le hacían el juego y se mostraban interesados por algunas de las obras.

De las paredes colgaban personajes amarillos y grises con ojitos de ratón, bicicletas con los rayos estrellados, venados que eran manojos de yerbas, buhos como personas, zoologías fantásticas para las montañas que recordaban pechos; grifos abiertos, cazuelas vacías o rebosantes de mazorcas frescas, paisajes inventados, formas inciertas. Junto a una puerta de la galería, la edición respetable de Marlina a los cuarenta años: los mismos ojos y, en los labios, una sensualidad marchita a fuerza de reprimirla.

—Me informan que usted hizo la fotografía de mi hija. ¿Cómo podría obtener una copia?

De la primera sala a la segunda y la tercera, deambulaban lentamente los cuates: melenudos y zarrapastrosos de olores agrios; *gays* en ambas vertientes; lesbianas de mirar decidido y chavos que confiaban en parecer modelos; poetas, periodistas, mirones; niños bien, acarreados de un amigo con apertura emocional.

—No hubo inauguración en forma. La dueña de la galería dijo pásenle, y ya. Como que así hubiera sido si la Flaca estuviera aquí, ¿no? Nada de rollos.

—Lo que se venda es para formarles un fideicomiso a los hijos de Marlina.

—¿Ves aquel galán cuadradito, el del saco brilloso? No es actor, es el hijo del Rey de la Muleta, tú. Un torero que a mis jefes les fascinaba. Este buey no la hace en la fiesta brava y a lo mejor por eso se anda colando entre nosotros. Al rato va a inventar que también es escultor o muralista. A la legua se le nota lo *gay*, ¿verdad? Creí que andaba con Olmo, pero la regué, para variar: el Olmiux no tiene tan malos gustos.

—¿Tú eres Fernanda? Soy Irene, amiga de África, la que le despertó el gusto por la literatura. Por mí ha leído a Arreola y a la Poniatowska. ¿Nunca te habló de mí? ¡Ah, la muy ingrata! Llegó hace rato y la oí preguntar por ti. Está en el jardincito de atrás, supongo. No se vayan pronto: allí van a representar un minidrama basado en poemas de Cavafis.

El jardín era un hueco de aire fresco, la plática de unos grillos escondidos, una fuente sin surtidor, el foro de madera abierto al cielo, la presencia de un director de escena argentino, medio calvo y silencioso, que daba instrucciones a la pareja de actores. África sobresalía por su estatura ("Tengo un ate de Morelia para ti. No, todavía está comible: un día de éstos te lo llevo".) y Beatriz por los disparos de su risa opaca y corta. Vestía de color bugambilia, remojaba los labios en el jarro de tequila e inspeccionaba los alrededores con la mirada. Ante un hallazgo agradable, saludaba con frases o guiños.

—Está en su ambiente —declaró África—. La señorita vive a media cuadra de aquí y se cree intelectual por ser coyoacana. Muchos pendejos le están dando la enhorabuena porque a lo mejor será la "primera sobrina" del país. A mí no me da gusto: ahora que su tío es presidenciable, la niña está que no se aguanta sola. Cuando nos fuimos a Morelia, sus niveles de antipatía bajaron y durante una temporada estuvo medianamente soportable. ¿Qué remedio? —dijo encogiéndose de hombros—. Yo he hecho toritos y fiestas reales para salvar la relación, pero creo que ahora sí se la llevó la chingada. ¿Qué, Míquel? ¿Tupiéndole duro a la foto? —preguntó dando un giro a la plática con una expresión afable que el alcohol había reblandecido más allá de lo habitual—. ¿Has visto cuántas viejas preciosas? ¡Chingado! Por lo menos cuatro han tenido sus queveres conmigo. Unas con credencial y otras sin ella, todas han metido su solicitud para el apapacho. ¿Qué crees, Míquel? A veces me cuesta trabajo entender cómo carajos te puedes conformar con una. Luego me acuerdo quién es la una y me lo explico perfectamente.

—No me gusta el tequila, gracias —dijo el fotógrafo a la mujer que le tendía la bandeja—. ¿No habrá una cuba? —pidió aflojándose el cuello de la camisa. A unos metros de él vio a Fernanda que conversaba con el director argentino. Se sentía incómodo por la desfachatez con que África se re-

fería a su mujer, pero no quiso replicarle nada por no parecer un macho celoso, ni un esposo puritano.

—A ver si te la consigo —dijo la muchacha de la bandeja, y añadió: —¿Cuándo me tomas una foto como la de Marlina?

—Nos ponemos de acuerdo, cómo no.

—La dueña del changarro quiere hablar contigo, le interesa que expongas aquí. Tú traes tus fotos y ella se encarga de lo demás. Ya sabes cuál es el porcentaje de la casa, ¿verdad? Creo que piensa lanzarte a la fama.

—¿Ah sí? ¿Y tú quién eres?

—Su hija, por eso atiendo a los invitados. La quieres con hielo, ¿no es cierto? No te vayas sin hablar con mi madre, te conviene.

A fuerza de sonrisas, Jacobo y Rafael se hacían sitio entre el oleaje humano.

—Oye, rubio, ¿tú por dónde entraste al *downtown* de Coyohuacan? ¿Te fijaste en la iglesia de Panzacola? Una chiquita que parece casa de muñecas, cartoncito de nacimiento, hijo, no seas ignorante. ¿No te horrorizó constatar que algún bruto genial la mandó pintar de mamey con leche? El presupuesto ha de haber estado amplísimo, porque los albañiles se fueron tendidos sobre la piedra y también la vistieron de anaranjadito. ¿Lo notaste? ¡Qué asco! Propongo que nos adelantemos a los cuates que defienden los monumentos coloniales y firmemos todos una carta de protesta.

—Rafa y yo te firmamos lo que sea, cómo no.

Detrás de una sonrisa caben muchas cosas. Tal clase de sabiduría había aprendido el muchacho del sureste al lado de Vendrell, y las iba prodigando esa noche aunque de pronto no obtuviera correspondencia.

—Sí, yo soy el hermano de Julieta Leyva. (Él es Rafa.) Hombre, muchas gracias, lo que sucede es que hago ejercicio y no me desvelo. *Okay*, a ver si nos reunimos un sábado, ¿no?

Por estar demasiado ocupados en su arreglo personal, no habían llegado a la galería con Fernanda y Míquel. La tardanza se justificaba en la impecabilidad de su arreglo: ambos vestían combinaciones en crema y marrón, llevaban botas lustradas hasta el reflejo, vaporizaban aceite de sándalo, portaban peinados de perfecto acomodo.

—Oye, Rafa, tú que ves mejor que yo: ¿no era Rudecinda esa que titubeaba enfrente de la galería. . . ?

—¿Dónde?

—Al otro lado de la calle, Rafita, junto al restorán.

—No me fijé.

—Podría jurar que era ella. La pobre no se anima a entrar porque se imagina que dentro hay pura gente *nice* y quién sabe, a lo peor alquien le hace el feo. ¡Padecemos tal carencia de calidad humana! Se me ocurre una cosa: ¿por qué no te asomas y, si está allí, la traes?

—¿Yo? —se horririzó con un grito que el murmullo de la masa absorbió inmediatamente—. No entiendo por qué tengo que balconear a Rudecinda en esta reunión. Si te preocupa, sal tú por ella —decidió, y la sonrisa se esfumó de sus labios durante un rato.

—¡Ay, qué pesado!

A los pocos minutos, la Mujer de las Yerbas acompañada de Olmo arrastró por la sala los diversos perfumes de sus cosechas, en cuyo fondo se alebrestaba el olor bárbaro de los gatos. Llevaba un sombrero blando de fieltro que le sombreaba parte de la cara, el gabán que eran dos alas grises llenas de bolsillos, zapatos con alta suela de goma. En la solapa lucía un ramito de flores artificiales y, en el rostro, una sonrisa de miope que podía tocarle a cualquiera. Al lado del modelo, Bette Davis observó el retrato de Antinoo que adquiriría, antes de que terminara la velada, un hombre de negocios y promotor de artistas chileno, radicado en Cuernavaca. Frente al lienzo, Rudecinda murmuró: "Ella te conocía bastante bien", después recorrió la galería por cuenta propia y se esfumó sin que nadie lo advirtiera.

—¿Así que lograste un injerto de violeta africana a nivel doméstico? ¿Y qué salió? —preguntaba a Fernanda un tipo de bigote, vestido con un impresionante terno príncipe de Gales—. Mira, por algunos meses yo sostuve una tienda de violetas aquí, en la Villa de Coyoacán, tenía un pequeño invernadero y zona de recuperación: me llevaban los ejemplares enfermitos y en cuestión de semanas los devolvía nuevos. Cerré el negocio por motivos de hastío, tú sabes: de repente se colma la medida, te saturas de algo y se te hace indispensable dar a tu actividad un giro de ciento ochenta grados, ¿no es cierto? Sin embargo, no me he desprendido de las violetas. Tengo en casa una variedad rarísima: es verde limón con —a veces— un filito rosa obscuro. Sí, está de colección. Si te interesa, llámame y te la muestro. ¿Anotas el teléfono?

En algún momento, la marea volvió a reunir a Fernanda con Míquel. Jugaron a abrazarse y besarse efusivamente, como si vivieran un encuentro sorpresivo después de largo tiempo de separación. Terminaron riendo divertidos. Hicieron después algún comentario acerrca del espectáculo multidisciplinario que los envolvía. La exposición era ya sólo un pretexto. Las caras y los trapos quedaban en primer término. Vieron a Beatriz titubear inicialmente cuando Olmo la abordó e insistió en que le concediera unos minutos. Oyeron el diálogo que Olmo, entre los primeros efluvios del alcohol, no quería posponer.

—Te he estado buscando mucho —rezongó—. Si se tratara de algo trivial, realmente no me importaría dejarlo para mañana. Total, te lo digo y ya.

Beatriz logró dominar su desagrado sin que su esfuerzo fuera notable, consiguió mantener la sonrisa mientras golpeaba con las uñas de mandarín chino el jarro de bebida.

—¿Sabes cómo ha transcurrido el asunto legal de la muerte de Marlina?

—¡Uy, qué mal gusto, Olmito! Estás fuera de tono, mi rey. Aquí estamos celebrando la supervivencia de la chava a través de su obra. El velorio ya pasó, mi vida.

—¿Sabes o no? —insistió el muchacho haciendo caso omiso del disgusto de Beatriz.

—Pues no, yo estuve fuera de la ciudad más contaminada del globo. He andado, de verdad, muy ocupada. De hecho, la historia ya se había borrado de mi panorama. Y, ahora, como que las últimas noticias recibidas me reclaman toda la materia gris. Seguro tú sí sabes lo de *my uncle*, ¿no?

—La policía ha interrogado a algunas personas. Yo pienso que tú podrías ayudar a la investigación, no sólo por una posible influencia política, chata, sino porque tú estabas en el tianguis el día que se chingaron a Marlina. Te vi de lejos pero muy claramente: estabas justo en el ángulo de visión de Marlina, creo que ella también te debió haber visto. ¿Lo recuerdas? Mira, el punto clave no es qué andabas haciendo allá, tú sabrás —atajó con acento de impaciencia—. Lo que quiero pedirte es que vayas a declarar. Supongo que será una diligencia confidencial y no demasiado engorrosa.

La risa de Beatriz campanilleó bajo un nuevo impulso de asombro y enojo.

—Para tu carro, nene —dijo con aire de suficiencia, apoyando una mano en el hombro del muchacho—. ¿Quieres jugar a los detectives o qué? Hagas lo que hagas, Marlina seguirá estando *out* y, además, creo que no hay dudas acerca del accidente que le costó la vida. Muy bien: un cabrón irresponsable con una bomba molotov en la mano... Pero eso se tiene que manejar a otros niveles, tesoro. (Estoy segura de que, si mi tío es el próximo Presidente de la República, lo arregla en dos patadas.) ¿De qué sirve curarle el brazo a la histérica? Las bandas son un fenómeno social muy grueso que no se va a eliminar con el pinche testimonio de nadie, ¿entiendes? Mira, chamaco —detuvo con un gesto la inmediata objeción de Olmo—, tú eres un tipo muy cuero. Voltea discretamente y fíjate cómo te paladea ese tipo canoso, alto, de aire europeo. Lo conozco, tiene casi todos los billetes del mundo, papá, y es obvio que le gustas. Entonces, cuida tu lindo pellejo y piensa en tu carrera, en tu porvenir. Dime si te presento con Carlos, sería más elegante que esperar a que te aborde. Es un hombre muy refinado y de vuelos estratosféricos. Mínimo, te lleva con él a Egipto.

—No me has respondido si vas a declarar —insistió quitándose la chaqueta. El sudor empezaba a manchar la impecable camisa color hueso.

—¿No? Oye, ¿qué tú no entiendes español? Me parece que he sido muy clara. El asunto que te interesa está archivado para mí. Ni modo, Olmiux —intentó ser amigable—, cada quien tiene su punto de vista.

—Considéralo un favor personal.

—¡Uy! Con favores de esa clase te arruinas, mi vida. Si estás tan perturbado, ¿por qué no corres a la delegación y les tiras el rollo que te dé la gana?

—No serviría de nada, pendeja —masticó el muchacho—. Con la homofobia que el sida ha desatado en el país, los pinches policías no me van a hacer caso. O me apañan, que sería peor.

—Estamos de acuerdo, pues —rio triunfalmente Beatriz—. Olmo, yo te quiero mucho —dijo y lo besó en ambas mejillas—. Emborráchate a gusto. Luego te vas a tu casa y duermes doce horas seguidas. O te vas con quien se te antoje y no duermes. Sea como sea, mañana verás el horizonte de manera diferente.

El muchacho iba a replicar, pero Carlos llegaba en ese momento junto a ellos, saludaba afectuosamente a Beatriz y, del modo más exquisito, imponía que lo presentara con Olmo.

Minutos después, la administradora de la galería solicitó a los invitados que pasaran al jardín donde todo estaba a punto para la puesta en escena de Cavafis.

—Tengo hambre —susurró Fernanda al oído de Míquel.

—Te invito a mi departamento —respondió él en el mismo tono—. Soy un tipo codiciable y sin compromisos. Además, sé preparar tortas de queso.

—Anda, vámonos —dijo ella, y se escabulleron cuando las salas de la exposición estaban desiertas y la fotografía de Marlina era un objeto extraño rescatado de una época remota, tal vez inventada por una mente fantasiosa.

18

El cuerpo yace en el piso, marcando con su peso la alfombra color nieve de vainilla que cubre de pared a pared la única habitación, ingeniosamente convertida en un departamento mínimo, digno de figurar en una revista de decoración.

(Escribe mejor: el cadáver yace en el piso, y deja fuera la alfombra que no importa, aunque sí. De algún modo insinúa que la muerte sorprendió al muchacho cuando probablemente intentaba abrir la puerta y salir con la vana esperanza de escapar a su destino. Pero muchos saben que la muerte aguarda en el camino de Damasco y que nadie llega con retraso a la cita. Si quieres, pon que el hecho de morir es ceder finalmente al beso helado de unos labios que nos han atraído-repelido durante toda la vida. Que de niños jugábamos a la guerra, a estar muertos, a desaparecer, como sucesivas aproximaciones al misterio —al secreto mejor guardado en la historia de la humanidad. Piensa que, paradójicamente, el doctor Maclovius rejuvenece mientras el cadáver marca su huella en la alfombra nueva, porque el amor le inyecta vida y los jugos de *Ocimum* acaso le inoculen la inmortalidad. Filosofa que todos somos ya inmortales, pero sería tan bueno no tener que cruzar ese umbral para constatarlo.

Di que el cadáver es el de Olmo. Cuenta que en el último arresto de vida consiguió asirse al grabado de Ixtab que adornaba un muro de su casa y que la diosa maya, capturada en la marialuisa de color estridente, se halla a un lado del cuerpo. Después no escribas nada más. Apaga la luz y deja de pensar. Bórrate. Ignórate. Esfúmate. No dejes que lo haga por ti la impotencia.)

19

Los gatos de Rudecinda andan desbalagados por la calle: un monolito de largos pelos negros y ojos que fosforescen a la luz del día, parece montar guardia a la puerta de la casa, mientras su ama permanece sentada en el tramo de escalera que lleva al apartamento de Jacobo.

A los ojos de la mujer se ha metido mucha tristeza y tardará largo tiempo en brotar, en irse, en volverse otra cosa —tal vez nostalgias, o recuerdos.

—¿Le sucede algo, doña Rude? —preguntó el nazi dulcificando la voz hasta hacerla envolvente. Se inclinó sobre el escalón para recoger las palabras de la vieja:

—Nada, güero, ¿qué crees? Lo que pasa es que me imaginé que no iba a llegar con bien a mi cuarto. ¿Cómo sabemos que la muerte no se quedó pertrechada por aquí después que se llevó a Olmo? Luego pensé que, como quiera, tan taruga no es: se ha levantado a los más bonitos de la casa, ¿verdad? Entonces, a mí no me ha de tener en cuenta. ¿A ti no te ocurre que te imaginas cosas —sucedidos, pues— y te quedas tieso de puro miedo, sin atreverte a dar un paso? Como ya estaba en ésas, me senté a fumar un cigarro. Y trataba de acordarme cómo se llaman los que le empujan la mano a la muerte para que se jale a las almas antes de tiempo. ¡No, asesinos no, muchacho! Eso lo sabe hasta el más guaje. Hay otro nombre, y a ésos yo puedo verlos de repente, cuando estoy sola en mi lugar y le pregunto a la yerba o a la chispa azul que tenemos enmedio de los ojos. Los veo y ya no se me pierden, para seguirles los pasos dondequiera que vayan a esconderse. Acompáñame y nos echamos otro.

Los encendieron. Fumaron un momento en silencio. Jacobo veía hacia ninguna parte,como hermanado con la ausencia de Rudecinda.

—Ustedes, cuídense —masculló la que traía consigo todos los olores del campo, sin dar importancia a la ceniza que caía sobre su falda como una lluvia insólita—. Quién sabe a dónde pueden llevarnos los torbellinos. —Jacobo afirmó con la cabeza. La expresión de seriedad de su rostro no aparecía desde la época de su primaria en el colegio alemán. —Nada más he seguido piense y piense. . . —dijo la mujer después de otra pausa—. ¿Ya te conté que fui yo la que encontró al muchacho? Como su cuarto está cerca del mío, de repente lo iba a buscar para invitarle un toque. No de cualquier mota callejera, sino de una especial, bien cuidadita por mí. Eso fue darle a la puerta y llamarlo sin que respondiera. Pero la luz estaba prendida y él debía estar adentro. Por fin abrí con la llave que me había dado por si alguna vez olvidaba la suya. . . Ya era muy tarde, güero —dijo con voz dolida—. Estaba tibio pero se iba enfriando con ese frío al revés, que es el definitivo: te empieza en la pulpa de los huesos y cuando te llega a la piel ya no hay nada que hacer. El alma se le había fugado. Uno debería ser tan listo como para dejar libre el alma sin que el cuerpo sufriera, ¿no crees? Darle hilo como a un papalote y luego jalárselo para que regresara y, así, todos tan contentos.

Jacobo esbozó una sonrisa.

—He pasado estos días sumida en la pesadumbre, ¿sabes?, tal cual que si me faltara un cacho de algo. Ya no es coraje, ni ansia de desquitarse. Nada más una baba muy finita de tristeza que todo el tiempo, de día y de noche, me escurre desde los ojos hasta los pies. De escuincla tuve un niño que se me salió de la matriz como un pescado, sin que me diera cuenta. Fue una madrugada: soñé que yo era una sandía que se quebraba y empezaba a chorrear su dulce. . . El niño era tan chiquito que se murió como un pollo. Y a mí esa murria ya nunca se me quitó, porque sabía que ya no era posible tener otro como ése, que el hombre que me lo hizo, sólo Dios dónde andaría.

Jacobo miró a Rudecinda, pero ella monologaba sin te-

nerlo presente. Pasaron unos minutos. Entonces la mujer recordó al nazi que fumaba junto a ella y le dijo:

—Los jóvenes no oyen consejos. ¿Verdad, güero? A la pintora le previne ándate con cuidado, mujercita, mira bien para todos lados... y ya viste, no me hizo caso. ¿A Olmo no le dije también que no le buscara tres pies al gato? Ora te lo recomiendo a ti (y díselo al otro): no sean zopencos.

El doctor Caligari bajó a la tierra —consideró si en la relación de los bellos habitantes de la casa él ocuparía el tercer lugar—, frunció el entrecejo e intentó desentrañar el rostro de la vieja. Se miraron. La pausa era un preámbulo a la confesión de los secretos, pero Rudecinda no sabía o no quería. Jacobo admiró la cara de noble batracio trasnochado. La gran boca carnosa le sonrió, los ojos brillaron con un principio de llanto.

—No se preocupe, doña Rude. Ya verá que las cosas van a marchar bien de ahora en adelante.

—Quihubo —sonó a sus espaldas la voz de Emilio. Ambos se volvieron para devolver el saludo. La Mujer de los Gatos se levantó con cierta pesadez. Como si la hubieran visto, sus acólitos empezaron a entrar a la casa, subieron la escalera con pasos cadenciosos, buscaron el roce de las enaguas.

—¿Todavía tiene tu abuela las cosas del muchacho? —le preguntó a Emilio con una mirada penetrante.

—Pues sí. Había que vaciar el departamentito para rentarlo —justificó de cara a Jacobo—. Pero prendieron una veladora toda una noche, creo que para ahuyentar a los espíritus. Ahí están las cajas por si alguien las llega a reclamar.

—Tengo verde, buena, de la mía —replicó Rudecinda sin quitarle la vista de encima, como si quisiera hipnotizarlo. El adolescente enrojeció hasta la raíz del cabello—. Te voy a dar tu dotación para que fumes: te la cambio por el grabado de la diosa que estaba junto al difunto. Ya sabes cómo hacerle, al cabo no es la primera vez que le robas algo a Josefina —concluyó con un aire de dignidad que le enderezó

la espalda—. Tú eres testigo de que yo se lo pedí —se dirigió a Jacobo—, nomás para que se te olvide y no lo cuentes a nadie. Si alguien se entera, te mueres, güero —rio Rudecinda—. A ver si sabes guardar un secreto.

—A la noche la voy a buscar, doña Rude —dijo Emilio, seguro de haber acordado un buen negocio, y se fue a la calle con el nazi mientras la vieja subía la escalera con su corte de felinos.

—¿Qué onda? ¿No te había dicho lo de la mariguana...?

—Efectivamente —respondió Jacobo con un punto de impaciencia—. Pero te recomiendo que la fumes en dosis homeopáticas. Por algo se empieza, Emilio. De la mota puedes dar el salto a drogas más fuertes y acabar como Olmo, para citar el ejemplo más reciente.

—Dijeron que fue un pasón de droga, ¿verdad? Pero ¿tú qué crees? ¿Se le fue la mano o descubrió que tenía sida y se suicidó? Esa noche había ido a una fiesta. ¿Te imaginas que allí se encontró a un pinche maricón cobarde y le confesó tengo sida, hijo, ya nos jodimos los dos? ¿Sería el ruco elegante que lo visitaba hace poco?

—Lo que estás diciendo es pura carroña, Emilio. ¿A ti qué te importa? —atajó un Jacobo súbitamente empalidecido—. Para mí, Olmo murió por un lamentable accidente, un error de cálculo, pues. Y propongo que dejemos la historia en paz. Siento que el estómago me flota de tánto oír hablar de eso. Hay que vivir aquí y ahora, no podemos enmendar el pasado.

—Sí, pero ya es el segundo accidente que tiene relación con la casa, y mi abuelita está muy molesta: se le nota en la cara. Te contesta que no a todo y una noche se despertó gritando que habían entrado unos pelados a robarle sus dólares. Nada, fue una pesadilla. Qué suerte que mi tío tenga puesto en el gobierno, sólo por eso la policía le echó tierra al asunto de Olmo. Hubieran hecho preguntas a todo mundo y hubieran juntado una buena lana de puras mordidas. Oye, la que sí les aflojó fue la directora del "Dallas". Tenía

mucho miedo de que la academia perdiera prestigio. Parece que logró contener el rumor, y como este chavo se mató en fin de semana... A propósito de la academia, déjame que te cuente esto, nc te lo puedes perder: ¿ya sabes que el cuarto de don Lupe es el de la torrecita aquella que antes, dice mi abuela, era oratorio o no sé qué madres?

—¿Y?

—Pues que la otra noche, Benji vio a don Lupe y a Ernestina abrazándose como muy calientes, fíjate. Sí, los vio claramente, con los gemelos de su papá que aguantan un resto, hijo. Luego apagaron la luz y ya quién sabe nada.

—Cada vez me flota más el estómago —contestó Jacobo malhumorado y pasó la mano por el cabello de Emilio, con un ademán entre afectuoso y compasivo.

La sombra que proyectaba Rudecinda desde la azotea de la casa, los cubrió de momento. El nazi levantó la cabeza y se encontró con la silueta a contraluz.

—Iba a la tienda por cigarros, a la farmacia por aspirinas y complejo B. Ahora también compraré bicarbonato. ¿Me acompañas? —sugirió, y echaron a andar hablando de los últimos éxitos del rock en español.

20

El agua parloteaba en el piso del balcón, sobre las plantas que iba doblegando en su caída, contra los vidrios de la puerta. Eran las primeras horas del día y llovía copiosamente cuando el sol debiera estar entibiando la atmósfera, llenando de luz las habitaciones de la casa, el patio vecino, las aulas de la academia.

El reloj traqueteaba su ritmo metálico y burdo. La madera del piso y los muebles emitía a intervalos breves crujidos. La respiración de Míquel era regular y apacible: Fernanda la sentía ir y venir sobre su cara. En segundos adquirió la conciencia de que el tiempo avanzaba hacia el estruendo del despertador, tener que abrir los ojos y levantarse para emprender con actitud heroica (estoica, mecánica, sumisa) la rutina de todos los días. Le dolía despertar, recobrar el uso de la razón, la idea de su propio ser aletargado, el ser que le había tocado en suerte mover por el mundo, sin recordar su lugar de origen ni entender adónde se dirigía. El único consuelo posible era que Míquel sería siempre su compañero en esa romería misteriosa y multitudinaria. Unos instantes más tarde se le ahuecó el plexo solar: tuvo la sensación de ser una estatuilla de barro —hueca pero con un montón de neuronas funcionando atropelladamente dentro de la cabeza— y de que el miedo actuaba como un superconductor entre neuronas, sometiéndolas a un desgaste excesivo. El pecho se le estrechaba sobre la ansiedad que podría, si creciera, consumir toda su energía, sus defensas, las fantasías y las esperanzas. Deseó volver a los ámbitos del sueño y establecerse allí indefinidamente, con el calor bienhechor de Míquel a su lado y la posibilidad de oír su voz y recibir de él la sonrisa o la mirada (ambas cosas) suficientes para restablecerle la calma y asegurarle que la pesadilla se había evaporado.

Sin embargo, Fernanda no creía que la creciente ansiedad fuera resultado de un mal sueño, tampoco del clima lluvioso y gris que quizá duraría toda la jornada. Provenía de otra fuente, de un temor visceral hacia la muerte. Hacia la muerte en sí misma o disfrazada de un sinnúmero de calamidades. Ya no la de Marlina y Olmo, sino la de Míquel y la suya propia (se habían prometido marcharse juntos), la de la alegría y el bienestar. A medida que la hora avanzaba y los ruidos habituales del exterior iban rompiendo el silencio, la opresión en el pecho se fue volviendo, cada vez más, una masa repugnante y pegajosa que buscaba alimentarse a costa suya. Era, pensó, la experiencia inmediata al momento en que los seres humanos, sin poder soportar más la vida, se ofrecían en holocausto a Ixtab. Lo curioso era que Fernanda deseaba vivir, disfrutar cada minuto de la existencia junto a Míquel, para contar con la garantía de que las fuerzas adversas (las legiones demoniacas de la doctrina cristiana) no atentarían contra su dicha. Luego recordó que los demonios habitan dentro de nosotros y que quizá sólo la misma muerte consigue exterminarlos en definitiva. "Debería haber otras maneras de librarse de la vida, otras vías que no tengan relación con la muerte, la separación, el caos", pensó, y un golpe de llanto le asomó a los ojos.

Sintió un escalofrío, se arropó con las sábanas y descubrió que estaba desnuda. Vagamente recordó que la noche anterior habían hecho el amor con una especie de prisa, de violencia contenida, que se acercaban a la angustia. Recordó su afán de halagar a Míquel para después lastimarlo y abrazársele frenéticamente con la necesidad de sentir el grado de dolor que sirviera para darle la certeza de estar viva, de ser joven y poder fornicar y amar y crear para el amado esa cauda de felicidad que accede a las estancias de los dioses. Recordó el forcejeo y el silencio. El calor y el sudor, la dificultad para alcanzar el clímax, y el silencio. El estupor, el hastío porque el sexo fuera sólo aquel estallido del cuerpo transportado, la alegría de que pudiera ser tánto, la

extrañeza. Recobró la imagen de Míquel tranquilizándola, pidiéndole que dejara de luchar y se abrazara a él para dormirse a un tiempo. Anheló hasta la autocompasión la inconsciencia de la niñez, el desprendimiento de la adolescencia, pero el engaño no duró bastante: de niña deambulaba por la casa como un duende, los ojos muy abiertos, buscando algo o a alguien que aparentemente siempre se ocultaban de ella. Era un juego infantil en el que la angustia empezó a germinar un día. Nunca supo cuál era el objeto de la búsqueda; imaginaba que el amor, la compañía, el fin de la soledad. Y ahora que tenía a Míquel, ¿de dónde resurgía el miedo, el sentimiento de abandono que la incomodaba hasta el punto de provocarle malestar físico?

Cuando al fin abrió los ojos enrojecidos por las lágrimas, su marido la estaba mirando.

—Tenía la esperanza de que durmieras. Si no fue una pesadilla, ¿qué te sucede?

—Estoy angustiada. No creo tener fuerzas para levantarme y desayunar y salir . . . o quedarme en casa para entrometerme en el cerebro de Maclovius o en el comportamiento sexual de las tortugas. Todo me parece estúpido. Tremendamente difícil, también.

Míquel la cobijó entre sus brazos largos minutos. Sintió el llanto de Fernanda caer sobre su cuello y escurrirle por las axilas.

—Es que acabas de enterarte de que la vida suele ser muy fea, muy traidora, muy vil . . . ¿qué más?, y que a veces nos aprieta demasiado y nos golpea hasta debajo de las muelas. Han sido Marlina y Olmo, pero pudimos haber sido nosotros. Eso piensas, ¿verdad? Los que sobrevivimos al temblor y vamos por ahí metidos en una burbuja que aísla nuestro mundito de la contaminación exterior. Y piensas que es injusto. Que la guerra no es democrática y que eventualmente sufriremos una derrota —probablemente varias. Yo no puedo contradecirte del todo, Fernanda. (Tampoco te diré que el psicoanálisis es el filtro de Merlín.) Pero, ¿por qué

no pruebas a pensar que estamos atravesando una mala racha —quizá larga y cabrona, mas no interminable? No pueden haberse extinguido las fuerzas positivas que un día nos unieron. No puedes perder la fe. Aquí estoy, contigo. Te amo y eso es lo único que cuenta verdaderamente, lo que ningún tirano te arrebata si tú no quieres, lo único que te llevas al morir porque forma parte de tu esencia. Sabes que te necesito y que si te perdiera me convertiría en una ruina humana.

—No es cierto, Míquel. Tú eres muy fuerte. Tienes de sobra la energía y el optimismo que a mí me faltan.

—Los tengo porque estás en mi vida, Fernanda. De veras. Esas cualidades que admiras en mí, existen sólo en función de nuestro amor. Aunque te parezca extraño, son un reflejo de ti, de ese lado que desconoces. Yo no podría ser el mismo estando solo o con otra mujer. Ernestina empezó a atosigarme cuando apareciste tú, porque descubrió en ti esas facetas que quizá nunca podrá desarrollar ni poseer. Es una vampira de la dicha ajena, y en mi caso, está claro que mi felicidad eres tú. Nena, no hay derecho de que claudiques mientras estemos juntos. No vives nadamás por ti, sino por mí.

—¡Cómo quisiera meterme dentro de ti y quedarme ahí hasta que desaparezca el miedo!

—Yo pensaba que estabas dentro de mí, como yo, siempre, estoy en ti. A lo mejor es cuestión de voluntad, de intentar una fusión más profunda y duradera que la de la carne. Yo la quiero así. Mi vida, algún día vas a descubrir que la mujer frágil que crees ser, no existe. No es más que una fantasía tuya. Durante muchos años has pensado que eras alguien gracias a la familia que te sustentaba psicológicamente y que, al faltar ellos, no te queda otra alternativa más que el derrumbe lento y seguro. Eso no es verdad. La mujer que dejó todo para compartir mi vida, es fuerte. Lo eres cuando hacemos el amor. Lo fuiste cuando no teníamos dónde refugiarnos después del terremoto. Tanto como Merce-

des, ¿te acuerdas?, o como has decidido que soy yo. Un día lo vas a descubrir y lo celebraremos juntos. No puedo ofrecerte una vida sin obstáculos, Fernanda. Pero sí te prometo que estaré contigo cada momento de mi existencia, para darte la mano si crees que ya no tienes aliento con que seguir. Para que me des la mano cuando sea yo el que se harte.

—Te quiero —dijo besándolo largamente. Sobre los párpados y en la boca, en el pecho y en cualquier pedazo de su piel firme y cálida. Luego Míquel le acarició el cabello hasta que la escuchó respirar tranquila, y ambos volvieron a dormirse.

(*Isis* se desplazaba envuelta en once velos.)

21

África ocultaba la punta de la nariz en el ramillete de flores que sostenía con ambas manos. De la palidez sólo se salvaban las pecas de su rostro.

—Frisias y pensamientos para que te acuerdes de mí. Frescos, acabados de cortar —saludó entregando el ramo a Fernanda—. No hay de qué. Sé que te gustan las flores y éstas te van a perfumar la casa. ¿Qué hongo? ¿Estamos solas? ¿El fotógrafo salió?

—Sí. ¿Le doy algún recado?

—Pues... le cuentas que pasé a darles un abrazo de despedida —parpadeó con rapidez y tosió para deshacerse del estorbo que se le había formado en la garganta—. Traspasé el depto y tengo las maletas hechas. A la noche tomo un taxi y me voy.

—¿Adónde?

—De momento con una amiga. Esta sí, amiga amiga. Nadamás. Ya está vieja: ha de tener como cincuenta años y, por supuesto, le gusto pero no se decide y yo se lo agradezco un resto porque de esas pulgas no brincan en mi petate —intentó sonreír y sólo consiguió que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—¿Quieres platicar un rato? —ofreció Fernanda conmovida por la expresión desolada de la muchacha que, a no dudarlo, pasaba por un mal momento.

—¡Carajo! —masculló limpiándose el llanto con los dedos—. Me duele aquí, como si tuviera una pata de elefante pisándome el pecho. De veras me duele, y estoy tan atarantada que ni siquiera tengo ganas de emborracharme. ¡Cómo me gustaría que ya hubiera corrido el tiempo para poderme reír a pierna suelta de lo mal que me siento ahorita!... Quisiera vomitar no sé qué, una bola de madres que se me atoraron adentro.

—¿Te peleaste con Beatriz?

—¿Qué comes que adivinas? Oye, preciosa, pon las flores en agua, no seas malita. Yo te sigo, ¿Con qué cabronada crees que me salió esta vez? —la rabia pudo más que la pesadumbre y, por unos momentos, África se asemejó a ella misma—. Dice la muy puta que se acostó con el secretario de su tío y que fue una experiencia inolvidable, *terrific*. Yo no le repliqué nada, Fernanda, te juro que ni una palabra. Son sus nalgas, ¿verdad?, y en este país todavía existe la libertad de ayuntamiento. Pero me le quedé viendo a los ojos con un desprecio que me nacía de las tripas, fíjate. Consiguió hacerme sentir un asco espantoso que me va a traer movida unos días más. A la señorita no le bastó hacerme tragar esa mierda: me contó otras barbaridades, otras... ¿qué palabra habrá para eso? Estábamos en el pinche departamento y, cuando de plano ya no me sentía capaz de seguir oyéndola, le grité que se largara, que me librara de su presencia, de sus porquerías, de su papada, de su asqueroso perfume francés. Puede que haya estado medio drogada. No lo aseguro, pero en los niveles en que ella se desenvuelve, la mota es como una paleta Mimí. Fíjate que estando allí, enfrente de la gloriosa Miss Piggy, me preguntaba yo cuándo me golpeé la cabeza sin darme cuenta y de tal manera, como para haber podido soportar a esa bruja tánto tiempo y a riesgo de contagiarme de sus chingaderas. Le pedí que en un plazo de tres días pasara a recoger lo que le interesara del departamento y que, ahora sí, ahí muriera la cosa. Me contestó que la liberaba de un peso porque hacía un mes que andaba con una chava buenísima y no se había atrevido a decírmelo por lástima. Oye, Fernanda, yo he tenido cuarenta amantes, pero en orden. Y nunca he dobleteado ni he hecho sufrir a nadie. Es cuestión de carácter, de simpatía, de habilidad para saber cómo hacer las cosas. Esa vieja no tiene cuate... por fortuna. ¿Tú qué harías en un caso así?

—Lo mismo que tú: romper el compromiso.

—Bueno, creo que en realidad Beatriz fue la que lo rompió. ¿No es cierto? Pero a mí me tocó decidir no volver a hablarle ni a verla jamás.

—¿Es en serio?

—Ahora sí.

Se hizo una pausa, durante la cual Fernanda acomodó las flores en pequeños jarrones. Las elogió. África sonrió con una mezcla de satisfacción y desgano.

—¿Has sentido alguna vez una especie de cansancio que ya no se registra en el cuerpo? —dijo finalmente—. ¿Te has considerado un trapo tirado por ahí, sobre cualquier mueble? ¿Que el subeybaja te echó al piso de repente y ya no habrá manera de que vuelvas a elevarte? —hilvanó las frases con dificultad, apoyándolas con movimientos de las manos.

—Te entiendo muy bien —aseguró Fernanda.

—¿Sabes qué me gustaría? Poder desatornillarme la cabeza y meterla en el closet para dejar de pensar. ¡Traigo una hervidera de pensamientos que no me dejan en paz! ¿Tú qué dices? La buena onda es cortar por lo sano, ¿verdad, Fernanda? Borrón y cuenta nueva y cambiar de aires, buscar el calorcito con una vieja a la que no tenga que educar tan a fondo, *¿okay?*

—Supongo que sí. Elegir mejor la próxima vez.

—La soledad es cabrona. Llegar a tu casa y no tener con quién hablar... Se necesitan ovarios para aguantarlo —se lamentó. Y otra vez los ojos se le llenaron de lágrimas, porque se acordaba de los muebles de ratán, de los cuadros, las peceras, las plantas y los detallitos que hacían de la cueva un hogar—. ¡Las pinches cosas, hija! Yo me llevo la ropa y diez libros. A lo demás ya le encontré acomodo. ¿Los peces son brutos y no extrañan, verdad? Una fulana muy vaciada que conocí no me preguntes dónde, no me acuerdo, decía que jamás pudo averiguar si la gente compra cajones para guardar las cosas que tiene, o cosas para llenar los cajones. Tengo alma de perro callejero, pero odio las mudanzas y los cientos de cajas color caqui que un día sirvieron

de empaque a jabones o caldo de pollo. Fernanda, no debería decírtelo porque tú eres una mujer de vibra muy refinada y seguramente no te latiría hacer amistad con ella, pero si algún día Miss Piggy se cruza en tu camino, sácale la vuelta, finge demencia y ni siquiera la saludes. Está de atar. Bueno —suspiró—, me voy. Dile a Míquel que sentí no verlo y que ya nos volveremos a encontrar, que lo aprecio mucho. Que te cuide, pues.

Fernanda recibió el abrazo de aquel cuerpo delgado, vestido con *jean* y camisa a rayas, oloroso a lavanda. Un abrazo afectuoso y firme, de ésos cuya sensación se prolonga unos momentos después de que el abrazo ha concluido.

Emilio cruzó por la ventana a bordo de su bicicleta. La radio portátil les arrojó a los oídos el más reciente éxito de Alaska: "¿A quién le importa lo que yo haga, a quién le importa lo que yo diga? Si soy así, así seguiré. Nunca cambiaré".

22

Jacobo Vendrell —también el doctor Caligari, el nazi, el profeta de todas las calamidades— asomó el tronco por la puerta de su casa y atisbó los alrededores. Su actitud era nerviosa, felina. La expresión contraída de su rostro evidenciaba que la comedia se había transformado en drama. Cuando la somera inspección lo hubo satisfecho, entró de nuevo al departamento y resopló como si acabara de realizar un ejercicio pesado.

—Más vale asegurarse —dijo— de que no haya moros en la costa. Pon algo de música que cubra nuestras voces, Rafa, y de cualquier manera tratemos de hablar en tono mesurado. Contigo no habría problema, Fernanda, pero Míquel y nosotros dos a veces nos pasamos de indiscretos.

El muchacho de Mérida eligió la cinta que reproducía la Rapsodia de Rachmaninoff en versión de Paganini, variaciones 17 y 18. Luego entreabrió la ventana y orientó hacia ella una de las bocinas del aparato de sonido. En breve, los muros de la academia recogieron el concierto y lo esparcieron por la calle. Para asegurarse de que nadie podría escuchar la plática, el nazi rellenó con una toalla la rendija que quedaba entre el piso y la puerta de salida. Sólo entonces pareció dispuesto a hablar.

—Ya les había anticipado que no se trata de nada banal. Les juro que, todavía, ni Rafael ni yo hemos podido asimilarlo —asentó y encendió un cigarrillo—. Tengo frío, ¿hace? ¿Qué tal si nos bebemos un poquito de ixtabentún? Lo sirvo yo. Tú, Rafita, cuéntales.

—No sé si alguna vez les dijimos que el baño de la casa de África y el nuestro dan al mismo cubo de luz y que es posible oír lo que se dice allá adentro. Lo más curioso de todo es que ellas, África y Beatriz, discutían o peleaban en el baño porque han de haber supuesto que estando allí nadie podía enterarse. ¿Ya sabían? —inició en el tono habitual, pero a la mitad de la frase las palabras se convirtieron en murmullos.

—Sí —respondió Fernanda.

—¡Por cierto, Rafa, se nos olvida cerrar la ventana del baño! Por ahí podría haber alguna fuga. Espérate. —Jacobo saltó como un muñeco de cuerda y en dos zancadas alcanzó su objetivo.

—¿Estamos seguros de que, ahora sí, todo está en orden? —bromeó Míquel cuando Jacobo ya repartía los vasos de licor perfumado.

—Podemos continuar —respondió el nazi con visible emoción. Su respiración se había vuelto superficial y persistía el fruncimiento de sus facciones.

—Poco antes que se fuera África, escuchamos una conversación entre ella y Beatriz —siguió Rafael—. ¿Sería una conversación, Jacobo? No sé qué nombre se puede aplicar a eso —acotó con ademán desdeñoso.

—Yo diría que fue una confesión jactanciosa y bien calculada para producir determinados efectos. Aunque también ocasionó otros que a la estúpida de Beatriz tuvieron que habérsele escapado: ya sabemos que tiene amojamado el cerebro —repuso Caligari con dejo doctoral—. Si algún día aprecié a Beatriz y pude llamarme su amigo —aclaró—, delante de ustedes me lamento de haber cometido un error de tal naturaleza.

Míquel vio fijamente a Fernanda. Le aburría tener que presenciar una actuación de Vendrell, sin saber cuáles eran sus intenciones. Sin embargo, la prudencia lo indujo a recibir un poco más de información antes de pretextar lo que fuera y marcharse.

—Les voy a decir una cosa: uno puede entender y disculpar ciertas actitudes de las personas que quiere, pero todo tiene un límite y como que hay determinados hechos que simplemente no se pueden tragar —prologó el nazi. Había un ligero temblor en sus quijadas. El arco de su ceja se man-

tuvo en alto mientras Rafael tomaba la estafeta y continuaba:

—Beatriz le dijo a África que se había acostado con el secretario de su tío, que prácticamente había sido un braguetazo pero, de todas maneras, una experiencia buenísima. Era muy feo el tono con que lo decía, como presumiéndole, ¿verdad, Jacobo?, y se reía mucho. Quién sabe si del asombro de África o por desvergonzada, pero era muy desagradable oírla. Dijo que lo malo de acostarse con hombres es el riesgo del embarazo y que eso la tenía un poco nerviosa, pero que no quiso desaprovechar la ocasión de saber qué se sentía. Luego intentó comparar su aventura y su relación con Africa, pero ella la paró en seco y le prometió que, si se atrevía, la arrojaba por la ventana o le metía la cabeza en el excusado, lo que prefiriera. Gritó África: A mí no me vas a comparar con ningún cabrón, desgraciada, nomás no puedes. Y le preguntó si estaba totalmente peda cuando se tiró con el fulano, porque sólo así se explicaba que una lesbiana de hueso colorado, como Beatriz, hiciera semejante imbecilidad. La otra, riéndose, le respondió que sí y que no se acordaba de muchos detalles pero tenía un sabor de boca —así dijo— de que la encamada había estado de puritito Hollywood.

—No se ofendan —pidió Jacobo a sus vecinos—, pero a mí las relaciones bugas me dan un asco espantoso, y me encalabrina que la gente *gay* se acueste con alguien de otro sexo argumentando sandeces de un calibre tan gordo como que les gustaría saber qué se siente. La opción sexual de cada quien se coloca más allá de las sensaciones primarias, ¿no es cierto? Hacerlo por motivaciones tan burdas es equipararse a los machos que se ligan a un puto y después lo cuentan en la cantina y se vanaglorian de seguir siendo machos, nadamás porque el puto quedó abajo —refunfuñó y dio una enérgica fumada al cigarro.

Míquel se atrevió a sonreír levemente, le acarició el cabello a Fernanda, la besó. Así que se trataba de un caso de

honor lastimado (el orgullo homosexual puesto como trapeador) que, según su punto de vista, no ameritaba tales misterios. Estuvo a punto de agradecer el ixtabentún y despedirse. Fernanda volvió a sentir pena por África, detestó el esnobismo de Beatriz.

—Ése fue sólo el principio —aclaró Vendrell frente a la visible decepción de la pareja.

—Quién sabe cómo a Beatriz se le empezó a calentar la cabeza. Hagan de cuenta que de pronto recordó que su tío es uno de los seis presidenciables y se puso eufórica de pensar en las carretadas de poder que iban a estar en sus manos. Varias veces exclamó que le encanta el poder, el despliegue y el uso del poder, decía con una voz medio rara, como si fuera algo teatral, ¿eh, Jacobo?

—Sí. Es que a la chava se le alebrestó la adrenalina circulante y perdió totalmente el control. Pregonó que para ejercer el poder, primero hay que tener clase, haber nacido en pañales muy finos. . .

(—Aquí, África le dijo no sé qué de sus calzones, pero aquélla no se conmovió ni se dio por enterada. Ya estaba subida en el podio y ningún miserable mortal la iba a detener.)

—. . . saber cómo hilar y de qué manera sortear los obstáculos.

—Hija, la interrumpió África, tú lo único que sabes hacer es tragar y dormir. Cuando te conocí escribías tu nombre con minúscula. Y la pendeja de Beatriz le contestó: después de las elecciones todo el mundo lo va a escribir con puras mayúsculas. A mi casi me dio un ataque de risa.

—¡Este niño! Por nada descubre nuestra presencia en el baño. En voz muy baja le rogué que se mantuviera quieto y silencioso. Al volver a escucharlas, África y Beatriz estaban hablando de Marlina.

—Beatriz dijo: ya ves, esa pinche loca se quiso pasar de lista conmigo y le salió muy caro el numerito. Yo sentí raro, el corazón me empezó a pegar aquí, como si algo horrible

fuera a suceder. Ya no quería seguir oyendo, pero tampoco me podía mover. Estaba petrificado, no sé, fue espantoso.

Míquel aceptó el cigarrillo que le ofreciera Jacobo. Fernanda registró su propia taquicardia, sorbió el ixtabentún.

—Resulta que Marlina, esto lo supimos por ella, varias veces le pidió a Beatriz que le comprara obra. Beatriz nunca quiso y a Marlina la encabronó su mezquindad y su falta de solidaridad. Hubiera sido quitarle un pelo a un gato, pero Beatriz es bastante amarrete y no dio su brazo a torcer. Parece ser que un día, estando en casa de África, Marlina vio una serie de fotos . . . amorosas, en las que ambas aparecían en actitudes muy comprometedoras. Tú sabes, Míquel, esas fotos que a uno le gusta tomarse, guardar al fondo del cajón y mirar de vez en cuando. En un arranque de audacia, Marlina se embolsó tres fotografías, estuvo lucubrando la manera de fastidiar a Beatriz con eso (a Beatriz, porque a África no le hubiera importado que las viera medio México. Nosotros, incluso, algún día. . . ¿te acuerdas, Rafa?) y de repente le contó a Beatriz lo de las fotos y le pidió una suma muy fuerte para poder devolvérselas. —Aquí, el doctor Caligari hizo una pausa que cubrió con un gesto elocuente. Permitió que su auditorio reflexionara sobre lo dicho. Continuó: —Nuevamente Beatriz se negó, dijo que era un vulgar chantaje, Marlina le pidió que lo pensara un par de días. Llega la fecha del accidente de Marlina en el tianguis del Chopo. Está allí con Olmo, lo que ya sabemos. Aparece Beatriz, se planta enfrente de Marlina para que la vea, quizás le sonríe con cierta ironía, es ya una oposición de fuerzas. Estos detalles también los conocemos porque Olmo los comentó, ¿o los dejó escapar?, quién sabe. Bien: esto es lo que aseguró Beatriz cacareando ante África la instrumentación del poder: les pagó a unos chavos del rumbo para que "le dieran un susto" a Marlina. ¿Cómo saber en qué consistiría el escarmiento? Puede que los bárbaros hayan interpretado el asunto a su manera, tal vez no midieron el alcance de lo que hacían. ¿El hecho es que por ahí surgió la

fatídica bomba molotov y desgraciadamente las cosas sucedieron según nos consta. Beatriz tiene que haberse asustado. En el fondo es muy cobarde, ¿no es cierto? La típica mujer piscis que no se atreve a actuar y, si lo hace, recula de inmediato. Ella y África desaparecieron de la historia un buen rato, mientras la policía archivaba el caso de Marlina. Tiene que haberse convencido de que la muerte de Marlina fue accidental —dedujo—. Luego tuvo la desfachatez de asistir a la exposición retrospectiva, donde se encontró con Olmo.

—Sí —dijo Fernanda recordando el diálogo de esa noche entre Beatriz y Olmo.

—El ingenuo le pidió que declarara voluntariamente, ¿ustedes lo oyeron? Beatriz lo mandó a volar con cajas destempladas. Hasta aquí la versión conocida. Olmo atascó el freno. Lo más que hizo de inmediato fue dolerse de la actitud de Beatriz. Luego las cosas se complicaron, pues resulta que Olmo descubrió en alguna parte las susodichas fotografías y es de suponer que haya atado cabos. Entonces volvió a buscar a Beatriz y le exigió que le confesara si había tenido que ver en el accidente de Marlina. Beatriz le recomendó que se calmara, que se tomara un valium con una copa de Terry. Se propuso ser la chava buena onda que le extiende la mano al amigo en desgracia: aquel a quien ya no sólo se le va el avión, sino también se le patina el *cassette*. Fue persuasiva, le aseguró a Olmo que hablarían sobre el asunto lo necesario para tranquilizarlo, lo invitó a una fiesta, llegaron juntos como si fueran una pareja armoniosa, lo convenció de que ella era prácticamente una blanca paloma y que las tales fotos no pasaban de ser una especie de broma, una suerte de *happening* privado, una catarsis sexual entre ella y África y que ignoraba que Marlina las tuviera. Sentía un poco de vergüenza, agregó. A fin de cuentas consiguió drogar a Olmo, primero en la bebida, luego con un jeringazo (todo con un aire de naturalidad que era ingrediente de la *heavy party*) y les pidió a unos cuates suyos que lo traje-

ran de vuelta a casa. En calidad de bulto, creo yo. ¿Te acuerdas, Rafa, aquella vez que unas locas te pusieron no sé qué madres en la cuba y te pasaste tres días perdido en el infierno de Mahoma? —divagó—. Rudecinda encontró a Olmo cuando ya no había nada que hacer.

—Míquel rodeó con un brazo los hombros de Fernanda, que temblaba presa de un súbito calosfrío. Mantuvieron el estrecho abrazo.

—¿Es cierto? —preguntó esperanzado en que esa historia de crímenes fuera irreal, el fruto demencial de las fantasías irrefrenables del nazi.

—Beatriz lo contó así, punto por punto. Ahora, no fuimos testigos sino de su confesión. No la vimos hacer nada, ni hay pruebas en su contra. El forense dijo que Olmo murió por una sobredosis de droga, la que también se pudo haber administrado voluntariamente, aunque sin darse cuenta de que ponía en peligro su vida. Cuántas veces han sucedido hechos como ése —concluyó Rafael.

—Es posible que la méndiga de Beatriz, la reina de la estulticia, se haya vanagloriado de algo que no hizo. Y pienso que aquí ya no es tan relevante si miente o no. Lo aterrador es que tenga tal clase de mierda en la cabeza, que le permita adornarse con un homicidio —rugió Jacobo en lo que a él le parecía una voz mesurada—. En el fondo, la tipa aprueba un acto de esa calaña.

—Pero ésas son consideraciones morales, Jaco —murmuró Fernanda. Tenía la boca seca y una sensación de irrealidad se iba apoderando de ella. Pensó en el doctor Quiróz Cuarón, a quien había conocido años antes de su muerte. Lamentó no poder hablarle para contarle aquello. Seguramente él aclararía la verdad—. Yo creo que sí hay una diferencia básica entre la mentira y la comisión de un crimen y que es fundamental saber si Beatriz mató a Olmo o no.

—Es lo que yo le decía a Jacobo —saltó Rafael—. Deberíamos tratar de abrir una investigación...

Fernanda pensó en Alfonso Quiroz Cuarón. En el alarido inútil de la barda que pedía justicia para Manuel Buendía. En el silencio en torno a la muerte de Pablo de Ballester. Deseó salir huyendo sin rumbo fijo, escapar de sí misma, de su memoria sobrecargada de información, de la fatalidad, de un mundo que cada día le gustaba menos. Ninguno se hizo eco de la propuesta de Rafael.

—¿Cómo reaccionó África cuando oyó el relato de Beatriz? —quiso saber Míquel.

—De momento no reaccionó. Creo que debe haberse quedado petrificada de espanto. Luego preguntó si Beatriz la estaba carneando y dijo que le parecía de un mal gusto abominable, que *okay*, si su relación ya había tronado, por lo menos se guardaran respeto y no se lastimaran con cosas tan gruesas. Beatriz insistió: pero si no es broma, bebé, te estoy diciendo la verdad. ¿No sabías que el mundo de los adultos puede ser duro y cruel? No me culpes de tu ignorancia. Dijo que Olmo había cavado su propia tumba cuando se atrevió a amenazarla durante la supuesta plática amistosa que tendrían en la fiesta: o le aclaraba su participación en la muerte de Marlina, o hacía públicas las fotografías que habían caído en sus manos. Exasperada hasta el último grado de la brutalidad, Beatriz determinó que Olmo no merecía seguir viviendo, pero pasó por alto que el asesinato no le daría acceso a las fotos. Aquí llegamos al meollo de la discusión. Beatriz, angustiada, decía que quería encontrar esas fotos a como diera lugar, que saberlas perdidas le causaba insomnio, que a fin de cuentas eran expresión de una conducta suya que estaba a punto de repudiar porque tal vez no armonizaría con su próximo estatus. Y amenazó: no me voy a detener hasta dar con ellas.

—África empezó a sollozar. Era como si hablara con sollozos, con hipos. A lo que acababa de decirle Beatriz, ella respondía con un llanto que no podía parar, le gorgoteaba en la garganta. Cuando pudo hablar de nuevo, le aseguró a Beatriz que había matado de balde porque Marlina nunca se había llevado las gloriosas fotos, que ella nunca las echó

de menos, que siempre estuvieron en un cajoncito del escritorio. Beatriz le dijo si las tienes, enséñamelas y África le respondió que era imposible pues las había despedazado y echado al retrete la última vez que se pelearon. Si no me crees, peor para ti. Te estoy diciendo la verdad pero no puedo demostrártela. Deberías creerme. Nunca te mentí, ¿o sí? Tú sabes que siempre hablé contigo a calzón quitado, desde la primera pinche vez que estuvimos cara a cara en mi bar de Torreón. Si tienes dudas, espérate. El tiempo me dará la razón.

—La tipa se tranquilizó, le dijo a África que todavía la amaba y que cómo no creer en sus palabras. Que por qué no hacían el amor para sentir toda la fuerza de su sinceridad. Pero África le pidió que se fuera, que regresara por lo que le gustara del departamento (a condición de que ella no estuviera presente) y que después se esfumara de su vida para siempre. Beatriz intentó salir airosa del rompimiento alegando no sé qué romance con una actriz... otra imbecilidad. El taconeo de sus botas se fue alejando. África se quedó sola. Se echó encima la música —como nosotros ahora— para poder chillar y romper triques a su gusto.

Por unos momentos Míquel fue el niño desconcertado frente a la personalidad de Calígula-el demente-el loco de la cabeza que se había convertido en guarida de murciélagos. Sabía que esa vez el Conde de Montecristo no podía instrumentar ninguna venganza: sus enemigos le habían ganado anticipadamente la batalla. Vio a Fernanda sin mirarla, con una expresión que conjugaba tristeza y hastío.

Durante los minutos de silencio, evocaron todos la figura de Marlina, su vivacidad, su profundo rechazo de la injusticia social, su apetencia de "vivir bien", su incontrolado impulso para retar a un código de valores que le parecía inaceptable. Pensaron en la actitud quijotesca de Olmo y en su afán desesperado porque se llegara a la verdad en el caso de Marlina.

—Yo creo —dijo Jacobo volviendo a poner el *cassette* des-

de el principio— que Marlina no se hubiera atrevido a blofear con Beatriz. Si se resolvió a querer extorsionarla fue porque, en efecto, vio las fotos. Mejor dicho, se las aprendió de memoria, supo que podía sacarles partido.

—¿Pero se quedó con ellas? ¿Qué iba a hacer si Beatriz no le pagaba? ¿Enviárselas al tío presidenciable con la implícita solicitud de dinero, o a los periódicos para armar un escándalo? —interrogó Rafael.

—Para mí, Marlina sustrajo las fotos con el ánimo de publicarlas si la otra no aflojaba —opinó Vendrell—. Sin embargo, no era ninguna estúpida y evitó guardarlas en su casa, de donde podría recuperarlas Beatriz. Así que se las dio a Olmo, pero sin decírselo, para no comprometerlo.

—No entiendo —se quejó Rafael con gesto de fastidio. Abrió una caja de cereal azucarado y lo empezó a comer a puñados.

—Es una charada, Rafita. Como tú eres muy joven, de niño no tuviste acceso a los minicuentos de Calleja que incluían charadas, gracias a las cuales los chavos de entonces poníamos a trabajar el cerebro. Tú sí los leías, Fernanda, estoy seguro. Tú podrías reconstruir la anécdota: ¿cómo le entregó Marlina las fotos a Olmo sin que él se diera cuenta?

—De una manera natural, con un ademán inocente, quizás a la vista de testigos —respondió. Se quedó callada unos momentos. No pensaba: veía a Olmo enmedio de la calle, alzando la cara hacia la ventana de Fernanda. Lo oía decir: "... Una marquería para llevar el grabado de Ixtab". Veía a Olmo la noche de la cena en la casa de Marlina. Recordaba el instante de la despedida, el grabado que el muchacho apretaba contra el pecho. Se volvió a mirar a su marido para saber si él sospechaba lo mismo, pero descubrió a un Míquel desconcertado, molesto. Sintió su indignación agazapada tras la tristeza que le humedecía los ojos. Fernanda se obligó a hacer un paréntesis: le metió los dedos en la mata de pelo, le besó quedamente los labios. Míquel luchó por retener las lágrimas y ensayó una sonrisa.

—Ustedes dos están jugando a los detectives. ¿A poco creen que van a resolver el enigma? —comentó Rafael medio en serio, medio en broma.

—Es posible que las fotos estuvieran detrás del grabado de Ixtab y que Olmo las haya descubierto al cambiar el marco. Encontraron el cuadro en el piso, cerca del cuerpo, ¿no es cierto? Nosotros vimos cuando Marlina se lo regaló a Olmo —puntualizó Fernanda.

—Eso mismo sospechaba yo —exclamó el nazi con un repentino brillo en los ojos. Les voy a decir por qué.

Rachmaninoff tuvo que rivalizar con las guitarras y los cantos de los gitanos que celebraban sesión de música en la calle. Míquel y Fernanda se enteraron de que el grabado debía estar en poder de Rudecinda.

—Esa mujer tiene una vibra fina como estilete. Algo presentía cuando instó a Emilio para que le procurara el cuadro. (Demos por sentado que Olmo hizo que cambiaran el marco del grabado, pero dejó las fotos donde estaban para tenerlas a salvo.) Además, su comportamiento era bastante extraño —Jacobo frunció el ceño, se jaló los cabellos del copete—. Dijo que nos cuidáramos, Rafa. Y, también, que yo me moriría si le contaba a alguien que le pidió el grabado a Emilio.

—¿Entonces por qué lo dices? —se desesperó Rafael.

—Fernanda y Míquel son como nuestros hermanos. No hay secretos entre nosotros. Ni creo que doña Rude pensara en ellos cuando me advirtió.

—Si las fotos están detrás del grabado, ¿por qué África dijo que las había roto?

—Pues para frenar a la loca de Beatriz. Pienso que no había nada mejor que hacer y que África actuó atinadamente.

—Tengo miedo de que doña Rude se quiera hacer la heroica con las pinches fotografías, Jacobo. ¿Qué tal si hablamos derecho con ella y le pedimos que ya no mueva las cosas? O de plano la acompañamos a consultar a un abogado para que la asesore, a ver si es factible formular una acusación contra Beatriz. Porque si el grabado estaba donde ella lo encontró, ¿no significa que Olmo trató de señalar la causa de su muerte? ¿Ixtab no es la pista por seguir?

—Sí, Rafa. Pero para fundir a alguien se necesita mucho más que eso.

—Entonces vamos con las fotos a *La Jornada* y prendemos la mecha del escándalo.

Con la cabeza en las palmas de las manos, Míquel observaba a todos sin hablar.

—¿Te sucede algo? —le preguntó Caligari.

Míquel tardó un momento en contestar.

—Siento como si alguien me hubiera dado un mazazo en la cabeza. No estoy muy seguro de estar despierto. La pesadilla se materializa y te incluye en el reparto, ¿verdad? Me siento... desconsolado, ésa es la palabra. Y no creo que valga la pena remover este gran depósito de mierda. Si ustedes creen que tienen el nombre del culpable y el móvil, qué bueno. El caso se cierra y la función continúa.

—¡Pero si nosotros sabemos, Míquel, tenemos la responsabilidad de hacer algo al respecto! —objetó asombrado Rafael.

—A ti hace mucho que ya no te duelen los golpes que te sorrajaron en la cabeza, ¿verdad? Rafa, un proverbio árabe recomienda: "No le muevas la miel", y es que debajo de ella suele haber una gran cantidad de inmundicia. Aquí hemos estado moviendo la miel y la porquería nos ha llegado hasta los codos. A mí no me gusta amasar la podredumbre, sobre todo si sé de antemano que lo único que sacaré de ello será que la peste se me quede en los poros. Sinceramente, creo que debemos parar aquí. Estoy de acuerdo en que, una vez más, la justicia quedará pendiente. Nada raro en este país. Hay muchos asesinos sueltos, hijo, y yo no voy a jugar con ellos al tiro al blanco. Es más prudente tu idea de hablar con Rudecinda para que no alborote más con las fotos.

La mirada baja del profeta apocalíptico escudriñaba las flores de la alfombra raída. Lamentaba no tener ocasión de

vivir un drama de tal envergadura, en el cual pudiera ser uno de los actores principales. La parte razonable de su personalidad, sin embargo, aplaudía la sensatez de Míquel. Su adrenalina comenzó a descender.

La música se extinguió dentro de la balsa de chinos. Creció el sonido de las guitarras: iba tomando fuerza la fiesta improvisada que sembraba la calle con botellas de refresco vacías y bolsitas de celofán que momentos antes contuvieran alimentos chatarra, botanas ingrávidas. Frinka encendió el primer cigarro, largó la primera carcajada.

—Ellos tienen sus propios códigos, miran la vida de manera diferente —comentó Rafael—. Saben que doña Josefina los va a desahuciar, ya recibieron el aviso oficial de lanzamiento, pero les importa muy poco: total, echan en una camioneta las cuatro cosas que tienen y se largan a otra parte.

—Me pregunto si la bisabuela sabrá quién mató a Olmo y a Marlina —dijo Míquel—, y qué podría comentar al respecto. Me gustaría, cuando se vayan, verla salir de su casa. Entre otras razones, porque nunca la he visto de pie, siempre sentada tras los barrotes de la ventana. Pero, también, porque seguramente asumirá la actitud de una reina que va hacia el exilio.

—Una de las tareas más difíciles de la vida —apuntó Jacobo— es tener que guardar un secreto. A mí como que me estorba aquí. ¿Alguna vez se les ha atorado una aspirina a la mitad de esófago? Pues igual.

—Parece que el remedio es ir borrando el secreto hasta conseguir que desaparezca, que se vuelva irreal. Así deja de molestarte —opinó Fernanda.

El conspirador mayor se creyó en la necesidad de espiar hacia afuera por el hoyo de la cerradura. Como no vio a nadie en los alrededores, decidió que la reunión había concluido. Se despidieron con sonrisas tibias y ademanes cansados. Cuando Fernanda y Míquel llegaron a la calle, Frinka lo asaltó como un perro alborotador que lo hace por reflejo

condicionado. Le pidió fotografías, muchas fotos de su cara. Míquel le respondió cualquier frase en tono de fastidio. Él y Fernanda entraron a casa hundidos en el silencio.

23

Nessun dorma, cantaba Franco Corelli, Calaf, el posible exorcista de Turandot. La crueldad de la princesa china no conocía límites. Sería capaz de herir, con una de sus afiladas uñas, el corazón de quien osara oponérsele. Por eso el príncipe desconocido clamaba que nadie duerma. Era preciso que todos velaran con los sentidos alerta. Un cuento maravilloso de final convencional. Lo que importaba era la partitura de Puccini, su manera prodigiosa de exaltar el amor.

Los olores de Rudecinda se hicieron sentir antes que pulsara el timbre de la calle. Su mirada dedicó a Míquel y a Fernanda un saludo acuoso. También alargó la mano en que llevaba una bolsa de papel de estraza.

—Es un compuesto para los nervios. Cuézanlo y tómenlo. Les caerá bien.

—Aceptó pasar y los gatos quedaron afuera, como insólitos guardas de corps.

—Vengo a cerrar el círculo —anunció la mujer levantando un ala del gabán: el aire se llenó con un aroma de ruda y manzanilla. Del fondo del abrigo extrajo el grabado de Ixtab. Los tres lo observaron sin decir nada, pero en el rostro de la vieja había una sonrisa indescifrable que podría significar amargura o derrota—. Quise saber por qué malograron al muchacho —explicó—. Un muchacho que, de verdad, era como un árbol sano y fuerte. Aquí están los motivos.

—Dio vuelta al cuadro y con ayuda de una navaja, le quitó el respaldo de cartón. Surgieron las tres fotografías tamaño postal. Míquel las tomó, intuyó la cámara puesta en automático, pensó en un intento inconsciente de imitar a David Attie y sus parejas de mujeres cuyas carnes solían atravesarse sin daño, de modo que los abrazos podían ser una fiesta de moléculas entremezcladas. Observó las zonas excesivamente blancas de las nalgas, los mechones obscuros

en el pubis. Y, en cierta manera, la felicidad reflejada en el rostro.

—Tú eres el único que tiene la cabeza en su lugar —dijo con una risita afectuosa—. ¿Qué vamos a hacer con ellas?

—Destruirlas, doña Rude. Quemarlas ahora mismo —respondió Míquel—. Por supuesto no tenemos chimenea, lo cual aportaría un detalle de distinción, pero vamos a quemarlas en la azotehuela, delante de usted.

—Lo que yo siempre les pido a los jóvenes —siguió la Mujer de las Yerbas, tomando del brazo a Fernanda— es que no sean pendejos. He vivido muchos años más que ustedes y, en la casa de al lado, más de trece. Háganse zoquetes y no anden oyendo lo que no les importa. De otra manera, no harán huesos viejos. También se lo aconsejé a la pintora y ya ven adónde fue a parar por güey. Yo no entiendo a los héroes muertos, linda. No son mis cuates, ni les siento apego. Un hombre muerto es como una piedra, ¿verdad que sí? Y un hombre vivo, como el tuyo, en un descuido ayuda a darle la vuelta al mundo.

En un momento las llamas consumieron el papel. Míquel echó agua sobre las cenizas para evitar que el viento las dispersara.

—Ese hombre canta como un guerrero —celebró Rudecinda a Corelli—. Cuando Caruso vino a México y cantó en la plaza de toros, yo lo oí. —Cerró los ojos, los apretó como para amarrar el recuerdo. —Lo vi pasar cerquita, sentí su electricidad. Entonces empecé a creer en la magia.

24

Onésimo Maclovius estaba sentado en el extremo del sofá. La luz indirecta de una lámpara avivaba las partículas metálicas de su traje espacial. Era curioso que, sin embargo, la tela tuviera la mórbida caída de la seda. En aquellos momentos, Maclovius era el astronauta más elegante y apuesto de la historia. La energía de su cuerpo había logrado correr por los *nadis* en tal grado de armonía, que no había en él ningún músculo en tensión, ningún nervio mortificado. El abandono de Maclovius sobre el asiento era tan casual y preciso como hubiera podido serlo el de una fruta o una planta. Por cierto, con actitud nostálgica, el científico observaba el grabado de Juan Calderón en que una enorme hoja dentada languidece sobre una silla de bejuco, mientras otra —vigorosa— desciende (¿o trepa?) por los barrotes.

Cuando Fernanda pasaba frente a la sala con un montón de cuartillas en la mano, Onésimo retiró lentamente la mirada del cuadro y la vio a los ojos. El doctor la llevó frente a él con esa mirada y la escritora descubrió que el violeta de sus iris se había intensificado en el marco de un rostro de treinta años. Pensó que nunca había reparado en el cabello de Onésimo —negro y ondulado como el de Míquel, pero menos corto. Le gustó la curva de sus cejas, el trazo puro de la nariz, la línea suave y carnosa de los labios. No hubo sobresalto en el encuentro, no obstante Fernanda sentía que el corazón le latía con mayor plenitud, que una especie de impulsos eléctricos iban y venían dentro de ella a velocidad incomensurable.

Antes de que su mente consciente empezara a trabajar presentándole una serie de códigos que pudieran explicar la situación o indicarle la conducta más adecuada que debería seguir, Fernanda oyó la voz de Maclovius —clara y redonda, con toda la música que fuera posible imaginar— y

sintió que la envolvía una sensación de profunda felicidad.

—Agradeceré mucho que reciba el tributo de mi amistad —dijo—. Que la paz de las estrellas permanezca con usted por siempre. Me congratula poder verla al fin: hasta hoy sólo habíamos recibido de usted manifestaciones indirectas. De alguna manera usted ha estado en *Isis* y ahora yo —o este holograma, esta imagen tridimensional proyectada en el espacio por un rayo láser de luz congruente, que me representa— hemos podido localizarla entre millones de mujeres, lo cual aumenta la dicha de mi interior.

Había una pequeña discrepancia entre la figura y la voz de Maclovius, de modo que Fernanda lo escuchaba segundos antes que su boca hiciera el movimiento correspondiente. Al final de las frases, el sonido permanecía aún en el aire, formando un eco que se debilitaba paulatinamente y se extinguía cuando Maclovius volvía a hablar. La escritora sintió que una risa inocente burbujeaba en su garganta: pese a su aspecto futurista, el doctor Maclovius actuaba con la exagerada compostura de un gentilhombre.

—¡Hola, Fernanda! —sonrió entonces el doctor empleando un tono más familiar—. Me encanta poder comunicarte, así, directamente, que estoy en deuda contigo por todo lo que has hecho en mi favor. Soy más sano, en cualquier sentido, que cuando la nave despegó de la Tierra. Me has devuelto la fe y la esperanza y yo me propongo...

Maclovius advirtió las hojas que Fernanda llevaba en las manos. Supo que se dirigía a la azotehuela para romperlas y echarlas al cesto de la basura y que ahí estarían si no hubiera ocurrido su visita ¿imprevista?

—"El doctor Onésimo Maclovius se había alistado como voluntario en la Misión Osiris porque no todos los días se ofrecía a un ser humano la oportunidad de cambiar de mundo sin pasar por el tamiz de la muerte" —leyó a la distancia o recordó el científico cerrando los ojos. Los abrió de nuevo y comentó: —Parece una historia tan lejana... pero no trivial. Para mí no puede serlo. —Alargó el brazo con un ade-

mán lento y suave. Más que pedírselo, tomó de manos de Fernanda el manuscrito de la crónica de *Isis*. —¿Te importaría dejármelo? —preguntó por mera formalidad—. Estoy seguro que a *Ocimum* le gustaría oír esta lectura. Adiós, Fernanda. Pienso que volveremos a vernos en mejor ocasión.

El apuesto doctor Maclovius sonrió mientras su imagen iba perdiendo consistencia y se desmoronaba en partículas translúcidas que en breve pasaban a formar parte de la atmósfera. Aún escuchó Fernanda la última frase del científico, que permaneció en el aire algo más que su holograma:

—La respuesta no está en el exterior, sino en el interior de uno mismo.

25

—Está decidido, nena. Nos mudaremos en cuanto se desocupe la casa que te había dicho. Cruza los dedos para que sea pronto —anunció Míquel a manera de saludo. Besó distraídamente a Fernanda en la boca y se desembarazó de los maletines con el equipo fotográfico— Regálame un agua mineral: me muero de sed.

—¿Hablaste con ella?

—Sí, fue como oírle una conferencia a Drácula. Cada vez está más loca. No, te aseguro que no me inspira lástima. Tiene lo que quiere. Como decía un cuate del periódico, hay gente que se esfuerza mucho por conseguir la soledad y el fracaso, así que a nosotros nos toca respetarlos y no contrariarles la voluntad. Gracias. ¿Con qué ocurrencia te imaginas que me salió ahora? Quiere hacerse un departamentito dentro de la casa. Me refiero a *esta* casa. Propone que, cuando se venza el contrato de arrendamiento, lo renovemos con ciertas modificaciones: ella se quedaría con la mitad del primer piso y nuestra recámara, para hacerse una especie de dúplex con escalera de caracol. También quiere la mitad del pasillo —justo donde están tus violetas— y el laboratorio de fotografía, porque acaba de descubrir que le apasiona. Además, nos aumentaría la renta al triple. Es obvio que ha calculado todos los detalles para hacernos reventar sin que sufra su conciencia marxista. Le contesté que nosotros nos iremos al término del contrato.

—Es una loca muy tortuosa, ¿no te parece? Eso de pedir nuestra recámara. . .

—No la pidió, mi vida. Simplemente anunció que se quedará con ella. En el fondo, lo que pasa es que nos está castigando porque no le hemos hecho las atenciones que se imaginaba. ¿Apetece un faisán, doña Urraca? Creyó que al rentarnos la casa compraba nuestra voluntad para siempre.

—¿Y esa clase de socialismo en qué país se lleva?

—Puede que en la cuenta final ganemos nosotros, cielo. A la postre nos desembarazaremos de Ernestina. Entretanto, podemos esperar cualquier cantidad de excentricidades por parte suya. Después lo platicamos con más calma. Tengo que revelar unos rollos. Al rato nos vemos, amor.

Subieron juntos la escalera. Fernanda miró los cuadros de Xavier Esqueda, Juan Calderón, Armando Villagrán. Se preguntó si la dueña de la casa no querría quedarse también con ellos. Al llegar al rellano estrechó a Míquel con un largo abrazo. No le dijo que aquello le parecía una injusticia, que ni siquiera habían tenido tiempo de disfrutar la casa, porque apenas terminaron los arreglos, Ernestina dio rienda suelta a su compulsión de hacerse presente por vía telefónica, mediante enormes pliegos con recados que aparecían debajo de la puerta, estacionando su coche frente a la casa para observarla mientras fumaba sin descanso. No le dijo que gracias a ella pudo sentir en carne propia lo que es pertenecer a una minoría perseguida. No dijo nada porque en ese abrazo estaba sintiendo los cuerpos de ambos, vivos y jóvenes, con un deseo enorme de proseguir la lucha que eventualmente podrían ganar. Pensó que hay buenos y malos negocios. Que mudarse ahí había sido una ilusión demasiado costosa. Su máxima satisfacción había sido el único baño de tina que tomaron juntos poco después de la mudanza. Las burbujas y los martinis acompañados de aceitunas contribuyeron a crear un ambiente de bienestar que no se habría de repetir. Después, estar en casa implicaba la posibilidad de que Ernestina tuviera las exigencias más absurdas cuando ellos dormían, trabajaban, hacían el amor o peleaban a causa de ella.

Vagamente recordó los muchos esfuerzos que ambos, Fernanda y Míquel, realizaron para transformar el escenario de Poe en un sitio habitable. Y reconoció que el precio de la libertad suele ser muy alto.

—Te quiero más que nunca —le dijo en el momento en

que el teléfono empezaba a repiquetear.

Una voz de mujer preguntó por Míquel, quiso saber si hablaba con Fernanda.

—Sí, yo soy. Y aquí está Míquel. ¿Quién lo busca?

"Dile que es Mercedes", respondió la voz cálida y firme, desde el otro lado del mundo, de la fantasía, de la esperanza.

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO
IMPRESO EN LOS TALLERES DE
IMPRESORA CASTILLO,
FRESNO 7, COL. DEL MANTO
IXTAPALAPA, MÉXICO, D.F.

EDICIÓN DE 3000 EJEMPLARES

ABRIL DE 1991

UNAM

CLAS: PQ 7298 .29 A33 M64 ADQ.: 356371

FECHA DE DEVOLUCION

BIBLIOTECA CENTRAL

DEVUELTO

DEVUELTO

29 NOV. 2023

BIBLIOTECA CENTRAL

PQ7298
.28
A33
M84

UNAM

356371

BIBLIOTECA CENTRAL

Un caserón viejo y laberíntico, con habitaciones agregadas en patios y azoteas, es el escenario de esta novela que, con los olores y los dolores, los sonidos y la atmósfera propia de los ghetos, se incrusta en un callejón de la colonia del Valle, a la vez que en la literatura mexicana actual hecha por mujeres.

Gitanos, artistas, parejas homosexuales, gente sin recursos que el terremoto del 85 arrojó hacia ninguna parte y de quienes la autora recoge las voces entremezcladas, son los personajes que pueblan la historia. También Ixtab, la señora de la obscuridad, la muerte que alquila un cuarto para elegir a sus víctimas impunemente. Gabriela Rábago Palafox no deja de lado el humor y abre, asimismo, una compuerta a la ciencia-ficción mediante el relato que escribe uno de los personajes.

La muerte alquila un cuarto es, con todo, una orquestación inconclusa: después de los crímenes la casa sigue en pie, la propietaria cobra la renta de viviendas inhumanas, los cadáveres se entierran de prisa, a poca profundidad pero con la esperanza de que el tiempo borre cualquier vestigio de los hechos. Sin embargo, en todo asesinato hay un testigo y, en esta novela, cada lector se vuelve testigo presencial de los asesinatos cometidos. Un testigo que puede y tiene derecho a hablar.

ELSA CROS

Gabriela Rábago Palafox nació en San Pedro de los Pinos, en una casa embrujada que ya no existe. Conoció la ópera antes que la literatura —ambas la cautivaron desde niña. En 1977 ganó el Premio Nacional de Cuento para Niños "Juan de la Cabada" con el libro *Relatos de la Ciudad sin Dueño*. Escribió la novela *Todo ángel es terrible* como becaria del Centro Mexicano de Escritores, en 1979-1980. Al año siguiente —por razones amorosas y apego al sol— rechazó la beca del International Writing Program de la Universidad de Iowa. Su mayor contento es tener como maestra espiritual a la heredera de un antiguo linaje hindú.

Colección Fábula

10 691 908

9 789684 063112

Un caserón viejo y laberíntico, con habitaciones agregadas en patios y azoteas, es el escenario de esta novela que, con los olores y los dolores, los sonidos y la atmósfera propia de los ghetos, se incrusta en un callejón de la colonia del Valle, a la vez que en la literatura mexicana actual hecha por mujeres.

Gitanos, artistas, parejas homosexuales, gente sin recursos que el terremoto del 85 arrojó hacia ninguna parte y de quienes la autora recoge las voces entremezcladas, son los personajes que pueblan la historia. También Ixtab, la señora de la obscuridad, la muerte que alquila un cuarto para elegir a sus víctimas impunemente. Gabriela Rábago Palafox no deja de lado el humor y abre, asimismo, una compuerta a la ciencia-ficción mediante el relato que escribe uno de los personajes.

La muerte alquila un cuarto es, con todo, una orquestación inconclusa: después de los crímenes la casa sigue en pie, la propietaria cobra la renta de viviendas inhumanas, los cadáveres se entierran de prisa, a poca profundidad pero con la esperanza de que el tiempo borre cualquier vestigio de los hechos. Sin embargo, en todo asesinato hay un testigo y, en esta novela, cada lector se vuelve testigo presencial de los asesinatos cometidos. Un testigo que puede y tiene derecho a hablar.

ELSA CHOR

Gabriela Rábago Palafox nació en San Pedro de los Pinos, en una casa embrujada que ya no existe. Conoció la ópera antes que la literatura —ambas la cautivaron desde niña. En 1977 ganó el Premio Nacional de Cuento para Niños "Juan de la Cabada" con el libro *Relatos de la Ciudad sin Dueño*. Escribió la novela *Todo ángel es terrible* como becaria del Centro Mexicano de Escritores, en 1979-1980. Al año siguiente —por razones amorosas y apego al sol— rechazó la beca del International Writing Program de la Universidad de Iowa. Su mayor contento es tener como maestra espiritual a la heredera de un antiguo linaje hindú.

Colección Fábula

10 691 908 00
9 789684 063112